

Intervalo

álbum

EDITORIAL
COLUMBIA

Nº 325

EXTRAORDINARIO



**YVES
MONTAND**
CESAR Y ROSALIE

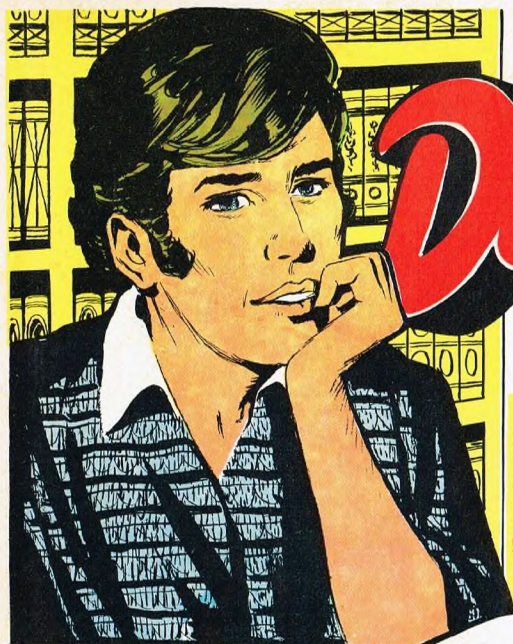


BARBRA
PREISAND

**NOVELAS
COMPLETAS**

ERGS

SUPERPRODUCCIONES A TODO COLOR®



Decídase

estudie un curso

INICIE HOY MISMO EL ESTUDIO DE UN CURSO QUE LE PERMITIRÁ TRIUNFAR EN SU VIDA. MUY FACILMENTE PUEDE PREPARARSE EN SU CASA, Y APROVECHANDO TODOS LOS MOMENTOS DE QUE DISPONE, ESTUDIE CON NUESTROS PROFESORES HASTA RECIBIR EL DIPLOMA. REMITA SU NOMBRE Y DIRECCION Y DE INMEDIATO RECIBIRA **GRATIS** EL LIBRO **GUIA DE ENSEÑANZA**, DE 68 PAGINAS CON LOS PROGRAMAS DE LOS **50 CURSOS QUE ENSEÑAMOS POR CORREO**



química



mecánica



radio



dibujo



contabilidad

CURSOS QUE ENSEÑAMOS (por correo)

TENEDOR DE LIBROS
CONTABILIDAD
CAJERO
EMPLEADO de BANCO
SECRETARIO COMERC.
MECANICO de AUTOS
ELECT. del AUTOMOV.
TECNICO TORNERO
MOTORES DIESEL
CONSTRUCCIONES
OBRAS SANITARIAS
INSTALADOR ELECT.
Téc. en REFRIGERAD.
FOTOGRAFIA

DIBUJO ARTISTICO
DIBUJO ARQUITECT.
CARICAT. e HISTORIET
DIBUJO PUBLICITAR.
Prof. COHETE y CONPEC.
Téc. RADIO - T. V.
RADIO e TRANSISTOR.
TECNICO QUIMICO
Téc. en PETROLEO
INGLES con DISCOS
PERIODISMO
DACTILOGRAFIA
CULTURA GENERAL

... y 20 cursos más.



ESTUDIE con estas ventajas



En su casa



Aprovechando sus ratos libres



Atención personal del profesor



Sin límite de edad



Obtenga su diploma

ENSEÑANZA POR CORREO

Envíeme gratis el libro Guía de Enseñanza

NOMBRE.....

DOMICILIO.....

LOCALIDAD.....

CURSO.....

ESCUELAS LATINO-AMERICANAS

Av. BOYACA 932 - BUENOS AIRES

PIDA ESTE LIBRO

GRATIS!

intervalo

ALBUM

EXTRAORDINARIO

ÍNDICE

CÉSAR Y ROSALIE,

adaptación de Paul Monier.....	4
MI NOVIA Y YO,	
- por Robin Wood.....	19
LA MITAD DE MI VIDA,	
por Lizeth de Azcurra.....	31
LAS LLUVIAS DE OCTUBRE,	
por Pitt Marber.....	43
HISTORIA DE UN AMOR EN NIEDERDORF,	
por Fernando Díaz Valenti.....	55
LOS BOSQUES DE ELWORTH,	
por Armando Fernández.....	66

DOLORES, DE ANDALUCÍA,	
por Polo Lavalle.....	78
LA RAZÓN DE CAMBIAR,	
por Sara Vaque.....	89
LA NIEVE GRIS, LA NIEVE BLANCA,	
por José Luis Arévalo.....	100
LA MUERTE MONTABA UN CABALLO BLANCO,	
por Eduardo B. Costa.....	111
HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES,	
por Cristóbal María Paz.....	122
¿QUÉ PASA, BARBRA?,	
adaptación de Pier Michele.....	131

(T. 220)





CÉSAR Y ROSALIE



CÉSAR Y ROSALIE

Una película M.G.M.,
dirigida por Claude Sautet.
Adaptación de Paul Monier.
Dibujos de Fernández.

REPARTO

CÉSAR **YVES MONTAND**
ROSALIE **ROMY SCHNEIDER**
DAVID **SAMI FREY**



tivante película?

Todos estamos dispuestos a pasar un rato agradable en-

vuelos en la magia del amor. Tal vez no siempre, o en cualquier momento. Pero alguna vez hay un instante en que un poco de romanticismo nos hace falta.

En "César y Rosalie" están el amor, los conflictos, las tensiones y la ternura necesarios para colmar ese instante de romanticismo que en nuestro mundo moderno, a cualquiera le hace falta alguna vez.





(Antoine debe saber qué pasa ahora con ella. Fue amigo de su esposo. Pero no le haré las preguntas enseguida, para que no crea que vine expresamente a eso.)



¿Cómo van tus cosas, pintamonas?
¡David! ¿Cuándo has regresado a París?

En la casa de su madre, con su hija Cathérine; precisamente ella, su madre, se casa por tercera vez en la iglesia de Ruan.



Se apretaron en un abrazo. Nunca se habían ocultado nada los dos. A uno le bastaba mirar los ojos del otro para saberlo todo. Antoine adivinó por qué había vuelto.
¿Añoras a Rosalie? Le sucedieron cosas en los cinco años de tu ausencia. ¿Sabías que enviudó hace dos?



¡Sí. ¿Dónde vive ahora?



Podría ir a la ceremonia para ver a Rosalie.
También verías al tipo con el que consultaba ahora su soledad. Un comerciante de Lyon, ¿sabes? Ha hecho su dinero comprando hierros viejos, autos usados, chatarra...



¡Apuren con esa grúa! El comprador de Bélgica llegará pronto y quiero tenerlo todo arreglado.



Se hace tarde, César. La ceremonia será dentro de una hora.
Llegaremos a tiempo, Marcel. Mi nuevo auto es muy veloz.



Trata de comportarte con discreción en la fiesta. La familia de Rosalie no debe pensar que tengo un hermano patán.
Ella está cambiándote. Jamás te vi usar zapatos negros con traje oscuro, o abandonar el negocio a media tarde para asistir a una boda.



¡Aquí estoy, chérie!

¡César! ¿No sabes llamar antes de entrar al cuarto de una dama que está terminando de arreglarse?



Ansíaba verte, Rosalie. Tú siempre luces encantadora.
También tú te ves muy elegante. Me agrada que sigas mis consejos respecto a las ropas. No es cuestión de gastar, sino de buen gusto.

Sintió ganas de besarla ahí mismo. Pero la niña apareció en la puerta y le cambió el arrebató de pasión por una incontinible ternura.



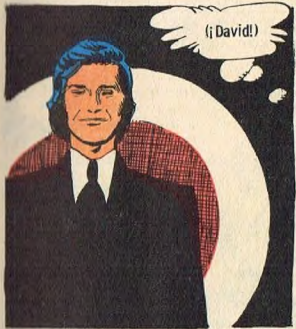
¡Ma petite, Cathérine! Ven a dulcificar mis brazos! Éres tan bella como tu madre!

(Nos ama a las dos. Eso es bueno. César está suficientemente maduro para formar un hogar y disfrutarlo.)



El cura de Ruan mencionaba los nombres de los inminentes esposos. No era cosa nueva una boda para la familia de Rosalie. Ella y sus hermanos habían visto la de su madre con su segundo marido.

Mamá no quiere que haya dos viudas en casa. Por eso reincede por tercera vez y ...



(¡David!)



... y los declaro marido y mujer.

Se acercó a él cuando César saludaba a la flamante pareja. Hubo un instante de silencio tenso. Después ella sonrió.

¿Has vuelto a instalarte en París con tu viejo equipo de dibujantes? ¿Michel, Georges y los demás...?



Sí, Rosalie.

Se te ve feliz. ¿Amas a ese hombre que estaba junto a ti en la ceremonia?



Sí, y él también me ama. César sabe lo que quiere.

¿Quién era ese tipo con el que hablabas?



No es ningún "tipo", César, sino un amigo de antes. Se llama David, y es dibujante de tiras cómicas.

¿Te conoce totalmente?

¿Llegaste a conocerme tú, David? A-dieu; me alegra saberme nuevamente aquí. Si vienes a la fiesta lleva a mis hermanos en tu auto.



¡Pásalo, David! El siempre dice que es el mejor en todo. ¡Rabiará!

¡Allá voy, Marité!



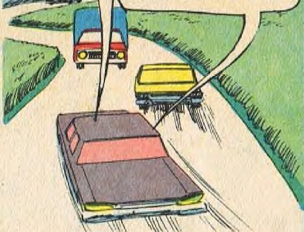
¿Qué pretende el muy cretino? ¿Burlarse de mí?

A mis hermanos les gusta correr. Déjalos ir adelante.



¡Jamás! Le probaré que ha desafiado a un experto conductor con más máquina.

¡Es una locura, César!



¡Cuidado!



¡Casi nos matamos! ¿Te has vuelto loco? ¿O sientes celos de David?

¿Celos yo? ¡Bah!



¡No pasó nada, amigos! ¡Vuelvan a sus autos, todos estamos bien! ¡Alé, alé!

(Seguro que son celos, César. Te conozco muy bien.)



El vino y las canciones de la fiesta lo pusieron alegre. Casi olvidó el incidente, hasta que se encontró a solas con él.

¿Qué clase de amistad hubo entre usted y Rosalie?



¿Amistad? Fuimos más que eso: novios.

Ella me amaba antes de conocer al que luego fue el padre de Catherine. ¿No se lo dijo aún?



Se lo dijo después, cuando regresaban solos a París.

Es verdad, César: una vez nos amamos. Pero eso pasó. También amé después a mi esposo... y ahora a ti. ¿Qué pue des envidiarle a David?

Es atractivo y simpático.



¿Y tú no?

CHUIK



Uno de los vicios de César era el póker. Solía juntar a sus amigos en su departamento y Rosalie los atendía. Una noche...

En cuanto terminemos te llevaré a tu casa, chérie.



No te apures por mí; me gusta verte jugar.

¡Suenan el teléfono! ¿Quién puede ser a esta hora?



Deja, atenderé yo.

Quiso oír pero no pudo. Tenía una buena mano y ganó. ¿Por qué no volvía, Rosalie? No debía mostrarse inquieto. Alguien quiso hielo por fin.



¿Estás ahí? Mis amigos necesitan...

Cuando quedó solo telefoné a casa de ella. "No está," le dijo Marité. Entonces pregunté dónde vivía David. Y un rato después...



(Es aquí. Rue Carlos Quinto número cincuenta y siete. Hay luz en el taller. Si subo y está allí con él...)

¿Qué busca usted, César?



¡David! Pasaba por aquí y quise...



¿Saber si Rosalie está conmigo? Ya ve que no. Es casi el amanecer y con mis amigos pasamos la noche arriba, trabajando. Salf hace un momento para comprar comida, ¿sube?

Dijo que no y se marchó con la tranquilidad de saber que ella no había ido allí.



(¿Por qué diablos se le ocurrió buscarla justamente en mi casa? No he vuelto a verla desde el casamiento de su madre. Ella parece feliz y yo estoy muy ocupado.)

¡Rosalie!

De pronto sentí deseos de verte, David. ¿Hice mal en venir? No voy a interrumpirle la tarea. Como antes, ¿recuerdas? Les serviré de comer y beber y los miraré dibujar.



(¡Se ha marchado sin decirme nada! ¿Adónde? ¿Acaso ese David...?)



¿Traes ese hielo o no, César?

Ya tengo los víveres. ¿Quién prepara los emparedados? ¿Tú, Michel?



No me dejarían hacerlo. ¡Fíjate quién ha llegado!

César iba a subir cuando yo llegué. Te buscaba. Parecía muy preocupado hasta que le dije que no estabas conmigo.

Yo le diré esta tarde que no mentiste, pero también que estuve aquí. Entenderá.



¡No entiendo nada, Rosalie! ¿A qué fuiste en realidad?

A visitar un viejo amigo. ¿Ves algo de malo en eso?

¿Lo amas aún?

¡Por Dios, César! ¿Me trajiste para que te sirva de intérprete con ese cliente belga o para torturarme con tus celos? ¿Dónde está el hombre seguro de sí mismo que conocí?

La besó ahí, delante de sus operarios. Todo lo había conseguido con el propio esfuerzo. Pero era más fácil ascender desde la nada hasta la fortuna, que dejar de dudar de ella.

(Su esposo era pintor y David es dibujante. Acaso la atraigan los artistas más que los hombres de negocios.)

Lo convenci. Comprará tus locomotoras viejas al precio que tú querías.

¡Eres admirable, chérie! ¿Qué haría sin ti?

Vivirías sin pensar en David. ¿Por qué supones que puedo volver a él?

No lo sé. Te conocí primero, aún antes que tu marido. Ninguna mujer olvida al primer novio.

Pero no tiene visión comercial. ¡Jamás hará mi fortuna! Es el tipo de hombre que comete errores. ¿No dejó, acaso, que te casaras con otro?

Yo sé luchar, Rosalie. ¿Recuerdas que me hablaste de esa casa de la playa, en Cayeux, donde pasabas tus veranos de niña?

¡Voy a comprarla!

¡Oh, sí! Pertenece a mi padre, pero hubimos de venderla cuando él murió. ¿Qué sucede con ella?

Tienes razón. Cuando supe que tenía un rival no luché. Simplemente se marchó de París... abatido.

Era su forma de luchar. E hizo algo más. Días después fue a ver a David al restaurante donde éste solía almorzar con Michel. Trató de que su expresión evidenciara suficiencia y convicción.



Pues sí, mon ami, Rosalie y yo vamos a casarnos pronto. Es imprescindible que lo hagamos, ¿me entiendes?

Además, estamos muy comprometidos los dos. Le haré una confesión que no debe divulgarse: maté a un tipo por ella hace un tiempo. Uno debe jugarse por la mujer que ama. ¿Soy claro?



¡Lo dejé boquiabierto! No dijo una sola palabra. Ya no le quedarán ganas de interferirnos. ¡Es un pollito que aún no dejó el cascarón!



El encuentro fue casual. Ella buscaba un taxi en la tarde lluviosa y el auto se detuvo frente al negocio en el que estaba refugiada.

¡Sube, Rosalie!

¡Ha sido una suerte que me vieras, David! Voy a la oficina de César.



Se supone que debo felicitarte. ¿Cuándo será la boda?

¿Cuál?



Le contó esa rara charla mantenida con César. Sin omitir nada. Cuando Rosalie bajó la furia enrojeció sus ojos. Fue una tromba la que abrió la puerta y echó una catarata de palabras sobre él.

¡No eres más que un vulgar patán! ¡La próxima vez que mates tipos por mí, avísame antes!

¿Te lo contó?



¡El muy miserable! Y tú, que sigues viniéndolo. ¿Qué clase de mujer eres?



¡Una mujer libre! ¡Dueña absoluta de mis actos! ¿Qué pretendías lograr jugando al matón? ¡Te desprecio!

¡(Esto no puede quedar así! Necesito, exijo una represalia! Ese maldito dibujante de tiras cómicas sabrá quién soy!)



Estaba ciego de rabia. De un empujón la arrojó hacia la puerta. ¡¡Vete con él si así lo deseas!!', gritó.

¡Las calles de París están llenas de zorras como tú! ¡Ya no te quiero aquí, ni en mi vida!



Adiós, César. No volverás a verme jamás.

¿Qué busca usted aquí...?



¡Paso, Michel! ¡Vengo a poner las cosas en su lugar!



El restaurante quedaba en una solitaria playa de la Mancha. Pertenecía al tío de David y allí habían ido a buscar refugio. Pero debieron ganarse el alojamiento.



Tú me arrojaste a mi esposo cuando no tuviste el coraje de luchar por mi amor. Y César terminó por arrojarme hacia ti. Y ahora no sé lo que en realidad quiero.



El auto se detuvo frente al restaurante. Era un domingo. Había sol y los turistas estarían disfrutando de la playa. Sólo quedaba el dueño dentro del local.

¿De verdad viene usted a ofrecer un trabajo a mi sobrino David, monsieur?



Lo encontrará en la playita, junto a la escollera. Su amiga y la niña están con él.

¡Merci, mon ami!



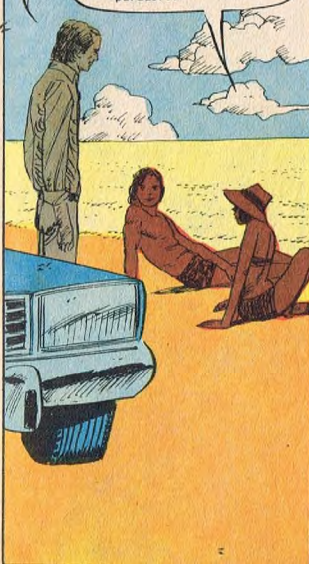
¿Has visto antes a ese auto por aquí?

No, pero el que lo lo guía parece...



¡Hola! El que busca con afán termina encontrando, ¿verdad?

¡César! ¿Quién le dio nuestro paradero?



Eso no importa ahora. Vengo en son de paz. ¿Les avisó Michel que mandé reconstruir el estudio que destruí en París? Ya puede usted volver allí, David. Y en cuanto a ti, Rosalie...



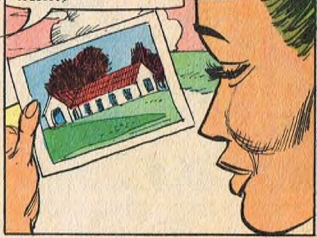
Volví a cobrar vida la casa del mar. Rosalie se instaló con su familia, y David regresó a París. César se sentía feliz, imprescindible...

¡Vengo hambriento de navegar!

¡Te aguardábamos para almorzar!
¡Hoy cocinó Rosalie!



¡Fíjate cómo hice arreglar tu vieja casa de Cayeux! Ya es mía, ¿sabes? Los vecinos recuerdan a tu madre y hermanos. Podríamos pasar allí el resto del verano. Tú, yo, todos...



(Está triste. Como si algo le faltara. Nada me ha dicho, pero es fácil en tenderla.)





4. Quise avisarte que mañana viajo a París.

Dijiste que te tomabas vacaciones.



¿Pasa algo malo, César?

No, Rosalíe. Sólo un negocio que debo tratar. Mi hermano Marcel está perdido sin mí. Te dejaré el dinero suficiente para las compras y todo lo demás.



¿Sigues pensando que eso es lo único que cuenta?

¡Oh, no! Hay otras cosas... Tú lo sabes mejor que yo. Cosas que el dinero no puede conseguir.



Oyó los golpes en la puerta y abrió. Primero tuvo la sensación de que venía a realizar un nuevo desastre. Pero enseñada comprendió que el tono de su voz era suplicante y que lo tuteaba con una repentina familiaridad.

¡Tienes que ir allá, David!



¿A qué, César? Es tu casa ahora; la compraste.

Rosalíe es una sombra. Ríe sin alegría, habla sin ganas. Me quiere sin amor. Y, lo que es peor, no me pide nada. Tú puedes ayudarla.



¿Te has vuelto loco?
¿Qué prueba intentas realizar?

Ella debe verme como me has dibujado aquí: el que paga siempre, pero no compra lo principal.



Shok!



Michel llegó después. Vio la sangre manchando la camisa de David y se asustó.

¿El otra vez?

Sí, y peor que nunca. Tuve que echarlo a empujones.



¡Quiero verla dichosa, aunque la sombra pase a ser yo! Irás conmigo a Cayeux!

¡Eres el energúmeno de costumbre!
¡Suéltame!



Me propuso algo imposible. Aunque... pensándolo mejor... Quizás sea la única solución. Aún está ahí, en el café, bebiendo.



¡Un coñac, garçon! ¡Del mejor que- tenga!

¿Tú? ¿Has resuelto hacerme caso?



¡Iremos a la casa del mar! Pero en mi auto, porque no estás en condiciones de guiar el tuyo. ¡Paga y salgamos!

¡Seguro, David!



Fue canturreando por el camino. Era el atardecer cuando llegaron. Todo el mundo se volvió para verlos.

¡César trajo a David! ¡Míralos, mamá!

¡Mon Dieu! ¿A qué? ¿Por qué?



No comprendo, César. ¿Qué hace él aquí?

Mi auto se descompuso en París, Rosalie. Tuvo la gentileza de traermelo en el suyo. No haría tan largo viaje solo para eso, ¿verdad? Le pedí que se quede unos días.



Nadie creyó esa mentira. Esa noche hubo un plato más en la mesa grande, risas que David compartió con los jóvenes de la familia, y póker en la prolongada sobremesa.

¡Haces demasiadas trampas, David! Los profesionales te cortarían la cabeza!



¡Mejor me voy a pescar con Guillermin, el vecino que me vendió su lanchón!



¿Tú lo entiendes? Compró esta casa para rescatarme de ti y ahora nos deja solos.

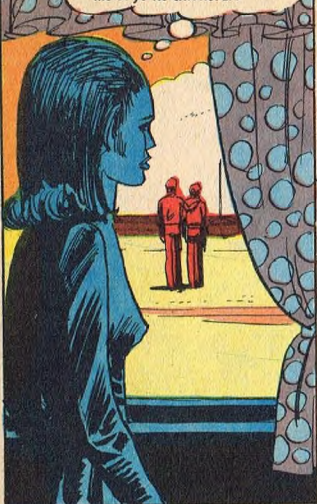
El cree que me necesitas, Rosalie. ¿Es verdad eso?



¿El amor es necesitar a otro o ser necesitado, David? No lo sé. Es muy difícil saberlo. Quizás sea, también, dar al ser amado lo que éste necesita... y perderlo. ¿Quién lo sabe?

Los días se llenaron de excursiones a las vecinas. César bromeaba con todos. Parecía dichoso. La amistad de David se le volvió profunda y sincera. Comenzaron a tratarse como hermanos.

(Hizo bien en traerlo, después de todo. Pasan el día juntos, como si yo no existiera.)



Mi esposo ya no soporta esta situación, Rosalie. Ni yo, si debo ser franca. Los dos aquí, contigo... ¿Es normal?

No pasa nada con ninguno de ellos, mamá. Es como una decisión que no me animo, o que no me dejan tomar. Me siento más sola que nunca, pero lo ignoran.



La familia se marchó un sábado. Quedaron los cuatro: Rosalie con su hija, César y David. Una muchacha del lugar la ayudaba con la casa. Un día los hombres salieron a pescar.

¡Lo comeremos esta noche! ¡Ella lo hará al horno, como nos gusta! ¡Te invitaremos, Guillermo!



¡Asómate a ver esto, Rosalie! ¡El mar ya no tiene secretos para nosotros! ¡Me oyes?



Madame se ha marchado esta tarde con la niña. Sólo me dijo que no iría a casa de su madre, en París.

¡Imposible!



Entré enloquecido, la busqué por los cuartos desiertos. Por fin se convenció. El mundo se derrumbaba a sus pies. Se supo abandonado, como esa cuna donde había pasado las noches Catherine...

¿Por qué? ¿Acaso no era feliz? ¿No tenía todo lo que necesitaba?



¡Lo que quieres es matarte! ¡Si no te obligo a girar el volante nos hubiéramos estrellado! ¡Para el auto!

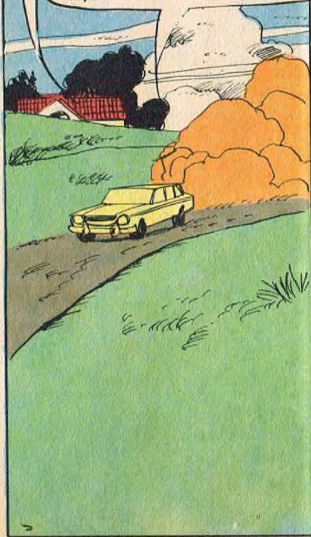


¡Si quieres morir, yo te digo que no! ¡Me gusta la vida! ¡Guiaré de regreso a Cayeux!



Te equivocaste, César. No era a mí a quien precisaba. Nunca conocí del todo a Rosalie. Nadie la conocerá jamás. Pero... ¿adónde vamos tan ligero?

Por ahí. Quiero estar lejos de la casa. No pensar.



Por el camino fue silencioso. David lo miró. "Todos somos distintos. Nadie se parece a otro. Cada uno necesita una cosa diferente", tenía razón Rosalie. El ya había comenzado a olvidar. César no se resignaba: seguía necesiéndola. Por fin resolvieron volver a París.

(Pensé que viviríamos siempre aquí.)



¿Que la extraña situación podía durar. Era una manera de tenerla cerca. Y falló. ¿Por qué?)



¿Qué harás tú?

No lo sé. Me cansa el negocio de Lyon. Voy a dejar a mi hermano al frente de él.



David regresó tiempo después. César fue a esperarlo. Lo llevó a su nueva casa. Era otoño otra vez y los árboles se desnudaban en el desamparo.

¿Has sabido algo de ella?

Nada. Pero la he recordado mucho. Quería hacerla mi esposa, pero nunca me dio oportunidad de decirle...



¿Hablas en serio? ¿Tanto la amabas? Pensé que, al igual que yo, sólo querías de Rosalie... bueno, tú sabes, era una mujer hermosa, libre y... ¿Estás oyéndome, César?



¿Qué haces aquí? ¿Cómo diste con mi paradero?

"El que busca con afán termina encontrando", ¿recuerdas? Simplemente vine, César. Quería, necesitaba verte. Pregunté y me dijeron...



Debes metértelo en la cabeza: Rosalie era incapaz de amar mucho tiempo a alguien. Se arreglará bien sola, o no tardará en encontrar a quien...

¡Cállate, David!



No. Ya no podía oír nada. Sólo miraba la silueta aún borrosa que se acercaba al portón y lo abría.

Parece... es... ¿o estoy soñándolo?



... que vivías en esta casa, muy solo. ¿Es verdad?

"¿El amor es necesitar a otro o ser necesitado?" Quizás sea las dos cosas, Rosalie. El sabe lo que quiere, y tú también ahora.)





MI NOVIA Y YO

Por ROBIN WOOD

ESTA VIDA ES UN CIRCO

Dibujos de VOGT



¿Qué es un corazón abandonado?



Muy gracioso. No. Hay otra clase de corazones abandonados.



Sí. A esos me refiero. A aquellos que transitan por la vida sin encontrar su alma gemela o por lo menos un alma ajustable y que sufren tremendas frustraciones de todos colores.



Estar solo es feo, claro que sí, o por lo menos el estarlo cuando uno no quiere. No tener un amigo o una novia o alguien a quien contarle sus problemas, ¿por qué será que lo único que siempre se tiene para contar a un amigo son problemas?



Y la peor soledad es aquella conectada con la sección amorosa.

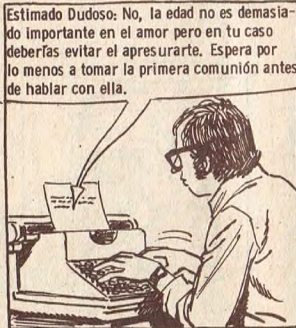
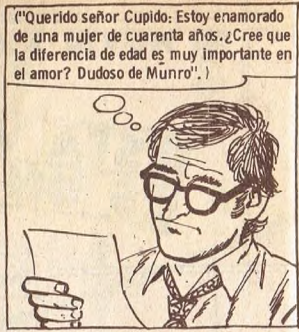
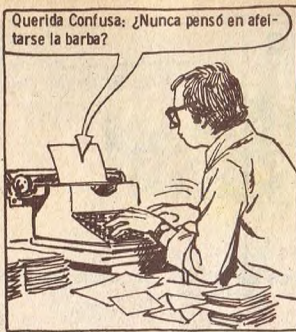


Este es Brassi, director de la sección "Corazones Solitarios" de la Editorial Palomita, guerrero fogueado en cuanto locura se pueda cocinar en este valle de lágrimas...



("Querido señor? Eupido: Soy bonita y simpática como podrá ver en la foto pero los muchachos nunca me invitan a salir. ¿Por qué? Afectuosamente. Confusa de Villa Crespo.")





¿Qué? ¿Otra vez Brassi?

Sí, pero esta vez ha sido algo realmente fuerte. Imagínate. Fue a ver al jefe y le pidió que le rebajaran el sueldo.



Pobre diablo. Me pregunto quién será el infeliz que tendrá que hacerse cargo de...



¿Hmmm...?



¿Yoooooooooooo? ¿Yo ocuparme de los Corazones Solitarios? ¿Yo? ¿Usted está bromeando, jefecito supremo?



¿No? ¿Seguro?



Y si yo le digo que no, ¿eh? Y si yo me pongo firme, ¿eh? Porque cuando a mí se me mete algo en la cabeza no me lo saca nadie, ¿eh? Porque yo tengo la cabeza muy dura, ¿eh? Porque mi cabeza...



Ay, mi cabeza...



Y así me encontré instalado detrás de un prosaico escritorio, con una pila de cartas a cual más tremenda y luchando desesperadamente por conservar mi cordura...

("Mi novio mordió a mi padre, ¿qué debo hacer? Aflicta de Balcarce.")



Vacune a ambos...



("Hace siete años que salgo con una chica. Todo es muy formal pero nunca he hablado de matrimonio. ¿Debo hacerlo? Indeciso de Calamuchita.")



Cállese la boca, tarado.



Che, Cupido, te buscan.

Morite. ¿Quién?



¿Usted es el señor Cupido? Me lo imaginaba más viejo...



Es que yo hago una vida muy sana. Cultivo el espíritu y todo eso...

Verá usted, señor Cupido... Sé... sé que por lo general usted se ocupa solamente de cartas pero... pero mi caso es muy especial y por eso he venido a verlo...

Adelante, m'hija. Soy todo auriculares.



Estoy enamorada.



Eso no es muy grave. Un buen laxante y quedará como nueva.

Yo trabajo en un circo. Me llamo Vera Slobova y mi padre es el domador. Me enamoré del gigante del circo... y...

Adelante, moza. No me se atranque.



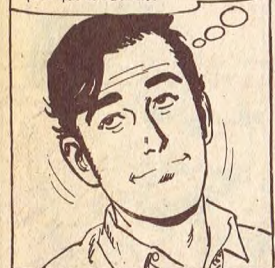
Verá... El... él es muy tímido y además su hermano es celosísimo y nunca le permite acercarse a mí. Por otra parte mi padre no aprobaría eso pues quiere que me case con el hombre fuerte del circo.



Señor Cupido, ¡ayúdeme!



(Ay, qué pápito fulero tengo de que aquí me voy a meter en un lío que para qué te cuento.)



¿Por qué no viene al circo? Tal vez allí podría usted encontrar alguna manera de ayudarme. Por favor...

Ejem...



Sí. Ejem. El asunto es que por un cierto caso de imantación yo atraigo los merengues de la misma manera que un imán atrae los clavos o un millonario las rubias así que...

Está bien. Iré.



Y así me encontré, con las manos en los bolsillos y un silbido entre los dientes paseándome entre las jaulas rodantes, carretones, tiendas y casas rodantes.



¡Señor Cupido! ¡Por fin ha llegado!

Ejem. Guárdeme el anonimato, por favor.



¿Y ese gruñido? ¿Es un oso?



Al principio creí que lo era pero mirando con más atención me di cuenta que el suponerlo era insultar a un oso. Era un caballero ancho por todos lados, empaquetado de músculos que me miraba como si yo fuera un vendedor de estufas en el Amazonas.



Ejem. ¿Quién es ese digno caballero?

Sansón, el hombre fuerte del circo. Mi padre quiere que me case con él para asegurarse que siga trabajando con nosotros.



Este... creo que me gustaría alejarme un poco de este sitio. Yo soy muy dado al turismo, ¿sabe?



Venga.

Y de pronto se ruborizó por los cuatro costados y bajó púdicamente ojos, pestañas y el resto y murmuró con una exquisita voz de teletatro de las cuatro de la tarde.

Allí está Humberto.



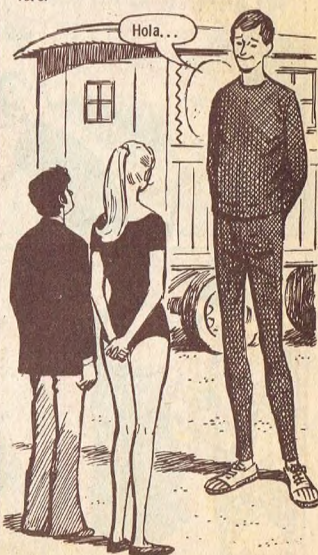
¿Dónde? ¿Cerca del poste azul?

No. El poste azul es Humberto.



Ah.

El caso es que Humberto parecía un buen chico a juzgar por la cara que yo veía perdida entre las nubes. Vi que se ruborizaba él también, lo que lo hizo parecer un semáforo.



Hola...



¡Humberto!



Es su hermano...

Pero...

¡Ya te he dicho que no quiero verte hablando con nadie! ¿Entendido?

Sí, Miramón. No te enojés. No hacía nada de malo.



¡Ja! ¿Crees que no sé por qué andas siempre rondando el carrozomato del domador? ¡Ya te he visto las miradas que le echas a esa pavota!

Por favor, Miramón...



¿Mujer sin cabeza? No entiendo. ¿Qué clase de número es?

Oh, muy fácil.



Hmmm. Veo que no pierdes las esperanzas, ¿eh, Vera? Deberías olvidarte del asunto. Ya sabes el carácter que gasta su hermano.

Nina, hola. Nina es la mujer sin cabeza del circo.



Es así.



Creo que fue un poco fuerte para él.

Ahí. Los hombres son todos iguales...



... excepto uno, claro.



(En fin..., peguémonos una caminata mientras esperamos que la función se termine...)



Pero...



Extrajero, nadie se acerca a Vera, ¿entendido? El que se acerca a Vera muere lentamente, ¿oye? Le quiebro los huesos uno tras otro, le arranco la carne a puñados y devoro sus entrañas, ¿entendido?

Jamás en mi vida entendí algo con tanta claridad.



¡Eh tú, gorila! Deja al caballero tranquilo.



Cállate, gusano, o te aplastaré.

¿Gusano? ¿A mí me llamas gusano?
¡Ahora verás!



Y por esta vez dejaremos las cosas así, pero
cuidado. Tal vez la próxima vez yo no me
sienta tan generoso.



Soberbio.



Venga, caballero. En mi carrmatom le daré
algo para beber. No haga caso a ese gorila.
En el fondo es inofensivo.



Tal vez... ¿Pero a qué profundidad?

¡Y tú, ven con nosotros! ¡Y no
te acerques a esa vampiresa!



Pero, Miramón...

Ah, es una tragedia, mi querido señor,
tengo que cuidar de este grandulón inú-
til que cree que hay una mujer que pue-
de quererlo. ¡Mírele la facha simplemen-
te!



Yo le miré la facha y el pobre me sonrió
con la sonrisa más buena del mundo.
Casi tuve ganas de darle una palmadita
en el cachete pero para eso hubiera
necesitado una escalera...



¿Y por qué no?

¿Por qué no? Mírenos. El es un gigante
y yo soy un enano. ¿Quién se fijaría
en nosotros?



No es tan grave...

Y ahora lo dejamos un mo-
mento. Tenemos que ir a
presentar nuestro número...

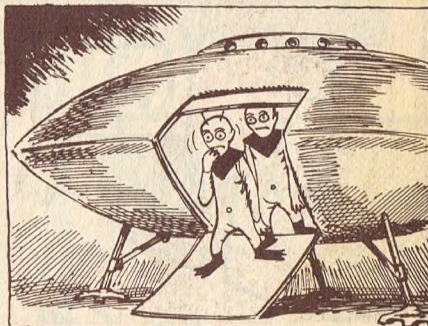


Déle nomás...

(Hmmm. ¿Así que éste es
el escritorio del bueno de
Miramón? Hmmm. ¿Y
qué habrá en el cajón? Ya
sé que no hay que ser cu-
rioso pero...)







CARLOS
ENRIQUE
VOGLT 73



FIN

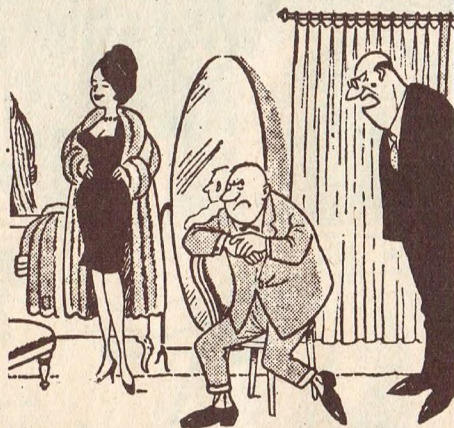
PÁGINA HUMORÍSTICA



- Fred rige su vida guiado por una máxima muy simple: uno nunca tiene deudas si no compra nada...



- ¡Basta de comedias! ¡No saldrás a tomar un trago!



- ¿Qué tiene que ver que el cliente sea su señora? Usted está aquí como vendedor de pieles.

GOTITAS DE ALEGRÍA



-Tengo una muy buena razón para venir tan tarde... Estoy completamente borracho.



-...Y he decidido volver. Me han dicho que últimamente se te ve muy sonriente.



- ¿Tengo que entender que la respuesta es no?

ESTUDIE SINDICALISMO



EN SU HOGAR,
POR CORRESPONDENCIA



CAPACITASE PARA
ACTUAR EN EL
MUNDO DEL FUTURO
Y DESTACARSE

TAMBIEN: ORGANIZACION Y
DIRECCION SINDICAL

MATEMATICAS GENERALES Y
FINANCIERAS

ESTADISTICA

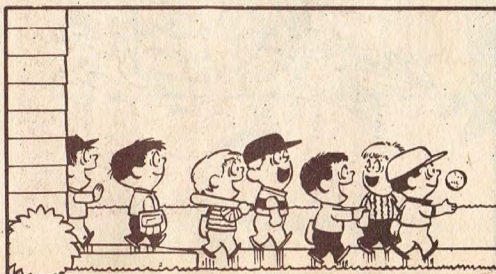
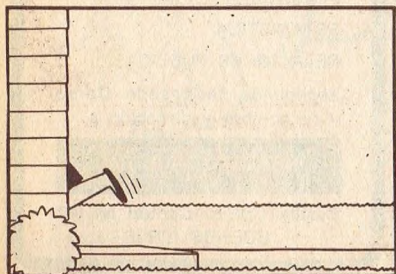
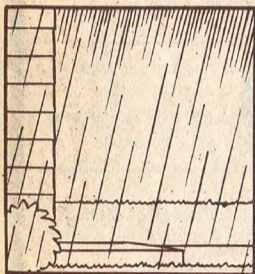
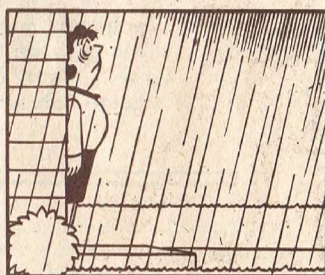
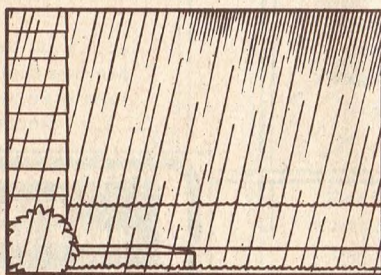
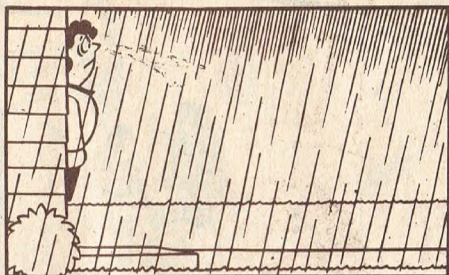
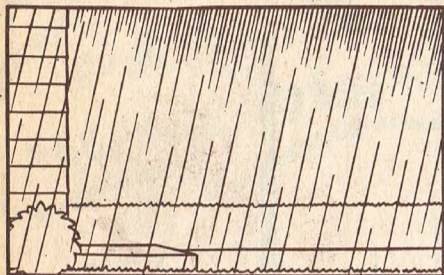
RELACIONES PUBLICAS

Escribanos designando Curso
y su nombre y dirección a

INSTITUTO "AUSTRAL"

Casilla Correo Central N° 697
BUENOS AIRES

JUAN CEPILLO



LA MITAD DE MI VIDA



Esta triste y apasionante historia me fue relatada directamente por su protagonista. Por temor a herirla en su autenticidad, sólo me atrevo a transcribirla tal cual.



Por LIZETH DE AZCURRA

Dibujos de GARCÍA LOPEZ

Todos tenemos un primer amor. Y ese primer amor, por una intensa sabiduría del destino, nunca se realiza.



Es lógico que sea así. Es lo mejor, por otra parte. A la edad en que se da generalmente ese primer amor, somos demasiado místicos, demasiado idealistas. Lo percibimos con una pureza casi transparente de tan límpida, casi sobrehumana de tan elevada.



Claro, después viene la vida. Nos enseña muchas cosas, e inexorablemente, va rompiendo en pedazos muchos de nuestros mitos. Aprendemos entonces a amar de otra manera; más firme, más humana, mucho menos romántica.



En la época en que conocí a Roxana estaba mi alma esperando aquel primer amor a que me he referido. Lo soñaba, idealizándolo, y creía con firmeza que perduraría en mí más allá de la muerte.



Cosa extraña, no me había equivocado.



Pero vayamos por partes. Yo tenía diecisiete años aquel verano en que mis padres me mandaron a Mendoza a casa de unos parientes.

Recuerdo que la idea no me había entusiasmado demasiado. La mayoría de mis amigos veranean en Mar del Plata y la perspectiva de pasarme en meso lo entre pasto y verde me aburría ya de antemano.



Con un pésimo estado de ánimo pasé los primeros días en la estancia.

(Y faltan todavía más de tres semanas...)



Estaba maldiciendo mi suerte cuando se acercó mi primo Luis.

¡Por fin te encuentro!



Llegaron visitas. Papá quiere presentarte a unos amigos.

(Lo que me faltaba...)



Entré a la sala detrás de mi primo, pensando que buscaría enseguida una excusa para retirarme sin que se ofendiera.



Y allí, sin haberlo siquiera presentado, me encontré por primera vez frente a Roxana.



En ese mismo instante pude intuirlo. Ya con sólo mirarla, se me habían llenado los oídos de la canción azul de mil campanas.



Buenas tardes...

Dos palabras, y al extenderle la mano sentí que se lo había dicho todo. Ella debió percibirlo de alguna manera, por que sus ojos me respondieron y hubo entre nosotros una comunicación íntima, de alma a alma, que yo no imaginaba que pudiera existir entre dos personas.



A partir de ese momento todo cambió para mí. Así, simplemente y sin premeditarlo, había encontrado el amor. El único, primero, incomparable.



Los días se me pasaron entonces demasiado ligeros. Salía a todas partes con Roxana, y los momentos que pasábamos separados se me antojaban insuportablemente largos.



Ya están por terminarse tus vacaciones y las mías...



Yo no quería, no podía pensar en ello. Tercamente, me complacía en revivir los momentos pasados, y eludía sistemáticamente toda referencia a aquel fin de mes que sin embargo, yo sabía que estaba cada vez más cercano.



Roxana, en cambio, era mucho más valiente.

¿Vas a escribirme? No hablemos de eso.



Tenemos que hablar. Dentro de poco te irás a Buenos Aires y yo volveré a Valparaíso, a mi casa, a mi escuela. Pero esto que nos pasó no puede ser tan fugaz como el verano. Tiene que perdurar, tiene que prolongarse en algo.



Porque estaba de acuerdo con ella, hicimos planes para el año siguiente.

¿Vas a volver aquí?

No. Mis padres vinieron a la Argentina sólo para pagarnos una deuda de amistad a tus tíos. Este viaje no se repetirá, estoy segura.

Me quedé un momento callado. Una firme determinación me había crecido rápida en el alma.

Entonces Iré yo a Chile.

No sabía cómo podría hacerlo, ni de qué mañas debería valerme para convencer a mis padres. Al fin y al cabo, tendrían para ese tiempo solamente dieciocho años.

De esa manera, el momento de la despedida no nos pareció tan triste ni tan definitivo. Sabíamos que tendríamos que soportar un período de prueba, pero estábamos seguros de que esos meses no harían sino aumentar nuestro cariño.

¿Realmente vas a venir? Me moriré si no lo haces.

Tú no te preocupes. Ya verás que nos encontraremos como hemos combinado, y todo volverá a ser tan hermoso como lo vivimos aquí este año.

Durante el viaje de regreso a Buenos Aires, el desfile Incesante de lo sucedido en los últimos días me daba vueltas y más vueltas en la cabeza.

Habían pasado muchas cosas desde que saliera de mi casa. Teóricamente, por lo menos a mí me lo parecía, había salido de ella casi un niño, y regresaba a un paso de ser hombre.

(Por obra del amor...)

Los meses de invierno fueron transcurriendo lentos y pesados. Lo único que aliviaba la tensión de la espera eran las cartas de Roxana.

Avidamente me encerraba en mi cuarto a releerlas una y otra vez. Quizá por timidez, no había comparado mi secreto con nadie, aunque debo reconocer que mi madre tenía trazas de haberlo adivinado todo.

(Pero no voy a decírselo. Esta felicidad es mía, sólo mía...)

Estuve a punto de perderla cuando comenzamos a discutir el asunto de mis próximas vacaciones. Mi padre no comprendía el por qué de mi prisa por viajar a Chile.

Quiero conocer, eso es todo.

Pero puedes hacerlo otro año. Comprende que en este momento representaría un gasto que no estamos en condiciones de afrontar.

No te estoy pidiendo dinero sino permiso, papá.

¿Quiere decir que tú puedes solventarlo? ¿Con qué?

¡Pero papá, todos sabemos que yo trabajo además de estudiar!

Sí, pero siempre supuse que el dinero se te iba con la misma prisa con que lo ganas. Un muchacho debe tener sus pequeños gastos, creo yo.

Así es. Pero este año no he derrochado un solo peso.

Todavía sonrío al recordarlo. Durante meses me había privado de bailes, cine y hasta cigarrillos. Todos mis gastos se habían reducido a los realmente ineludibles, como dinero para el colectivo y algunos apuntes de la facultad.

En realidad, no me había costado hacerlo. Sin Roxana, cualquier salida me parecía a burrada. En cuanto a los cigarrillos, pensaba que bien valía la pena un sacrificio si el premio era volver a verla.

Fue así como con la aprobación de mis padres, viajé a Valparaíso ese verano.

Y todo fue tan romántico, tan puro y tan hermoso como lo habíamos soñado.

Claro que quizá por sentirnos tan a gusto, los días se nos pasaron demasiado pronto. Yo había conseguido, gracias a mis ahorros y a una pequeña suma que me diera mi padre, afrontar los gastos de pasaje y estadía por una quincena, y ésta terminó mucho antes de lo que los dos hubiéramos deseado.

Nos encontramos así, y cuando creíamos que recién comenzábamos a disfrutar del reencuentro, a sólo un paso de la despedida.

Faltan solamente dos días...

¿Y qué pasará después?

Ante la perspectiva, Roxana había perdido toda su valentía. Porque no podíamos engañarnos. Iba a ser muy difícil volver a vernos, teniendo en cuenta que yo no podría seguir yendo a su tierra todos los veranos, y a ella le sería imposible viajar a la Argentina.

Además nos dábamos cuenta que para nuestro amor, quince días cerca eran muy poco para compensar los larguísima meses de la distancia.



Sin embargo, éramos tan jóvenes y soñadores que no nos costaba mucho levantar dichosos castillos en el aire.



Y así lo hicimos tratando de no recordar la realidad que nos hubiera lastimado tanto.

Después habrá un regreso, estoy seguro.

¿Puedes jurármelo?



Toma mi anillo. Ya sé que va a quedarte grande, pero necesito dejártelo, y también llevarme ese pequeño que tú tienes.

¿Una especie de compromiso?



Puedo hacer algo mucho más efectivo.



Algo así. El compromiso de volver a encontrarnos para que cada uno pueda recuperar el suyo.



Y si la suerte lo permite, tal vez cuando venga a devolvarte este anillo pueda traer conmigo las alianzas.



¡Oh, Federico!



El regreso fue muy amargo para mí. Lejos de ella, la realidad comenzaba a golpearme el corazón, y era tan imperioso su llamado que yo no podía ya seguir ignorándola.



Y el tiempo, el viejo tiempo, se encargó de lo demás.



Poco a poco, en sucesivas cartas, los dos fuimos matando nuestros sueños, es muy difícil amar desde lejos, mantener encendida la flama a través de la ausencia, superar con el alma el áspero vallado que impone la distancia.



No hubo viaje el verano siguiente. Las cartas, insensiblemente, se fueron espaciando. Cada uno iba madurando por su lado, recogiendo vivencias no compartidas, afrontando experiencias que lo hacían distinto de aquel que se había enamorado.



Hasta que un día tuve que mirarme al espejo y reconocer que ya era un hombre. Y que entre todo el cúmulo de cosas superadas estaba también la ilusión de volver a ver a Roxana.



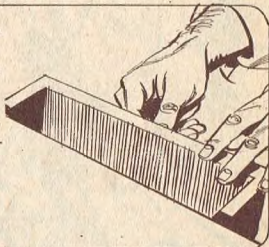
Pero no quiero dar lugar a confusiones. Yo superé los sueños de vivir a su lado, de realizarme en ella. No superé el inmenso amor que le tenía.



Yo seguí enamorado. Y equivocadamente, en cada mujer después volví a buscarla. En cada beso quise sorprender sus labios, en cada espíritu traté de reencontrar su alma.



Pobre de mí, que la había perdido. Pobre de mí, que con su imagen había enterrado la mitad de mi existencia, reservándome de ella tan solo un recuerdo, una pequeña prenda.



Después yo, Federico "hombre", traté de reconstruir mi vida sin lograrlo. El episodio aquel me había partido en dos, como un hachazo.



La soledad, entonces, fue mi único refugio.



El tiempo y el estudio me habían dado un título de médico, profesión que ejercía con verdadera vocación. Buscaba tal vez en ella adormecer mi espíritu, anestesiarme de sueño y de cansancio.



Los años fueron pasando lentos, rítmicos, inexorables. Y todos me encontraron con el corazón detenido en un punto, en el momento mismo de perderla.



Hasta ese día, ayer, en que todo mi universo se derrumbó de pronto en un inmenso cataclismo que ahora, en este instante, aún me está arrastrando.



¡Doctor, acaban de traer un herido!

Estaba pálida como la misma muerte, y tenía el pelo húmedo derramado a mechones sobre la frente blanca. Casi veinte años no pasan en vano. Había en su rostro huellas que yo no conocía, y su piel había perdido la frescura de la adolescencia.



Pero era tan ella, ahora, igual que antes en el fondo dolido de mi pecho, que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar su nombre con la sangre, con el alarido desesperado que me subía a los labios desde el alma.



(¡Roxana!)

Porque sólo fue verla y dar me cuenta, con mi triste experiencia de tres lustros, que estaba grave, gravísima, que para que viviera iba a ser necesario un auténtico milagro.



Y yo era sólo un hombre. Un hombre descreído que no podía confiar más que en sus manos.



Al lado de la camilla que la llevaba a prisa por el corredor, un hombre se mordía los labios y lloraba.



¡Haga algo, doctor!
¡Usted tiene que salvarla!

Yo dejé por un momento de mirarla para concentrarme en él.

¿Es parienta suya?



Es mi esposa.



Su esposa. Luego la Roxana tendida en la camilla era una mujer ajena, a la que yo no tenía derecho a mirar a los ojos. De golpe, comprendí la inutilidad de mi empeño en seguirla amándola a pesar de todo. Había perdido veinte años, ahora lo sabía, alimentando la estéril esperanza de recuperarla alguna vez.



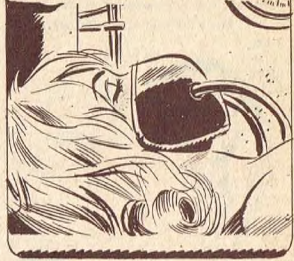
Ella, en cambio, había sido mucho más sensata. No pensaba por esto que me había amado menos. Simplemente, ella sabía tomar aquel primer amor como debía hacerlo. Como algo hermoso, incomparable, pero que debía ser superado.



Un poco aturrido todavía, entré tras la camilla. Ahora debía dejar de ser yo, un hombre tercamente enamorado, para dejarle sitio al profesional y tratar de salvarla.



No fui solamente yo. Durante las horas que siguieron, tres médicos peleamos por su vida.



Pero era inútil. Su aliento era algo cada vez más imperceptible, su corazón se debilitaba por momentos.



Y tuve que enfrentar la realidad. Salir al corredor y decirle al marido que se moría, que todo había sido inútil, que los médicos solamente somos hombres y allí hubiera sido necesaria la inmensa misericordia de Dios.



Fui testigo de su desesperación. Entré tras él a la habitación donde Roxana había dejado de luchar y se entregaba mansamente a su suerte.



El, su marido, se ubicó junto a la cama. En los momentos que siguieron, en que cada centímetro de mi piel se moría con ella, yo permanecí rígidamente de pie al lado de la puerta, con los puños apretados escondidos en los bolsillos del guardapolvo blanco.



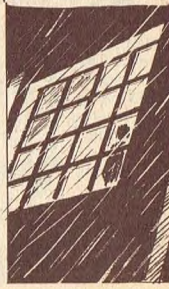
Ahora estoy aquí, con la frente apoyada contra el vidrio húmedo de la ventana. Afuera, la lluvia sigue cayendo sin prisa pero sin pausa, desdibujando cosas, lavándole la cara a la ciudad que comienza a despertar.



Son las cinco de la mañana. Mi guardia acabó hace horas, pero yo no me fui del hospital.



No sé cuánto tiempo llevo parado aquí, mirando la vereda. He fumado incontables cigarrillos, me he bebido de un sorbo todo el caudal de mis lágrimas.



Porque ante lo irremediable, yo tuve que poner el hombro y sostener al marido; tuve que encontrar palabras de consuelo para él como si en ese momento a mí no se me hubiera destruido el alma.



Claro, yo no tenía derecho. Yo era sólo un médico, un extraño que había tratado inútilmente de salvarla. Ella era para mí, a los ojos de todos, sólo un triste caso más.



No había soltado un grito ni derramado una lágrima. Permanecía quieto, llorando para adentro, sin que nadie adivinara la magnitud del dolor que me abatía.



(Porque no han visto mi alma. Porque no saben que ella representaba para mí la mitad de mi existencia...)



(Una mitad que, ahora sí, he perdido definitivamente...)



Sonreí con amargura. En realidad, yo la había perdido antes. Roxana se me había muerto en el corazón estando aún viva, cuando su esposo me miró a los ojos pidiéndome por ella.



(Todo es inútil ya. Ahora, en este momento, le tengo que dar la espalda a esa loca esperanza desesperada que alentó mi vida durante tanto tiempo.)



(Ahora tengo que enfrentar lo otro, la mitad de camino que me queda por andar, con la mirada nueva y el corazón abierto, alerta a la posibilidad de una nueva ilusión...)



Un momento después salía del hospital, y mi gesto al cerrar la puerta tuvo mucho de simbólico y definitivo.



Detrás de ella quedaba el pasado. Lo que hacía años yo debía haber su perado, pero que recién ahora colocaba donde correspondía: en el sitio tranquilo y dulce de los recuerdos.



RINCÓN ALEGRE



-Me gustó más la forma en que la quemaste ayer, Mary...

Sea Experto, técnico o perito en ELECTRONICA RADIO y TV

Y reciba gratis estos instrumentos para instalar su propio laboratorio técnico profesional.

No fracase más! Sea un seguro profesional solicitado y bien remunerado.



EN LOS PROGRAMAS DE LOS CURSOS SE INCLUYE:

- Armado de equipos de audio
- Diseño, instalación y service de porteros eléctricos y video-porteros.
- Cine - Sonido - Radar
- Armado y service de radio
- Service de grabadores
- Armado y service de TV
- Service TV transistorizados
- Control remoto - Stereofonia
- Servomecanismos - TV color
- Armado de transmisores
- Computadoras electrónicas
- Electromedicina - Termologia
- Electrónica industrial
- Sonar - Electroacústica
- TV en circuito cerrado

- Electrobiología - Control de calidad
- Diseño de instrumental electrónico - Matemáticas
- Sistema de telecomunicaciones
- Inglés técnico - Guía comercial
- Orientación profesional
- Relaciones públicas

INSCRIBASE YA EN EL CURSO DE ELECTRONICA MAS COMPLETO DEL PAIS!

Y capacítase desde cualquier lugar del país con nuestro exclusivo "Método de Enseñanza Libre". Una vez completados sus estudios, perfecciónese técnicamente con

Intensas prácticas guiadas en los talleres y laboratorios de la escuela con equipos individuales, instrumental completo y con más de cien (100) aparatos de todas las marcas y modelos.

Solicite información a:

ETW
ESCUELAS TÉCNICAS
WESTINGHOUSE
Santiago del Estero 1379
Capital Federal

Casilla 1552 Correo Central

Solicito me envíen el folleto informativo "Un mensaje para usted" sin ningún compromiso de mi parte.

FOLLETO GRATIS

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

PROV

Si desea recibirlo por carta certificada envíe dentro del sobre \$ 1 en estampillas.

GRATIS



INSTRUMENTOS QUE QUEDAN DE PROPIEDAD DEL ALUMNO

- 1) Monitor de TV
- 2) Probador de Yugos y Fly Back
- 3) Impresor de señales
- 4) Grid Dip Meters
- 5) Generador Oscilador de R.F. F1 y F2
- 6) Analizador Osciloscopio Profesional
- 7) Probador de Transistores y Diodos
- 8) Reacchador de Tubos de TV
- 9) Generador de Señales para TV
- 10) Medidor de Campo
- 11) Osciloscopio
- 12) Generador

SUCURSALES: Salta 174/6/8 (Sarandí) Av. Montes de Oca, 1731 (Capital)

-Si éste es otro es rápido intento para darme celos, te aseguro que nuestro compromiso quedará roto.

DACTILOGRAFOS
~~DEMANDAN~~
~~DEMANDAN~~
~~DEMANDAN~~
MEJOR
SALARIO



NT 19-2-74

GENTE HARAGANA

TEXTO: INÉS VILABOA-DIBUJOS: FERRONI(A)



-Apaga el televisor, Raquel, van a pasar el Himno y si no voy a tener que ponerme de pie.

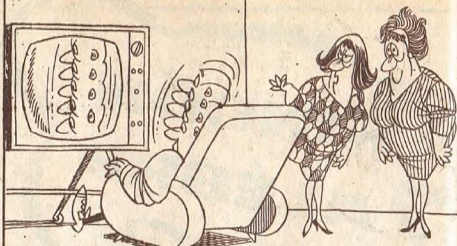


-Ahora que estaba lo más cómodo, se te ocurrió llegar temprano.

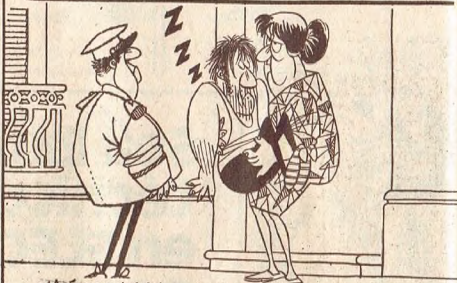
MUEBLES de OFICINA



-Es precisamente la altura que necesito.



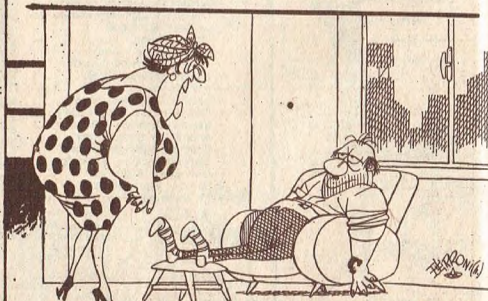
-Es tan haragán que ni siquiera se levanta a ajustar el aparato.



-¿Así que usted dice que en el ejército de salvación, ustedes le dan utilidad a todo lo inservible?



-Es que a veces se cansa de estar cómodo.



-Sabes que estoy equivocada, pero eres tan perezoso que si siquiera te molestas en abrir la boca para contestarme.

LAS LLUVIAS DE OCTUBRE

Por PITT MARBER

Dibujos de L. VERGANI

Detuvo el auto frente a la casa de la señora Merton e hizo sonar la bocina. Era viernes y el cielo amenazaba lluvia.

(Aparecerá enseguida. Me besará sonriente y se asombrará cuando diga que no iremos a pasar un divertido fin de semana en casa de mis amigos de Dover.)



(¿Por qué diablos tarda tanto?)



¿Bajas o no, Jenny? ¡Dijiste que estarías lista a las ocho! ¡Tengo una sorpresa para tí!



(Está bien. Debo subir yo. Estará mirándose al espejo. Dándole el último toque a su arreglo. Tratando de ser más bonita de lo que ya es...)



Lo pudo adivina: por la expresión de la señora Merton. Pero no quiso parecer pesimista. Se quedó mirándola hasta que ella dijo:

Se fue anoche, señor Hawik.



¡No es verdad! Trata de jugarme una broma, lo sé. Quiere asustarme. Dígame que me fui, señora Merton, y verá que se pone triste. ¡Voy a darte una zurra cuando te encuentre, Jenny!



¡Es cierto! No está aquí.



Se llevó su valija y dejó todas las ropas que usted le regaló. No me dijo a qué sitio iba.

Eso es fácil de saberlo. ¡La fotografía tampoco está!



Recordó la primera vez que había entrado a ese cuarto, meses atrás. Una noche que llegaban de una fiesta y él insistió en conocer su habitación...

¿Quién es, Jenny?



Nunca me hablaste de él.

Apenas un amigo de mi viejo pueblo. Un noruego que llegó a Lochals, con una lancha pesquera y se quedó a trabajar allí. ¿Vas a celar de una fotografía?



La conservo por una razón que a ti te conviene. Sirve para recordarme por qué vine a Londres, Oliver.

¿Amabas a ese hombre?

Formaba parte de ese paisaje solitario y gris que un día me hartó. Quedó atrás, querido. Lejos. Inmerso en las lluvias de octubre. ¡Qué horrible era Lochals cuando llegaban las lluvias!

¡Sirvenos otra cerveza, Coogan!

¡El mal tiempo nos obliga a permanecer en tu taberna, pero si no nos atiendes como es debido, nos iremos a otra!

Hay un solo sitio adonde ella pudo ir, señora Merton; su pueblo natal. Y un solo hombre al que pudo volver: Olaf.

¿Qué piensa hacer usted, señor Hawik?

¡Bien saben que no hay otra en Lochals! ¡Nadie se arriesgaría a poner un negocio donde los parroquianos sólo pagan cuando hay pesca!

¡Algún día me cansaré y...!
¡Jenny!

¡Muchacha! ¿Has vuelto?

Así parece, Coogan. El hijo pródigo regresa al hogar. ¿Aún está vacío mi cuarto de la trastienda?

En realidad, Coogan había sido amigo de su padre. Al quedar huérfana, la recogió. Jenny tenía veintidós años entonces. Pagó la hospitalidad ayudándola en la taberna...

¡Todo está como lo dejaste, hace un año!

¡Ingrata! Ninguna carta desde Londres. ¿Qué hiciste allí?

Traté de comenzar otra vida, como le dije a Olaf, cuando me fui.

No debo ser curioso, Jenny. Accomoda tus cosas y llámame si quieres comer algo. ¡Estás en tu casa!

Quedó sola. La ventana mostraba el paisaje del mar. Y la lluvia. Era octubre otra vez. Pero ya no le parecía horrible el pueblo bajo la lluvia...

(Nada cambiá aquí. El mal tiempo retiene a los pescadores viejos en la taberna, pero los jóvenes se arriesgan al mar.)



(Igual que aquella vez, cuando me fui a esperarlo al muelle para decirle...)



(Las barcas vuelven. Olaf llegará cansado, oliendo a sal y a escamas. Con su capote raído y su barba húmeda.)

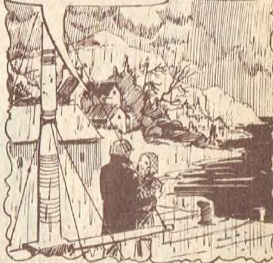


¿Buscas pescar una pulmonía, Jenny? ¿Qué haces aquí?

Esperarte.



¡Jenny, Jenny! ¿Qué tengo que hacer contigo? ¿Considerate la hermana menor que nunca tuve?



Esa mirada tierna de Olaf la sobrecogía. Un hombre misterioso. Callado y solitario, como ella. Eso los había juntado cuando él llegó de su Noruega. Una amistad fraterna y peligrosa, porque...

Habíamos quedado en no hablar de eso.

No puedo evitarlo. ¿Es que no adviertes lo que me pasa cuando estoy a tu lado?



Lo que tienes que hacer es amarme, como te amo yo.



Por otra parte, ninguno se me acerca desde que estás aquí. Nos suponen novios, Olaf. Saben que yo ya hice mi elección.

La mirada de Olaf ya no fue tierna. Un gesto duro la suplantó. Se apartó, para alejar se hacia su cabaña...

¡No sabes elegir! ¡No vuelvas a esperarme nunca más, Jenny!



Estás empapada hasta los huesos. ¿No temes enfermarte saliendo con este tiempo?

Ya me enfermé, Coogan. ¡El día que conocí a ese odioso noruego!



¿Qué puedo darte yo, un cuarentón? Hay jóvenes alegres en Lochals, deseosos de formar un hogar con alguien como tú.



¡No me importan un rábano los demás!



Se encerró en su cuarto. Quiso borrarle de su cabeza. Un hombre frío como su tierra de origen. Al día siguiente llegó un forastero a la taberna...

Busco a Olaf Hoel. ¿Lo conoce usted?



Su casa queda al fondo de esta calle, pero está en el mar ahora, pescando.

Lo aguardaré aquí, mientras me sirve algo de comer.



Las barcas llegaron. El hombre fue en busca de Olaf y ella, desde lejos, los vio entrar en la casa. Media hora después...

(Se despiden. Olaf no parece muy feliz. Sería tonto resistir a la curiosidad.)



Un cheque por una suma de dinero que podría hacerlo dueño de toda la flota pesquera de este pueblo.

Se mordió las ganas de preguntarle un montón de cosas a ese hombre. Parecía extranjero. Acaso noruego. Olaf le había hablado poco de su pasado. Casi nada, en realidad. Por fin se decidió...

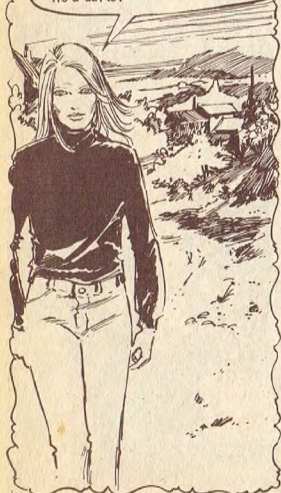
¿Qué quiere usted de él?

Entregarle algo.



¿Qué quieres aquí, Jenny? Ayer te pedí...

Que no volviera a esperarte. Y no te espere hoy. Pero hablé con la persona que te ha visitado. ¿Qué pasa con el dinero que vino a darte?



¡Eres una chiquilla entrometida! Digamos que... fue el pago de una vieja deuda que tenía olvidada. ¡No lo quise! ¿Conforme?



Se lo serviré yo, Coogan.

Como quieras, Jenny.



Le cerró la puerta en las narices sin más explicación. La furia le creció a Jenny. Regresó a la taberna y vio el auto del hombre estacionado al frente...

Un trago antes de iniciar el viaje de regreso, tabernero. El otoño es muy frío en esta parte de Escocia.



Hábleme de Olaf Hoel, por favor. ¿Qué era en Noruega?

Un tipo afortunado, señorita. Lo tenía todo y un buen día se compró una barca y se marchó. Me costó dar con él. Lo busque por todos los pueblos que dan al mar. Es lo único que ama: el mar.



Para mí es un excéntrico o un loco. ¡Venir a enterrarse en un sitio como Lochals, después de estar al frente de un astillero en Oslo, es una locura!

¡Señor Hoel! ¿Oyó usted lo que dije?

Sí, pero no se inquiete. No debe ser el único que piensa así.

El hombre se fue temeroso. Jenny estaba pálida. La sonrisa de Olaf le parecía burlona y ofensiva. Sacó rápidas conclusiones. La culta conversación de él, los modales delicados que no se parecían a los de un rudo pescador, sus libros...

¡Ahora entiendo todo!

¿Qué es todo?

¡Tu desprecio para mí amor! Tu soledad casi hosca. ¡Un tipo de tu clase no podía darse con gente como la de este mísero pueblo, Olaf!

¡Cálmate! ¡No sabes lo que dices!

¡Debías considerarme muy poco para ti! ¡Pero te probaré que soy capaz de conseguir algo mejor que tú! ¡Mañana mismo me voy a Londres, a comenzar una nueva vida!

(Y me fui. En apenas un año conseguí lo que quería. Pero volví con las mismas ropas que llevé, derrotada, cuando pude decirle a Oliver Hawik que me trajese en su auto y pívome ante Olaf.)

¿Necesitas algo, Jenny?

Verlo, Coogan. Usted sabe a quién. ¿Sigue viviendo en la misma casa?

Supuse que lo habías olvidado. Ahora entiendo a qué volviste. Sí, vive en la misma casa. Pero está pescando, en el mar. En tu lugar no iría a verlo.

El auto de Oliver Hawik avanzaba veloz bajo la lluvia. En el monótono ir y venir de los limpiaparabrisas recordaba a Jenny...

¿Fue mía alguna vez? ¿O sólo me usó de provisorio consuelo?

(Aún me parece verla el día que llegó a casa de tía Emma. El impermeable gastado y el diario doblado en la página de avisos clasificados.)

—¿Y tú qué buscas, muchacha?

¿No necesitan aquí modelos? ¿Es usted madame Hawik?



¡Acércate, Oliver! Tu tía está atendiendo a otra postulante. Casi no puede contener la risa. ¡Con semejante facha pretender...!

No es fea chica, Dalia. Tiene unos hermosos ojos, buenas formas y...

¡Y unas ropas que debió comprar en las tiendas de viejo de Carnaby Street!

Lo siento. Las vacantes ya están ocupadas. Otra vez será.

Adiós, señora Hawik.

Lloviznaba en Londres. Algo distinto a las lluvias de octubre en Lochals, pero igualmente triste. Fue tras ella. La alcanzó cuando estaba a punto de ascender al ómnibus...

¡Aguarde un momento, señorita!

¿Quién es usted?

Oliver Hawik. Acabo de verla salir de la casa de modas de mi tía Emma. No crea que todo está perdido. Yo puedo ayudarla.

Un momento después estaban en un barcito de Regent Street. Ella no alcanzaba a discernir aún la dimensión de las intenciones de él...

No me dejó impresionar por las ropas caras, Jenny. Debajo de la sencillez de las suyas advertí a una muchacha esplendorosa.

Puedo conseguirle un buen vestido para esta noche. Iremos a bailar a un club del Soho, y si se muestra amable conmigo...

¡Soy provinciana, pero no idiota! ¡No quiero esa clase de ayuda!

Necesito trabajo, joven Hawik. ¿Cómo me ayudará?

Cuando él superó el vergonzoso momento siguió con su auto al autobús que la dejó en el barrio de Paddington. Y la vio entrar a la casa de pensión de la señora Merton. En la tarde del día siguiente...

(Traje la fotografía que una vez me dio Olaf. La pondré aquí para que me recuerde a qué vine a Londres y...)

Trajeron este vestido para usted, Jenny.

¿Quién, señora Merton?



había una escuela con el envío. "Si se lo pido y vuelve a mi tía estoy seguro que conseguiré entrar a su equipo de modelos. Perdóname por lo de ayer. Esta ayuda es desinteresada, Oliver Hawik." Se lo puso y...

(Sólo espero que ella opine como su sobrino. El debió adelantarle que yo vendría. Al principio tendré que estudiar los movimientos, aprender a caminar y todo eso. Pero después...)

Oliver estaba detrás del cortinado. Advirtió el gesto de aprobación de su tía ante la nueva Jenny. Pero lo desilusionaron sus palabras...

Luces muy bien, muchacha. Ayer te juzgué apresuradamente. Pero lo malo es que de verdad llené las vacantes.

(¡Me dijo que la empleara! ¿Qué pudo hacerla cambiar de opinión?)

¡Parece usted una verdadera dama de Mayfair!

Te talló, ¿verdad, Oliver? Supuse que sería para esa "oportunista" el vestido que te llevaste. Yo también hablé con tu tía Emma. "Si la contrata de trabajo para usted, señora Hawik", le dije.

(Ahora entiendo, Dalía! Eres su modelo más cotizada.

¡Tu tía es Inteligente! Sabe quedarse con lo que le conviene. Anoche debías llamarme, pero lo olvidaste. ¿Estuviste con ella, "cobrando" anticipadamente tu favor?

¡Te equivocas! ¡Jenny no es como todas las otras!

Esas que lo usaban de trampolín para llegar a Emma Hawik, y le daban ocasión de vivir aventuras fáciles. La alcanzó en la calle...

Lo siento. Pero todavía puedo hacer algo por usted. Tengo un amigo que necesita una secretaria.

¿Cómo sé que no va a confundirme como usted ayer, Oliver?

¡Tiene sesenta años y no está para esas cosas! Su oficina no queda lejos de aquí.

¡Vamos entonces! Algo debo hacer si no quiero morir de hambre.

Un trabajo sencillo que aprendió pronto. Ganó lo suficiente para pagar la pensión y comer. Oliver se habituó a ir a esperar a la salida. Caminaban por ahí o tomaban un café. Un sábado...

Mi tía Emma, su tía que te quedará perfecto. Puedes usarlo esta noche cuando vayan a la fiesta que dan mis amigos. Ellos quieren conocerte.

Oliver

¡Otro vestido, señorita Jenny!

¡Estás sencillamente maravillosa, Jenny!

No debiste hacerlo. Algo tan exclusivo como esto costará un dineral.

Mi tía dice que puedes ser su mejor propagandista. Una especie de modelo ambulante. No me lo cobró. En realidad ella es mi mecenas. Soy lo único que tiene en la vida. Eclipsarás a todas

Oliver Hawik trabajaba de nada. Un parásito simpático que comenzó a enamorarse de ella. Se lo dijo en la fiesta.

Te quiero como no pensé que pudiera querer jamás. Esta es una propuesta formal. ¿Te casarías conmigo?

(¡Lo conseguí, Olaf! Puedo ser la mujer de un tipo tan importante como tú. La chiquilla que despreciabas creció de golpe. ¿Qué dirías si me vieras ahora?)

No le contestó a Oliver. "Lo pensaré", se limitó a decir. Y siguió aceptando sus regalos y yendo con él a las fiestas de sus amigos. Hasta que llegó octubre con sus lluvias tercas y tristes...

¿En qué piensas, Jenny?



En tonterías. Recordaba el otoño de Lochals. Mi vida era muy distinta allá. Siempre las mismas caras en la taberna de Coogan. Un día igual al siguiente. ¡Hice bien en irme!



No lo dices muy convencida. Pareces triste. ¿Extrañas a ese "amigo" de la foto-gra-fía? ¿O hay otro que también puede e-charté de menos?

No hay ninguno, Oliver.



¿Entonces por qué demoras tu respuesta a mi oferta de matrimonio? Viviríamos en casa de mi tía Emma. Ella haría de ti la novia más elegante del mundo.

¿No puedes hacer nada sin su tutela?



Estoy rendida. Quiero estar sola y descansar.

De acuerdo. Mañana a las ocho vendré a buscarte para ir a esa reunión de mis amigos de Dover. ¡Lleva el abrigo que mi tía creó para ti!



Gracias a ella nos conocimos, Jenny. Si no hubieses ido a pedir empleo en su casa de modas...

Tienes razón. Dispénsame. Es la lluvia que me pone tonta.



(El abrigo quedó en su guardarropas, junto con todos los vestidos que le regalé. Se marchó con lo mismo que traje. ¿Por qué? ¿En qué fallé con Jenny?)



Pensaba en Olaf. En aquella sensación que le otorgaba de estar frente a un hombre seguro de sí mismo. Oliver era otra cosa. Un joven mimado por una tía solterona y rica. Un apuesto parásito que le había llevado a conocer los mejores lugares de ese Londres que no la satisfacía...

¿No me invitas a tomar café en tu cuarto?



Primero la supuse ambiciosa. Después entusiasmada con esa idea que le hice conocer. Y de pronto cuando voy a darle una sorpresa se va. No me dijo la verdad sobre Olaf.)



La puerta de la casa de Olaf estaba sin llave, como siempre. Entré. Vio sus cosas desparatadas por ahí. Respiré el aroma de su tabaco. Recorrí con la mirada los libros apilados sobre el estante, encima de la chimenea...

En este año me cultivé. Puedo hablar de un montón de cosas con él.)



Yo... ¿Y usted? ¿Quién es para estar en casa de Olaf?

Mi nombre es Johana. Johana Hoel.



Tomó el camino que conocía bien. Los jóvenes salían a pescar aún con mal tiempo. Olaf, el cuarentón, regresaría en una hora...

(¿Por qué Coogan dijo que en mi lugar no iría a verlo? ¿Acaso porque me vio regresar derrotada?)



(Ya no soy tan insignificante para este excéntrico que dejó fortuna y posición, para recluírse en un pueblo mísero. Cuando llegue le diré...)

¿Qué hace usted aquí?



Se recluyó en su cuarto de la taberna de Coogan. "Johana Hoel", se repetía, "su mujer". Y después, menos pesimista, se corregía...

(¡No! ¡Debe ser su hermana! Aunque él me dijo, una vez, que podía considerarme la hermana menor que nunca tuvo. ¿Qué pasó con Olaf?)

(Pero... ¿Qué diablos le ha pasado? ¿Por qué se marchó así?)



Pensó en Oliver. Pudo salir tras ella al enterarse de su casi huida. Sabía adónde ir a buscarla. Pero, para llegar tan rápido tuvo que haber volado por el camino, con su auto. Interrumpió las conjeturas cuando lo vio...

Soy yo, muchacha entrometida. ¡Pensé que nunca volverías a Lochals!



(El ignora lo que me pasó con Oliver. Pude ser su mujer con sólo decir sí. Pero no quise. Hay que sentir amor para decirle sí a un hombre.)



¡El está aquí, Jenny! Pregúntale por tí. Quiere verte.

¿Quién, Coogan?



¡Olaf! Vine por tí. Ella... ¿Es tu hermana?

¿Johana? No. Es mi mujer. Me dijo que estuviste en casa.



Coogan los dejó solos. No quería verla sufrir. Todo el mundo conocía en el pueblo la historia del noruego solitario, menos ella, claro. Usó pocas palabras para contarla...

En Oslo yo era un pobre diablo, Jenny. Sólo sabía conquistar muchachas. Cuando conocí a Johana vi la posibilidad de acabar con la miseria, como ella lo había hecho antes...



... al casarse con el viejo dueño de un astillero que pronto la dejó viuda. La enamoré y me nombró su administrador, pero a punto de casarnos descubrió que usaba su dinero para divertirme con otras mujeres. Me echó de su lado y vine a Lochals.



... dinero para tentarme a regresar a Oslo, le dije que no podía aceptarlo. Porque estaba dispuesto a redimirme en esta soledad hasta el fin de mis días.

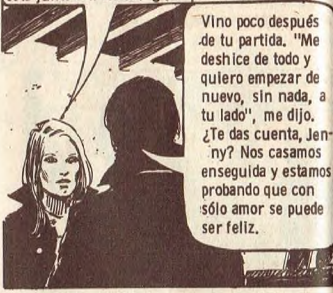


Aquel hombre que vino a verte dijo otra cosa: que lo habías dejado todo voluntariamente, Olaf.

Es lo que creyeron los demás. Ya aquí, comprendí que Johana había sido lo mejor que tuve. Y cuando llegó el mensaje para hacerme saber que me perdonaba y me enviaba...



Por eso despreciabas mi amor, Olaf. Pero ella está junto a ti ahora. ¿Qué pasó?



Vino poco después de tu partida. "Me deshice de todo y quiero empezar de nuevo, sin nada, a tu lado", me dijo. ¿Te das cuenta, Jenny? Nos casamos enseguida y estamos probando que con sólo amor se puede ser feliz.

Se fue sin decirle adiós. Y ella dejó su cuarto para informarle a Coogan que volvía a tener una ayudante en la taberna. Esa noche servía las mesas cuando...

¡Oliver! ¿Qué hace aquí?

La señora Merton me dijo que te habías marchado.



No me costó adivinar a qué sitio, Jenny. Vine a dos cosas; primero a darte una sorpresa: dejaré de vivir con mi tía Emma. Voy a trabajar por primera vez en mi vida. ¿No es eso lo que querías cuando me preguntaste si no podía hacer nada sin su tutela?



¡Me gusta eso, Oliver! ¿Cuál es la otra razón que te trajo a Lochals?

Averiguar quién es Olaf para ti.



No quiso decirse allí, delante de todos. Fue a su cuarto y apareció vistiendo el impermeable. Lo tomó del brazo y salieron a la noche. La lluvia de octubre barría estrellas en el cielo. Pero ya no le parecía triste...

Olaf es un hombre que pudo explicarme qué es el amor hace mucho tiempo...



... pero tuvo el buen criterio de hacerlo después de que yo te conociera a ti, Oliver Hawik. Iremos a saludarlo mañana, antes de regresar a Londres.



fin



**DEMUESTRE
SU
TALENTO**

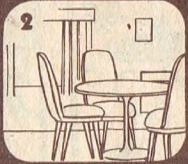
¿TIENE CONDICIONES PARA DECORAR?



Indique con una cruz (x) el lugar donde ubicaría el florero en cada una de las escenas N° 1, 2, 3 y 4.

Ejemplo:

**Ubique
el
florero**



GRATIS

y sin compromiso, pruebe su buen gusto y sentido decorativo. Seguramente usted sabe de DECORACION más de lo que supone. Realice el siguiente test y gane la oportunidad de aprovechar su talento, aprendiendo un fabuloso curso de DECORACION en su propio hogar.

COLOQUE A LA DERECHA DE CADA FRASE, EN EL ESPACIO ENTRE PARENTESIS UN (SI) SI CONSIDERA LA EXPRESION CORRECTA, Y UN (NO) SI LA CONSIDERA INCORRECTA.

- 1) Puede lograrse por medio de la decoración que una habitación pequeña "parezca" más grande. ()
- 2) El estilo de los muebles debe respetarse en los adornos. ()
- 3) Sólo el hombre puede estudiar Decoración. ()
- 4) Los colores claros y los oscuros tienen la misma influencia sobre las personas. ()
- 5) Es importante saber combinar los colores para lograr ambientes bien decorados. ()

Casilla de Correo 1198 C.C.
Buenos Aires

Universal Center

INT 19-2-74

Mande hoy mismo su nombre y dirección junto con esta prueba y gane su oportunidad.

NOMBRE _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____ FC _____

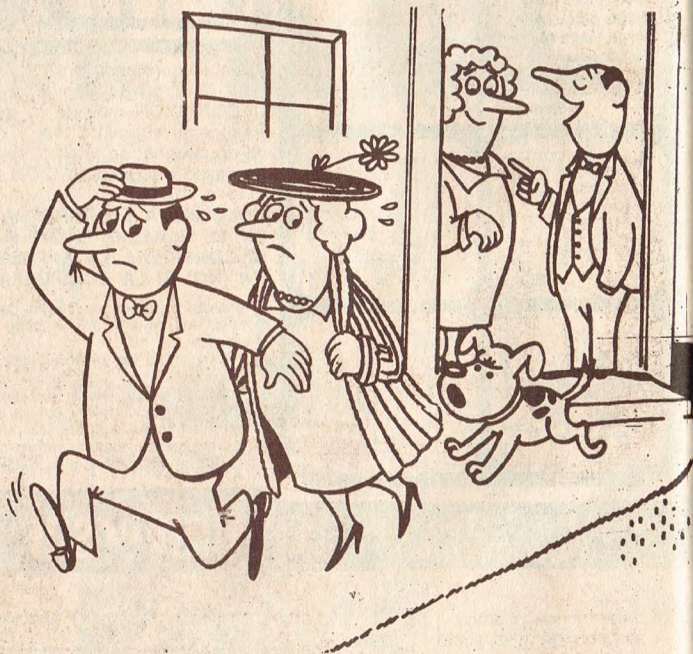
249 EDO. PCIA. DTO. _____ PAIS _____



**AHORA
RÍASE**



-Lo siento, no puedo casarme contigo pero me guardaré el dia mante para recordarte.



-Es extraordinario cómo sabe Fido cuándo nuestros invitados están listos para regresar a su casa.

HISTORIA DE UN AMOR EN NIEDERDORF

Por FERNANDO DIAZ VALENTI

Dibujos de MARCOS ADAN



MARCOS
ADAN
74

El río Limmat divide a la ciudad de Zurich en dos partes: una moderna, nueva, situada en la margen derecha, y otra en la margen izquierda, con edificación del medioevo, con catedrales de cúpulas afinadas y dulces, con callejuelas que suben y bajan confluyendo hacia el río.



El lado viejo de Zurich es el barrio de Niederdorf.



Llegué en invierno. Cuando todas las cosas se van vistiendo lentamente de blanco y las cosas, todas, se vuelven diferentes y se me ocurren hermosas, llenas de paz, de calma.

Aquella noche salí a caminar acompañado por mi inseparable amiga: mi cámara. Con ella llegamos a Niederdorf para obtener algunas fotografías que debería presentar en el Salón Internacional de París.



Y Niederdorf tenía para mí un encanto especial por las noches.

(Hmmm, esa paloma dormitando en el campanario... un buen primer plano...)



Venía obteniendo buenas placas. Y decidí ir hacia el lado del río. La escarcha nocturna solía darle tonalidades raras y hermosas al mismo tiempo.



El puente. El puente viejo de hierro oxidado que cruza el Limmat, iluminado por faroles que dan una luz amarilla de bujías gastadas que lanzan destellos pálidos a las sombras.



La vi desde la callejuela que daba al puente.

(Vaya... Puede ser una excelente fotografía. Es difícil captar algo así como esto... Una imagen tan plasmada de... ¿cómo podría decir...?)



Y mirando la escena se me ocurrió la palabra justa.

(Tan llena de soledad. Esa muchacha sola en el puente...)



Me acerqué más. Encuadré la máquina. Era una escena perfecta.

(Eso es...)



¿Eh...?!



¿Qué ha hecho...?

tenía los ojos tristes, a pesar del gesto serio. El cabello castaño lanzó un par de destellos débiles por la luz del farol que se reflejaba.

Sentí de pronto que le debía una explicación y que me gustaría hablar, aunque más no fuera un par de palabras con ella.

Soy fotógrafo. Vi la escena y no pude dominar la tentación. Era muy interesante.

Sí. Interesante. Debo presentar algunos trabajos en un salón internacional. Y me gusta fotografiar estados de ánimo. El suyo, por ejemplo: la soledad.



¿Interesante?



¿Y cómo sabe usted que yo estoy sola?



Porque también es fácil ver cuando los pájaros son libres, porque cantan. Y a las madres felices por un hijo en brazos. También la soledad tiene sus propios colores y expresiones.

Parció ablandarse. Giró la cabeza hacia el río y entornó los párpados. Fue la prueba final de que se sentía triste y sola. Luego sus palabras.

Yo me sentí solo muchas veces. Y para la soledad nada mejor que alguien que nos hable y, sobre todo, que nos escuche.

Me miró un instante. Y los ojos grises y tristes se me clavaron en el alma. De pronto miró hacia todas partes y luego el pequeño reloj que llevaba en la muñeca.

Observó la hora. Por otra parte el reloj de la catedral de Nierdorf marcaba con sus sonos de bronce las dos de la mañana. Sonrió apenas con ese gesto que se parece mucho al de la resignación.



Acaso tenga razón.



Tal vez cometí una indiscreción con esa fotografía. Pero quiero remediarla. Hace frío aquí. Pensaba ir a tomar cerveza en una taberna cercana. ¿Me permite invitarme?



Era un lugar pequeño. Antiguos candeleros de bronce daban al ambiente un clima semipenumbroso que se me ocurría íntimo y dulce. Nos ubicamos a una mesa.

Es bueno que me presente. Mi nombre es Carlo. Soy italiano. Y es obvio aclarar que mi profesión es la de fotógrafo. Soy reportero gráfico del semanario "Giornale" de Roma.

Mi nombre es Karen. Soy irlandesa.

Hablaba poco. Y yo sentí que debía llenar los silencios.

Trabajo como fotógrafo, y me apasiona mi trabajo. Dentro de unos veinte días se realiza el Salón Internacional de París. Pediré una licencia. Quiero presentar mis trabajos allí.

El tema esencial es el romanticismo. Por eso elegí este lugar para mis temas. Y de allí que se me haya ocurrido interesante sacarte esa fotografía en el puente, ¿sabes?

Entendido.

La tuteé. Y fue lo más natural del mundo. A veces es tonto oponerse al tuteo. Pero yo quería saber de ella. Necesitaba saber.

¿Y tú? ¿Qué hacías en el puente?

Pensé un momento. Siempre cuesta un poco confesar algunas cosas.

Tenía una cita. En el puente. A las doce de la noche...

¿Una cita...?

Sí. Un momento que venía aguardando desde hace bastante tiempo. Un momento que podía separar a la vida de la muerte, a la verdad de lo imaginario, a lo lógico de lo absurdo.

Pero cuando yo llegué eran las dos de la mañana... y estabas sola.

Bebí un trago de cerveza. Ella en tanto miraba su vaso como aceptando una irremediable derrota.

Sí. Estaba sola.

La gente solitaria suele contar cosas sin que se las pregunten. Tal vez porque necesitan descargar de pronto la tensión de sus almas.

Fue hace tiempo. En Irlanda. Las cosas ocurrían allí y el I.R.A. estaba más fuerte que nunca. Se peleaba en las calles.

era una mañana gris, de otoño. En Belfast los días grises son distintos a los de cualquier otra parte. El color plomizo parece inundar todas las cosas para dejarlas tristes, detenidas.



Regresaba del colegio donde doy clases de Inglés. Mi casa no estaba lejos y decidí hacer el recorrido a pie. Vivo sola desde la muerte de mis padres. Y por lo tanto nadie me aguarda.



Acaso sea por eso que nunca me corre prisa.

Había en el ambiente un halo extraño. Esa sensación rara de tensa clama que precede a la violencia. Y la violencia era el signo que Imperaba en Irlanda por entonces.



Me acercaba al edificio de la brigada militar. Todos los días pasaba por ese sitio. A la misma hora.



¡Dios...!

Fue cuando me lo señaló a él. A él que tenía la cara adornada por una sonrisa franca, espontánea.

Debe agradecerle al joven. Estaba cerca del lugar de la explosión. Cuando todo comenzaba a arder cerca suyo él, a riesgo de su vida, la alzó y la puso fuera de peligro.



¡Dios... yo...!

Fue algo especial. Extraño. Lo vi allí con esa seguridad, ese aplomo.

Gracias...



Primero, rostros indefinidos. Luego los rasgos que comienzan a recordarse nítidos. La sonrisa del médico.

Ya reacciona. ¿Cómo te sientes, muchacha?



Al contrario. Es para mí un motivo de alegría que estés bien. Posiblemente estés aquí un par de días para que te repongas totalmente. Los tuyos deben estar preocupados por ti. ¿Quieres que les comunique algo? Dime adónde puedo llamar y ...



Bien... algunos dolores en el costado pero nada importante creo...

Los míos. Claro, ese joven, ese desconocido a quien debía la vida no podía saber de mi soledad.

No... No tengo a nadie. Vivo sola. Gracias de todos modos.



Iba a decirme algo pero se cortó. Luego:

Me marchó. Debo seguir trabajando. Que todo ande bien...



Karen... me llamo Karen.

Se fue. Sentí que deseaba que él se quedara.

¿Quién es? ¿Qué hace...?

Es Paul Nauteau. Periodista. De un diario francés: "Le Monde". Iba a hacer una nota cuando la explosión. La vio caer a usted y corrió.



El fuego la hubiera alcanzado, seguramente. La cargó en brazos y la trajo aquí. Estuvo a su lado hasta que volvió en sí.



Lo de la explosión, se ha determinado que fue por un atentado. Una bomba estalló dentro del edificio de la brigada. Hubo algunos muertos y heridos graves.



Dos días después salí del hospital totalmente repuesta.



Hola.



Era él. Con su misma sonrisa

Y supongo que te vendrá bien tomar un té. Son las cinco de la tarde.



Era un lugar hermoso. Pequeño. A través de la ventana podía verse cómo el océano gris tornasolado del otoño caía sobre Belfast.



Tú... ¿Qué haces aquí?

Podría inventar una excusa, decirte que pasaba casualmente, que me sorprendí encontrarte. Pero te diré la verdad: te estaba esperando. El médico me dijo por teléfono que te darían el alta a esta hora.



Me contó de sus cosas, de su profesión de periodista. De sus inquietudes.

...y me enviaron aquí, a Irlanda para redactar una nota sobre los enfrentamientos. Y ahora seguro me envían a Munich. El asunto de las olimpiadas, ¿sabes?



Y me preguntó de mí. Que le contara de mi vida.



Es simple. Doy clases de inglés en un colegio privado. El resto del tiempo lo ocupo en leer, escuchar música. De a ratos escribo cosas que nadie lee. Así pasan mis días en Belfast.



¿Católica o protestante?



Ni lo uno ni lo otro. Me bautizaron por el rito armenio. Mi padre era armenio. De cualquier modo me espanta este enfrentamiento en mi Irlanda querida. Y me duele cada muerto o cada herido, sea del bando que sea.

Ale miró. Con sus ojos profundos y reheldes.

¿Sabes? Me gusta caminar por los atardeceres. Y quiero pasear por las calles de Belfast. ¿Qué opinas...?



Y aprendí a ver el atardecer ya casi noche de Belfast, de otro color, que no era gris ni oscuro. Me tomó la mano como algo natural y me sentí protegida, acompañada.



¿Y tú, cómo eres, Paul?



¿Yo...? Hmm, vaya pregunta que me haces. Nací en Lyon, Francia, hace treinta años. Mi madre quería que fuera médico, pero siempre me apasionó el periodismo. Entré a trabajar en el diario hace diez años ya, como cadete. Y hoy soy cronista.

Me gusta ir de uno a otro lado. Hoy Italia, mañana tal vez Medio Oriente, pasado acaso me envíen a Dinamarca... O Estados Unidos... Es como ser ciudadano de todo el mundo y no de un país en especial.



¿Y los tuyos? ¿Es que nunca los ves?

Sí. Mi madre está en Lyon con mi hermano. Todas las Navidades estoy con ellos, sea como sea. Y luego volver a partir. Así fue como llegué a Belfast el día en que te conocí.



La explosión, el fuego. Me acercaba casualmente. Y te vi caída. Y yo, que amaba a mi vida más que a nada, sentí que una fuerza me empujó hacia ti, que no debía morir, que no tenía que dejarte.



Alcé tu cuerpo, trémulo y abatido y te llevé al hospital. Y nada fue tan importante para mí como tu vida.



Y entendí que comenzaba a amarte, Karen...

Paul, yo...



Los días que siguieron fueron hermosos. Paul debía terminar sus notas sobre el problema de Irlanda y eso lo retuvo una semana. Recuerdo que una tarde llegó a mi casa con un enorme ramo de rosas.



Hola, princesa...

22

Todos los días me regalaba flores. Y todos los días su sonrisa y su beso. Llegaba a casa, por las tardes, y salíamos a caminar por Belfast. Pero esa vez llovía, y nos quedamos.

Tengo miedo, Paul.

¿Miedo...?

Te marcharás mañana. Y volverás a tu libertad, a tus viajes, a tu vida. Y apenas si seré para ti un lejano recuerdo de una muchacha irlandesa a la que creíste amar. En tanto yo me quedaré con tu imagen, trayéndome rosas, o besándome con ternura.

Pero no estarás. Te debes a lo tuyo. De cualquier forma, pase lo que pase quiero que sepas que me has hecho la más feliz de las mujeres. Que no sólo te debo la vida sino también la felicidad que me regalaste.

El sonrió. ¡Ah, las sonrisas de Paul! Me acarició el pelo. Pensó un instante y luego me preguntó con esas palabras que me han quedado grabadas en el alma.

¿Quieres casarte conmigo, Karen?

¡Sí...! ¡Claro...! ¡Sería tan hermoso...!

Y empezó a hablarme de un lugar, de una ciudad.

Yo he visto guerras, cosas asombrosas, increíbles, des de que soy periodista. Pero hay un sitio, que no olvidaré jamás.

Fui allí hace un par de años a realizar una nota... Al principio se me ocurrió aburridísimo reportear a un viejo fabricante de relojes que cumplía cien años.

Y me nombró por primera vez este lugar.

Así llegué a Niederdorf, el barrio viejo de Zurich, en Suiza. Poco a poco comencé a gustarme ese sitio. Era dulce, tranquilo, con una calma que me hendía el espíritu.

Y me prometí que cuando hallara la mujer que pudiera hacerme feliz, con la que yo deseara tener niños alegres, que jugaran en un hogar dulce y nuestro, me casaría con ella en la iglesia más vieja de Niederdorf.

Es cierto, mañana debo partir a Munich. Pero dentro de tres meses vence mi contrato con el diario. Tengo buen dinero reunido y siempre soñé con ser escritor. Si dentro de tres meses aún me amas...

¿Qué...?

Que estés a la medianoche del día que acordemos en la baranda del puente de Niederdorf. Yo estaré esperándote. Eso significará que nuestro amor es cierto.

Convinimos el día. El ya se marchaba. Aún recuerdo el último instante.

En el puente sobre el Limmat, en Niederdorf, dentro de tres meses.

A la medianoche...



(¡Amor mío...!)

Podrías más cerveza y le ofrezco un cigarrillo. Toda esa historia ya me golpeaba el corazón. ¡Ah, muchacha, si supieras...!



No nos escribimos porque así era el pacto, y además él cambiaba su domicilio día tras día. La cita estaba ya programada. Más que una cita con Paul era una cita con la felicidad. Y ya ves.



Era una cita de medianoche. Lo aguardé en el sitio preñado. Pasaron los minutos, luego una hora, luego dos horas... Y no llegó. Y no llegará nunca.



Pero yo lo comprendo. Su vida era la que llevaba: libre, con la sola obligación de su trabajo, del periodismo que tanto amaba. De todos modos, créeme que le agradezco la felicidad, corta acaso, que me regaló. Pero felicidad al fin.



Y baje los párpados, porque la amargura ya está venciendo. Está a punto de llorar.

Faltó a la cita. No vendrá nunca...



Paul Nauteau. El "loco" Paul, como le llamamos los periodistas de Europa. El amigo que me ganó durante las olimpiadas de Munich donde nos conocimos y donde me envió el "Giornale".



Paul Nauteau, el hombre por el que esa muchacha solloza frente a mí. El "loco" Paul. ¿Debo decirle a Karen que lo conozco? ¿Debo contarle que él me habló de ella en Munich mientras esperábamos que se corrieran los cien metros llanos de atletismo?



Aun golpean mi mente sus palabras. ...y quedamos en encontrarnos en Niederdorf dentro de un par de meses. La amo, ¿sabes? Pienso casarme con ella y dedicarme exclusivamente a escribir. Conozco un editor que...



Me mira con los ojos llenos de lágrimas. Como queriendo completar mi pensamiento.



No vino...



Ella lo mira con sorpresa y alegría. Yo con asombro.

La cita era a medianoche, lo sé. Pero perdí el avión en París. Y debí tomar otro. Los horarios, tú sabes. Cuando llegué al puente no estabas. Y empecé a andar.



Pero... ¿se conocían?

¿Con Carlo...? En Munich, durante las olimpiadas. A él le conté que...



Es casi el amanecer en Niederdorf. Vuelvo al hotel con mi amiga, mi cámara colgada del hombro. Dentro de ella una placa. Una fotografía que muestra a una muchacha sola en el puente del barrio viejo de Zurich.



¡Amor...!



Pero no. No hay más palabras. Las lágrimas de Karen brotan espontáneamente, pero ahora de felicidad.

Los miro. Los miro y sonrío. Como si me prestaran un poco su felicidad.



Ahora, pasado el primer momento, él me mira.

Hola, Carlo.



¿Cómo estás "loco"?

Y todo el relato. Y toda la historia. Pero eso es secundario. Nos sentamos los tres a beber cerveza y charlar.



Y la presentaré al Salón Internacio. al de París. ¿O no? Pero también deberé contar que esa muchacha, que estaba sola, ahora es feliz. Muy feliz.



¡Ah...! Mañana fotografiaré el casamiento de Paul y Karen, en una antigua iglesia de Niederdorf.

fin

aprenda una profesión LUCRATIVA

Ud. puede aún gozar de los beneficios que otorga INTERCAMBIO CULTURAL para aprender una profesión en su Propio Hogar, sin esfuerzo económico.

AHORA CURSOS ECONOMICOS

- DIBUJO
- INGLES
- BELLEZA FEMENINA
- CORTE Y CONFECCION
- CONTABILIDAD
- PERIODISMO
- RELOJERIA
- FOTOGRAFIA
- VENTAS
- ELECTRICIDAD
- AVICULTURA
- SECRETARIADO COMERCIAL

**CURSOS
QUE
DICTAMOS**

Como ya lo han hecho más de 500.000 alumnos en el continente, aproveche Ud. también nuestro práctico, sencillo y fácil sistema de enseñanza en el Hogar (Por Correspondencia).

Miles de Diplomados gozan hoy de un mejor nivel cultural, porque aprovecharon las ventajas que les dio "LA PRIMERA INSTITUCION EN EL MUNDO QUE HA PUESTO LA ENSEÑANZA A DISTANCIA AL ALCANCE DE TODOS.

PARA AMBOS SEXOS

Los Cursos que dictamos son un compendio de moderna enseñanza a distancia, profusamente ilustrados, con corrección de deberes, Diplomación, etc.

GRATIS

y sin compromiso solicite informes hoy mismo. A vuelta de Correo recibirá su folleto explicativo.



**NO
IMPORTA
SU
EDAD**

I.C.

**INTERCAMBIO
CULTURAL**

Casilla de Correo 2370
Correo Central
BUENOS AIRES

NOMBRE _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____

F. C. _____

PCIA. - EDO. - DTO. _____

PAIS _____

251

Curso que desea estudiar _____

INT 19-2-74

LOS BOSQUES DE ELWORTH

Por ARMANDO FERNÁNDEZ

Dibujos de SZILAGYI

El calor del mediodía era asfixiante cuando el hombre se apeó del vetusto camión que lo había traído allí. En su diestra aferraba un maletín y luego de desabrocharse el cuello de la camisa emprendió la marcha hacia el pequeño edificio que se levantaba a escasos metros suyos.

Era un buen lugar para lo que necesitaba.

Desafía ver al señor Elworth. Soy el doctor Reagan y vine por el aviso que pusieron en el diario del pueblo...

La muchacha levantó los ojos y lo miró. Reagan pudo notar que vestía ajustados pantalones cuando se incorporó de su silla. Con una suave sonrisa le extendió su mano.

Soy Shella, la hija. Bienvenido a nuestro pequeño establecimiento, doctor. Usted ha sido el único que nos contestó...

—Y en verdad que no me extraña. Hace falta cierto espíritu especial para decidirse a trabajar en estos montes tan lejos de esa apetecible cosa llamada ciudades.

Quizás en mi caso no valga lo de "espíritu especial", señorita Elworth.

¿De manera que puedo considerarme aceptado?

¡Claro que sí! Como que es el único candidato... Tenía fe que alguien se interesaría por nuestro aviso. Pronto llegará en unos momentos. Mientras tanto... ¿de-sea tomar algo fresco?

El "jeep" se sacudía con cada barquillazo del camino mientras Miles Elworth mordía su pipa y su rabia.

Te lo repito, Gary... esos cretinos de la forestal están poniéndose cada vez más de cuidado. No creo que los últimos contratiempos tenidos en el obraje hayan sido casuales.

Gary Roper, su capataz asintió.

Debemos estar alertas, señor Miles. Y vigilar los próximos embarques de troncos que enviamos por el río.

¡Amo estos bosques tanto como a mi vida! ¡Ningún tipejo como ese Foreman, su representante, logrará echarme de aquí! Hace cosa de un mes ofreció comprarme estos lugares. Casi lo saco a puntapiés.

Pero lo peor es que me siento viejo. Son demasiados años de lucha, y pienso en mi pobre hija. Tan sola, tan perdida en estas inmensidades. Mil veces le he dicho que se marche a estudiar a la ciudad. Pero se niega...

Shella ama estos bosques tanto como usted. Además es una chica inteligente. Ella sola lleva toda su contabilidad... Además, no está tan sola... Usted sabe lo que siento por ella, señor Miles...

Lo sé. Y eres mi hombre de confianza. Si ella te corresponde todo estará bien. Hum... ya llegamos.

...un lin llegas papá. Este es el doctor Reagan. Vienen por el aviso que pusimos solicitando un médico.

Una agradable sorpresa. ¡Ojalá que se halle a gusto entre nosotros, doctor. Usted sabe... la presencia de un médico en estos lugares es casi imprescindible.

Accentes de trabajo, vóboras, fiebres... Espero que hará un buen trabajo cuidando la salud de nuestros obreros.

Trataré.

Gary Koper, mi capataz y hombre de confianza.

A sus órdenes, doctor.

Le mostraré el alojamiento y lugar de trabajo del doctor. ¿Me acompaña?

Con gusto.

¡Ah... Sheila! Luego quisiera hablarle.

Salieron al tórrido medio día encaminándose hacia otra construcción que se levantaba cerca de allí.

Y ésta será su casa, doctor. Al lado está la sala de primeros auxilios. Espero que sea de su agrado. Es pequeña pero limpia y cómoda.

Me arreglaré bien, señorita.

Le noto aspecto preocupado. ¿Problemas?

Sí. Hay una poderosa compañía maderera río abajo que trata de ahogarnos. Un verdadero pulpo. Somos pequeños en comparación con ellos...

ELWORTH
CO. SAW
MILLS ELWORTH

Hemos soportado todo tipo de calamidades. Desde intimidación del personal de que disponemos hasta pérdidas y accidentes... Mi padre está muy cansado ya... Pero seguiremos luchando...

Tengo fe en la vida y en nuestras fuerzas... ¿y usted, doctor?

Esa es una buena pregunta que por el momento no puedo responder...

(Un hombre extraño... Parece como... como si hubiera de algo...)

Un ruido de botas a su espalda...

Cualquiera diría que Reagan le ha interesado, Sheila...

No lo sé, Gary... había algo extraño en él... Una tristeza... No sé... No lo capté muy bien.

Algo, un presentimiento quizás, hizo que Gary volviese a un tema dejado por ella.

Lo que sí sabrás es lo que siento por ti, ¿verdad? ¿O no?

Comprende. No puedo contestarte, por ahora... Me preocupan los problemas de papá... Dame tiempo, Gary...

esperaré... No soy hombre de mucha paciencia pero tratándose de ti haré la excepción.



Será mejor que nos preparemos a almorzar. La comida está lista...

¡Vuelvo enseguida!



Burt Foreman aplastó el cigarrillo con furia bajo su zapato dentro de su bien amoblada oficina...



¿De manera que alguien contestó el aviso que pusieron en el diario? Un forastero, sin duda... de todos modos debemos hacer que ese mediquito cambie de idea...

¿Que importancia puede tener eso? ¿Un medicucho sin futuro? ¿Por qué se preocupa?



En una guerra todos los detalles cuentan, Jarvis. Debemos molestar, acorralar a Miles Elworth. Obligarlo a vender... los mejores montes, la mejor madera está en su propiedad y nuestra compañía los quiere, ¿entendido?

Utilizare cualquier cosa que irrite y deprima a ese viejo. Hablaré con ese doctorcito y le haré una oferta que no podrá resistir...



Cuando asome las narices por Old Town me avisas. Yo me encargaré personalmente de ese asunto...

Al otro día Reagan se presentó en la oficina. Sheila aporreaba una vieja máquina de escribir.

Como puede comprobar soy la secretaria, mandadera, cocinera etc, etc..., oh, pero no me quejo...

Ya advertí que es una muchacha muy capaz y dinámica.



Hice una inspección de los equipos sanitarios existentes: faltan cosas que considero imprescindibles. Confeccioné una lista...

El doctor Smith, su antecesor, estaba muy viejo ya y algo descuidado. Renunció por su mala salud... A ver... Bien. Conseguiremos hoy mismo esto en el pueblo...



Espero que eso no sea una dificultad más para usted. Sé que está muy ocupada...

Todo lo contrario. Me alegra descubrir que quien hemos contratado se preocupa por la eficiencia de su labor. Los Elworth no hemos tenido mucha cooperación últimamente.



Pero con una condición... Mi nombre es Sheila y el suyo es James. Basta de "doctor" y "señorita"... ¿es un trato, James?

Es un trato, Sheila...



La camioneta corría por el sendero de tierra levantando a su paso pegajosas nubes de polvo que se disolvían en el calor de la tarde...

Algo me da vueltas en la cabecita desde que llegó. ¿No se molestará si le pregunto qué es?



No podría hacerlo.

...le hace que un hombre como usted, un cirujano, según he comprobado abandone la ciudad y quiera sepultarse en un rincón como éste...? Le aclaro que para mí es el lugar más bello del mundo pero la gente de las grandes urbes no lo ve así...

Olvido.

La voz de ella tembló imperceptiblemente.

¿Alguna..., mujer?

No me pida que conteste eso, Sheila...

No fue mi intención molestarlo, James... Sé que usted tiene una pena y quise ser su confidente... Pero sería incapaz de hacer algo que lo dañara. ¿Me cree?

Por supuesto que sí.

¿Ha visto eso, Roper? Parece que el médico y la hija de Elworth se entienden bastante bien, ¿eh?

Eres un bicharraco dañino, Gus... Cierra tu pico venenoso...

¡Yo te lo cerraré. ¿Entendido? ¡Sigue trabajando con esa sierra de una vez!

No te molestes, capataz. Era sólo una broma inocente...

Esperemos que no se repita. Continúen con la labor... Recuerden que esos troncos deben estar listos para el embarque dentro de dos días.

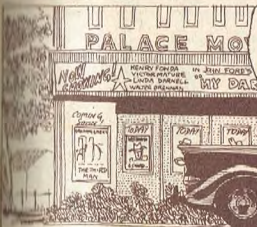
Otra vez el ruido de las sierras mecánicas taladrando el silencio de los bosques. Gary Roper rumiaba ideas de hombre rudo, forjado en íntimo contacto con la naturaleza.

(Hay algo que no me gusta en ese Reagan. Lo vigilaré...)

Old Town era un pueblo pequeño, de calles anchas y plazoletas bien cuidadas. Una típica comunidad americana en donde el tiempo parecía haberse detenido.

Jarvis, el empleado de Foreman vio detenerse la camioneta de los Elworth y avisó a su jefe.

Lo que usted aguardaba. Aquél es Reagan. Ayer llegó al pueblo preguntando por el establecimiento del viejo Miles...



Esa es la farmacia del pueblo. Pida lo que necesita y que lo anoten en nuestra cuenta. Volveré enseguida...

¿Adónde vá?



A visitar algunas tiendas. Estos pantalones no son nada femeninos y ya parecen formar parte de mí. De pronto algo me ha recordado de que soy mujer, James...

Bien. Nos encontraremos aquí.





James hizo el pedido, verificó todo y comenzó a trasladar los medicamentos a la parte trasera de la camioneta. Había concluido de hacerlo cuando un hombre se acercó. Vestía elegantemente contrastando con el resto de los pobladores. Tenía ademanes suaves y sonrisa fácil. Además, fumaba un puro de los caros...

El doctor Reagan, si no me equivoco... Soy Burt Foreman, representante de la Compañía Forestal en la región. Estamos rfo abajo...

No haga caso a lo que dice cierta gente, amigo. Vine a tratar de negocios con usted. ¿Cuánto le paga Elworth? Yo le doy el doble y menos trabajo. Imagino que no lo pensará mucho, ¿eh?

Tiene razón. No lo pensaré mucho... (Dios mío... ¡no! ¡A él también no!)

La respuesta es no. Y ahora, si me disculpa... tengo cosas que hacer...

Usted es un tonto. Se arrepentirá de esto, Reagan.

Foreman se alejó masculando amenazas. James se volvió advirtiendo que Sheila estaba allí, demudada.

¿Qué sucede? Tiembala como una hoja...

Temí... temí por un momento, cuando hablé de doblarle el sueldo...

Ya me hablaban de usted. Y no muy bien que digamos...



No sea chiquilla. No es dinero lo que me trajo aquí. Además... ¿cree que me agrada perder su amistad? Usted es lo más agradable que me ha sucedido en mucho tiempo, Sheila...

Le acepto todo. Menos lo de chiquilla. Tengo veinticinco y bien cumplidos. ¿Estamos?

Claro que es una mujer. Y muy animosa, por cierto. Vamos... el trabajo espera...

James, disculpe la reiteración... ¿ha dejado alguien que espera por usted en alguna parte?

¿Importaría? A veces no es bueno mirar hacia atrás. Hay fantasmas que pueden quitarle el sueño a uno...

Está muy solo, lo sé. Solo y confundido como un niño perdido en el bosque.

Los árboles se desplomaban uno a uno, abatidos por las sierras mecánicas que los cercenaban. Un poco más allá los guinches atiborran de troncos a varios camiones...

Buen trabajo, Gary... mañana esa carga estará en la bareaza rumbo al aserradero.

Ha sido una semana agotadora, señor Miles.



Las cosas no están bien, Gary. Las finanzas... tú sabes... Este embarque me aliviara muchísimo...

Lo mejor será vigilar esta noche. En la forestal hay individuos capaces de todo por unos dólares. Y tengo la sospecha que tenemos algunos infiltrados en el personal. Estaré alerta...

Vaya tranquilo y cuf-dese. Su salud no está buena, señor Miles.

Gracias, muchacho. Ya no soy el mismo de antes... confío en ti.

La luna flotaba sobre las aguas del río. Recostada en una de las riberas la barcaza, como un chato sapo negro de largos cuernos parecía dormitar, acunado por las caudalosas aguas...

(Aquí hay paz... se respira en el canto de los grillos y la quietud de la noche...)

Unos pasos diminutos, frágiles sobre la hierba. Una cabellera rubia cayendo en cascadas sobre los hombros delicados...

Hola. ¿Qué dices del nuevo vestido que me compré?

Que te ves preciosa, Sheila...

Hace noches que te observo. Vienes a este mismo lugar y te sientas a contemplar la noche. ¿En qué piensas? Quiero... necesito saberlo...

¿Para qué? ¿Qué importancia tiene?

Hubo un largo silencio, profundo...

Cuando se quiere todo tiene importancia... y yo te quiero... aún sabiendo que eres casi un desconocido...

No hables así. No quiero que sufras daños... No tú, por Dios...

Me haces daño si no te confías a mí... Hay algo en tu vida, James. Algo de lo que huyes...

La sombra que los vigilaba contuvo el aliento. Se mordió los labios, crispándose los puños...

(¡Allí están... Ese Reagan la tiene hechizada...)

(Algo me dice que no le conviene a Sheila, Reagan... quizás valga la pena escuchar lo que vas a decir...)

James respiró profundo. Los fantasmas volvían en oleadas nebulosas.

No soy más que un cobarde, Sheila. Esa es la razón por la que vine aquí, a refugiarme. A esconderme de todo y de todos...

No te creo. Un cobarde no le hubiera contestado a Foreman como tú lo hiciste. No es verdad...

No creas... Trabajaba en la clínica Lincoln de Montana. Recuerdo aquella noche fatal como si fuera ahora. Recuerdo los blancos, asépticos, inmaculados pasillos. Recuerdo las caras de los enfermeros mientras transportaban aquella camilla...

Es grave, doctor...

"Acababa de salir del quirófano después de una operación que agotó mis nervios y mi pulso. Eran las cuatro de la madrugada y no había otro capacitado en aquel momento para la intervención. El desdichado había tenido un accidente automovilístico..."

¡Preparen la sala! ¡Hay que operar de inmediato!

"Y operé. Operé con un pulso que no era el mío. Aquella noche mis dedos temblaban por el cansancio y la sorpresa..."

(Edward Judd... ¡no puede ser...!)

(Dios... no puedo... ¡mis manos no me responden...!)

¿Qué le sucede?
¿Se siente mal, doctor...?

¿Quién era Judd?

El padre de Linda, mi prometida...

¡Una casualidad en un millón! Pero fue así. ¿Lo entiendes ahora? No hubo otro médico y tuve que hacerlo yo... ¡y lo hice mal! Quizás podía haberse salvado, Linda no pudo perdonarme jamás... Y yo me alejé de la clínica, no pude afrontar lo sucedido...

No eres un cobarde, James. No lo eres y tú lo sabes. Eres un ser humano que muere de su frustración y su impotencia...

Piedad no, Sheila. No necesito la tuya ni la de nadie...

Un sollozo escapó de los labios de Sheila. Algo se desbordó en su corazón simple de muchacha campesina. No supo cuando el hombre acarició su barbilla, no supo cuando la estrechó en sus brazos.

Después, algo se despojó en ella. Algo que la hizo desaparecer, dejándolo solo...

¡Sheila!

No la llame, Reagan. Las mujeres de la región gustan sólo de los verdaderos hombres...

Lo escuché todo. Y es mejor que se marche de aquí. Sheila no debe sufrir lo que otros, por su culpa.

Si no entendiera que la quiere mucho tendría que responder por esas palabras, Gary...

Roper no llegó a suplicar. La quietud de la noche trajo algo. Un chirrido...

¡La barcaza! ¡Han cortado la amarra!

Una figura se escurrió en la maleza. Pero no le prestaron atención. Gary, seguido de Reagan corrió hacia la orilla...

¡Debo detener esa barcaza!

En un segundo su figura se confundió con el remolino de las aguas. Nadaba con desesperación.

¡Cuidado!



James Striker cayó en las aguas. Con tremenda resolución llegó hasta el lugar en donde Gary Roper se hundía hacia la nada...



Un grupo nervioso y tremulo rodeaba al bravo capataz recostado en la camilla de la sala de primeros auxilios...

¿Se pondrá bien, doctor?

Sí. Afortunadamente el tronco sólo rozó su cabeza...



Tú lo salvaste, James... ¡por suerte la barcaza encalló cien metros más allá! La carga está intacta. Hemos tenido una suerte loca... estoy tan orgullosa de ti...



Gracias, Reagan. Usted no puede ser un coarde... se jugó por mí. Sepa que tiene un amigo y que...

Silencio, Gary. Es mejor que no malgaste sus energías. Necesita descansar...



Es un buen hombre, Sheila... un hombre digno de ti...

Gracias por decirlo, Gary.



¡Esto no puede quedar así! Es obra de Foreman... estoy cansado de sus maniobras... lo denunciaré ante el comisario.

Deberá tener pruebas, señor Elworth.



Algo estallaba a la luz del sol entre la hierba.

Pruebas como ésta...



Un encendedor con las iniciales G. S.; aquí mismo vimos huir a alguien anoche. El que perdió esto...

Gus Striker... ¡Gary no le tenía confianza! Esa rata...



Cálmese. Lo llevaremos ante la ley para que confiese. Gary nos acompañará y verá que todo se solucionará favorablemente...



El sol caía perpendicular sobre el pueblo cuando abandonaron la oficina del aguacil. Gus, Striker había terminado por confesar su culpa y ahora Foreman se enfrentaría a graves problemas.



Oh, soy tan feliz... es un hermoso día. ¿No es cierto?



¡James!

¡Linda!



¡Oh, querido! Te he buscado tanto estos meses... en la clínica me hicieron comprender todo... fue la fatalidad... no debí decirte lo que dije... ¡perdóname, James!



¿Cómo me localizaste?

En tu departamento había un periódico. Uno de Old Town... Tenía un aviso marcado con lápiz pidiendo un médico. Dejé mis cosas y vine aquí. Estaba preguntando en el pueblo cuando te ví y...



Ella es... ¿su novia, doctor Reagan...?

Sí, Sheila.

Se apartaron del grupo. Sheila ascendió a la camioneta con los ojos bañados en lágrimas. Su padre y Gary, comprendiendo lo que pasaba optaron por acompañarla...



Volveré más tarde, señor Elworth...

De acuerdo, doctor. Lo esperamos...

Creo que nos quedamos sin médico, Gary...

Opino lo mismo, señor Miles...



(Y yo te he perdido, James... el pasado ha vuelto por ti, y te ha apartado de mi lado... para siempre...)



Idénticos pensamientos vibraban en James.

(Es el fin, Sheila... el fin de un sueño pueril en los bosques... Gary Roper es un buen hombre y sabrá hacerte feliz. En cuanto a olvidar... no sé si ambos podremos...)



(Porque lo que me ata a Linda es muy fuerte... tengo una deuda con ella, y no podría decirle la verdad de mis sentimientos.)



¿Qué sucede, querido?

Nada. Ha sido la sorpresa de encontrarte aquí...

Me he sentido tan sola desde tu partida, James... creo... creo que me hacías mucha falta...



Mañana partiremos rumbo a la ciudad, tu permanencia en estos bosques ya no tiene objeto. Todo volverá a ser como antes, ¿verdad?



Sí, como antes...

Se despidió de los Elworth a la mañana siguiente.

No tendrá dificultad en encontrar otro médico, señor Miles. Ahora que Foreman no puede molestarlo todos querrán trabajar para usted.

Gracias por lo que has hecho. Eres un verdadero hombre. Sheila me lo contó todo...

Adiós, Reagan, que tenga suerte...

Gracias; igualmente, Gary...

Ella, Sheila, estaba algo apartada de los demás...

Sheila, yo..., quisiera decirte...

¿No comprendes que no lo debes nada..., que no puedes atarte a su vida de esa manera, James? 'Te alejas de mí sabiendo que me amas.

Trata de comprender...

¡No! Ahora sí sé que eres un cobarde contigo mismo, James Reagan... Vete ya o voy a ponerme a llorar como una loca y por lo poco que me resta de orgullo no quiero hacerlo...

¡Sheila!

Déjala que se desahogue, Gary..., es mejor para todos...

Los días se hicieron semanas, las semanas, meses. James Reagan se sumergió en su trabajo de la clínica Lincoln con más tenacidad que nunca. Buscando olvidar el recuerdo de unos ojos limpios y unos cabellos rubios como el trigo. Buscando olvidar los maravillosos bosques de Montana...

Buscando olvidar lo que no tenía olvidado...

¿Qué pasa, James? ¿Qué está sucediendo entre nosotros? ¿Qué ha cambiado?

No entiendo qué quieres decirme...

Cada día que pasa los silencios se hacen más largos. Tu mirada se pierde, contemplando cosas que sólo tú puedes ver. Algo ha cambiado entre los dos...

No digas tonterías. Quizás el exceso de trabajo...

Esa chica... Sheila se llama... Era muy importante para ti, ¿verdad?

¿Por qué apartas tus ojos? James..., no me debes nada..., lo de mi padre fue destino. Yo, yo te busqué porque quería perderte por mis palabras, porque me sentía sola... Pero en todo este tiempo he comprendido que algo cambió en mí. Quizás lo nuestro nunca fue amor. Del verdadero, quiero decir...

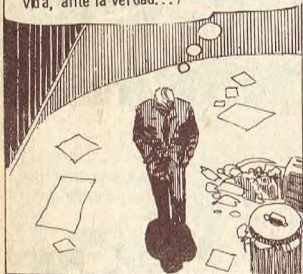
Se incorporó y se marchó de la mesa. Antes alcanzó a decirle:

Adiós. Ha sido un error volver a encontrarnos. No podemos seguir engañándonos. Búscala...

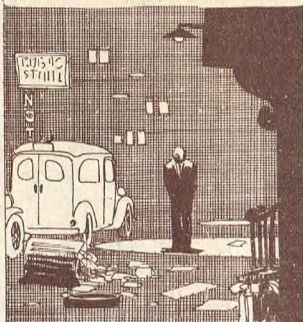
Linda..., ¡espera!

Esa noche deambuló por la ciudad con pasos de sonámbulo. Con un torbellino de pensamientos girando en su cabeza...

(Cobarde me llamó ella... cobarde por no saber definirme, cobarde ante la vida, ante la verdad...)



Las dos mujeres que habían significado algo en su existencia no estaban a su lado. Había recuperado cierta fracción de su paz interior pero al costo de un terrible precio.



Se detuvo, de pronto y el eco de sus pasos se silenció sobre la desierta callejuela.

(Sheila y Gary... ¿que estará pasando entre ellos? Cobarde, dijo ella... Te marchas sabiendo que me amas...)



Entonces algo estalló muy dentro de su espíritu. Fue la llamarada de un volcán, fue el loco galope de su corazón narcotizado, amarrado durante tanto tiempo...



¡No! ¡No! Sheila! Sheila!



Los finos dedos aporreaban la vieja máquina de escribir cuando la puerta a sus espaldas, hizo un ligero chirrido al abrirse...

¿Quién...?



Es un sueño... es un sueño y no deseo despertarme...

Vine por una respuesta... Una respuesta que no me deja conciliar el sueño por las noches. Quiero saber si...



¡Amor! ¡Amor de mi vida!

¡Sheila!

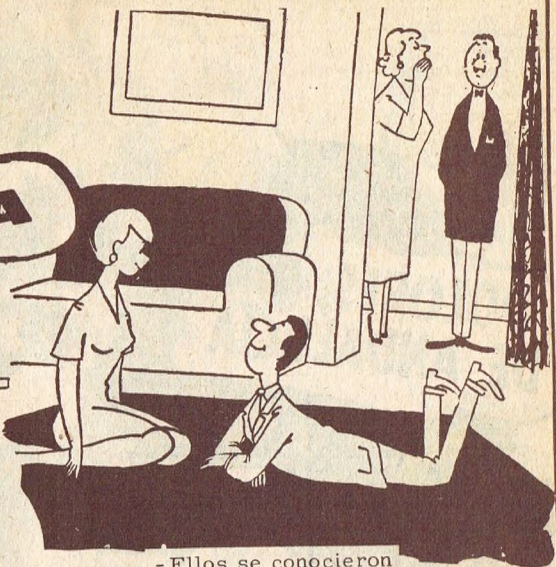


Los bosques de Elworth. La verde ilusión, la verde esperanza transformada en la realidad de un amor cristalizado contra todas las mareas de la vida...



FIN

UNA SONRISA



-Ellos se conocieron en la playa...

¿SABIA QUE:

- sin computadoras hubieran sido imposibles los satélites artificiales y los viajes espaciales?
- para detectar ciertas enfermedades del corazón se usan computadoras?
- existen empresas de aviación que consultan sus computadoras para reservar pasajes?
- la mediana y gran empresa industrial se maneja cada vez más con computadoras?
- Ud. paga la luz, el gas, el teléfono, la patente de su automóvil con tarjetas que se procesan en computadoras?
- las tarjetas del PRODE se procesan en computadoras?
- en la República Argentina se necesitan cada vez más y mejores analistas de sistema, programadores, operadores, técnicos en electrónica, etc.?

¿QUE LE PARECE SI NOS PIDE INFORMACION SOBRE NUESTROS CURSOS?

GRATIS: 1a. LECCION - Modelos de: Tarjetas Perforadas - Formularios de Programación FORTRAN y COBOL - Plantillas de diagramación - Esquemas Tablero Conexiones, etc.

PREMIOS ESPECIALES s/puntaje de calificaciones - Certificados - Becas.

Lea todo el aviso
SIGA EL SENTIDO DE LAS FLECHAS

Aprobó 7° grado

NO

SI

Cursa Secundario

NO

SI

Llene el 1er. cupón de la derecha

Cópielo en el 2do. cupón.

Verifique lo que escribió.

Comente el aviso con sus amigos/as.

Entendió todo

Envíe los 2 cupones juntos a
ESCUELA PRODISTICA
de computación de datos

Paraná 489 - 5° p. Ofic. 32

CAPITAL FEDERAL

PRODISTICA

SOC. ANON. COM. Y DE M. Y SERV.

No nos envíe los cupones.
Le conviene completar el ciclo primario.

Debe enviar los cupones.
De todos modos intente concluir sus estudios.

CURSOS PERSONALES POR CORREO
sobre **COMPUTADORAS**

Peritos en Computación - Programación - Análisis de Sistemas

NOMBRE

DIRECCION

LOC

Pcia. PAIS

NOMBRE

DIRECCION

LOC

Pcia. PAIS

EN LOS 2 CUPONES LOS MISMOS DATOS.

DOLORES, DE ANDALUCÍA

Por POLO LAVALLE

Dibujos de LUIS OLIVERA



¡Ah, las noches de la aldea andaluza! Con esa brisa perfumada de poleo y manzanilla, con ese arrullo de adiós que suelta el río en su viaje hacia el sur, que se mezcla con los rasguídos de viejas guitarras...



Y los hombres que reciben la medianoche con un vaso de vino entre las manos, canturreando alguna tonada vieja o nombrando un amor que hoy sólo es una llaga que no cicatriza. ¡Ah, la taberna de la aldea...!

En la taberna estaba ella. Con sus enormes ojos moriscos y su pelo negro que le cae sobre los hombros descubiertos. Ella: Dolores.



Dolores...



No hay joven en la aldea que no esté enamorado de ella, ni mujer que no sienta algo de envidia ante su belleza. No hay andaluz que no se haya sentido deslumbrado cuando canta de a ratos para distraer a los parroquianos.



Hay coplas que cantan los gitanos que la nombran. Ella los escucha y sonríe. Hay viejas que hacen correr su nombre con malicia. También las escucha y sonríe.



Salió de la taberna antes que el último hombre borracho que dormía recostado en una mesa. Su casa no estaba lejos.

Dolores...

Ah, tú. Rulfo.



Como todas las noches. Aguardándote. Para decirte que aún espero que me aceptes y...

Varias veces te he dicho que nunca voy a amarte. Además te hará bien ir a dormir. Apesta a alcohol.



Sé por qué me rechazas. Eres tan tonta que aún esperas al que se marchó una vez. A ese aventurero. El no volverá nunca, y lo sabes. Cuando te convenzas vas a aceptar y...



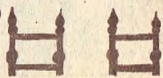
Quedó atrás con sus palabras y su esperanza. Rulfo. Que desde siempre pretendió el amor de la Dolores.

De la Dolores...

("Eres tan tonta que aún esperas al que se marchó..." Sf. Lo espero. Y lo esperaré siempre. Sólo lo he amado a él, y losigo amando.)



Todos conocían la historia de Dolores. Desde adolescente amaba a un joven aldeano, lleno de alegría, lleno de vida. Y él a ella, claro. Juntos solían bailar para toda la gente en la taberna. Y todos los aplaudían.



Fue pasando el tiempo. Y al muchacho andaluz le atraieron los caminos, el azul de otros cielos y la luz de otras estrellas. Y echó a andar, a dejar sus huellas en otras sendas. Y las rutas suelen llevarnos muy lejos en distancias y en tiempo.

Dolores no volvió a amar a nadie. Apenas si ha logrado dejar de llorar a solas cuando regresa por las noches y el rostro se le pinta de un color triste. Y lo nombra. Lo nombra para ella sola.



Otra noche más. Con los mismos que beben su vino noche a noche. La misma gente y sus mismas angustias.



Los parroquianos lo miraron y luego esquivaron las miradas.



Llegó de pronto. Con la figura apuesta y el pelo rubio que caía sobre su frente con un mechón rebelde.



La muchacha empalideció. Hubiera querido decir muchas cosas, pero las palabras se le amontonaron en la garganta. Y sólo atinó a decir:



Se ubicó a una mesa..., una mesa apartada. La que ocupaba un par de años antes, cuando aún vivía en la aldea.



Fue en busca del vino. Aquello era tan extraño, tan rara la forma de comportarse. Como si nunca hubiera marchado. Sí. Raro.



(Manuel ha regresado. De nuevo en la aldea. Pero es...)

Bebió el vino. Lentamente, como si quisiera aprendérselo de memoria. De a ratos levantaba la vista y le sonreía a algún viejo conocido.



Hucho de grillos y brisa. El río que corre como dos años atrás, aunque el agua sea otra. Los mismos pinos, un poco más viejos, claro, que se mecen por el viento norte.



Se acercó en silencio. El la observaba sonriente. Notó que su andar era el mismo de antes.

¿Sigue muy hermosa, Dolores, ¿sabes? Encantadora, diría yo.

Gracias.



Luego tomó su bolsa marinera, dejó unas pesetas sobre la mesa y salió. Desde la puerta miró a Dolores, saludándola con un guiño y una sonrisa. Esas sonrisas de Manuel... No... No había cambiado la forma de sonreír.



Replicó con tristeza:

Suele cambiarse en dos años. Sobre todo cuando esos años son demasiado largos.



Todos miraron a Dolores entonces. Pero ella ignoró a todos. Una señal al guitarrista y la canción de amor que desgarró la noche de Andalucía.



Sentado, mirando cómo corría el agua hacia el mar, fumando un cigarrillo de tabaco negro, escudriñando de a ratos las constelaciones dibujadas en el cielo, que en Andalucía parecen distintas.



Manuel...



Ella se sentó a su lado. Primero el silencio. Luego las palabras.

Me imaginé que estarías aquí. Solías venir a este lugar todas las noches. Aquí nos encontrábamos. Antes, claro.



Y yo sabía que vendrías. Vine aquí para aguardarte. Todo esto que me sucede es muy curioso. De pronto sentí deseos de hablar contigo cuando te vi en la taberna.



Había mucho de tristeza en las palabras de la muchacha.

Recuerdo. En tanto yo te contaba de mis sueños, de una casa pequeña y nuestra, con niños que corretearían por el jardín. Con el pan llegado a la mesa por tu trabajo.



Cada amanecer se me ocurría que el horizonte estaba al alcance de la mano, que era una línea susceptible de ser tocada. Cuando caía el sol se me ocurría inalcanzable. Así crucé aldeas y pueblos y montañas, y vi otros ríos y otra gente.



De pronto los recuerdos. Las viejas cosas.

¿Te acuerdas? Yo era ayudante de la herrería en esta aldea. Una vida chata, sin futuro. Me crié en un orfanato después que murieron mis padres.



Pero aquella tarde, que no olvidaré nunca, cuando mis ojos se llenaron de lágrimas, me dijiste que habías decidido marcharte. Lejos.

Tienes razón. Yo también recuerdo esa tarde.



Un día, vaya a saber cuál, tú y yo comenzamos a amarnos. Y yo te hablaba de mis sueños, de mis inquietudes. ¿Recuerdas?



Metí mis pocas cosas en mi bolsa marinera. Mis sueños de fortuna, de libertad, de vida, me arrastraban al camino. A un camino que no sé exactamente qué fin tenía. Pero me atrapaba. Y me marché.

Había muchos vinos. Y escuché muchos cantos. Pero al recostar la cabeza en cualquier parte para dormir me la volaba de nuevo, con tus lágrimas lentas y dulces despidiéndome cuando partí de este lugar.



Se acercó a ella. Le acarició el rostro.

Entonces sentí que eras importante para mí. Que te quería a pesar de mi libertad y de mis sueños.



Manuel...



Te he esperado tanto, amor. He mirado tantas veces el camino adivinando tu figura que se acercaba. Pero hoy has vuelto.



Y a sollo. Miró hacia el río con un gesto grave.



Hoy, en la taberna, te dije que había regresado... de algún modo. Y es así. Sólo estoy de paso por la aldea.

¿De paso...?



Fui en busca de otros cielos, de otra fortuna, del destino. Y sin embargo después de dos años me di cuenta un día que el vino que bebía era del barato y mi comida apenas si suficiente.



Vi un aviso en un diario de Francia, hace un tiempo. Era mi oportunidad de hacer fortuna. Conocí hombres que están llenos de dinero por ese asunto. Y decidí marchar tras ese nuevo destino.



Fue crudo al hablar.

Me marchó a Marruecos. Voy a la Legión. A incorporarme.



Pasó el primer momento. Luego, Dolores, que también miraba el río como una cosa fija, dijo:

Hmmm, mercenario. Alquilar las manos para empuñar un fusil y matar en nombre de quien te pague. Alquilar la vida. El alma.



No. El alma no. Mis sentimientos me pertenecen.

Volví a abrazarla, con seguridad, con fuer-



Pude haber evitado el pueblo, Dolores. Seguir de largo. Pero sentí la necesidad de llegar hasta aquí, de verte, de saber si aún me amabas.

Y ella contestó:

Sí, Manuel. Aún te amo. Pero tú...



Pero... te marcharás... Y todo volverá a ser como antes.

Me marcharé, sí. Pero antes de dos años regresaré. Y traeré dinero, muchas pesetas. Tendremos una casa hermosa, y niños, y seremos felices. Toda la vida por delante para nosotros.



Sí. Estaban al lado del río. Se besaban. Él ha vuelto, Rufo. Y ella lo ama.

Cállate. Ya te he oído.



Me quedaré un par de días en la aldea. Luego andaré hasta la estación más cercana. Un tren, luego podré llegar al puerto y cruzar a Marruecos. Tendremos dos días juntos, ¿sabes?

Dos días.



Se acercó a la ventana. Sus ojos destilaban odio, despecho.

Dolores. Largo tiempo rechazándome. Le propuse que se case conmigo muchas veces. Se negó. Mi esperanza estaba cifrada en que Manuel no volviese nunca. Pero ha vuelto. Pero ella será mía o de nadie. De nadie...



La gente comenta, padre. Usted sabe que las habladrúrs en la aldea...



El hombre sonrió con malicia. Había pasado desapercibido desde su posición.



(Hmmm, a Rufo no le causará ninguna gracia. Dolores y él...)

Rufo carraspeó y se limpió la boca sucia de vino. Otros de los hombres compartían la mesa sucia de pan y salame en el interior de la casa.



¿Estás seguro...?

Y al día siguiente las viejas que comentaban por todo el pueblo.

Ha vuelto Manuel. Y la Dolores se ha visto con él, parece.

Y... ¿Qué podría esperarse de una muchacha que sirve vino en una taberna? Ese vagabundo...



¿Qué dirá de todo esto el señor cura? Ese muchacho era un vagabundo. Una vez se marchó porque estaba harto de la aldea, porque de seaba buscar otras cosas, dijo. ¿Y ahora...? Otra vez con la Dolores. ¿Qué dirá el señor cura...?



Cuando ames, comprende que nada es más importante que tu amor. La gente... no importa. Doy fe que Manuel es buen muchacho. Lo conozco de niño, cuando estaba en el orfanato. Pide a Dios que los ayude.



Llegó el nuevo atardecer. Y estaban juntos como antes, al lado del río.
Le marchas mañana.

Sí. Al amanecer. Con buena suerte llegaré a Marruecos en tres días.

En cambio yo debo esperarte. Te marchas a la Legión. A combatir por un sueldo. Con la incertidumbre de saber si estás vivo o muerto. ¿Y si al fin de ese tiempo me hubieras olvidado? Entonces mis sueños de ser tu esposa se los llevaría también el río.

Las palabras de Manuel sonaron seguras, y felices a pesar del momento.

¿Quieres casarte conmigo, Dolores?

El gesto de la muchacha se tornó triste. El hombre la besó con ternura.

En algo más de un año regresaré. Y habrá dinero, ¡dél grande! Y todo el porvenir será nuestro, querida.

Los hombres de la aldea trabajan en la agricultura, en las viñas. Y sus mujeres son felices al verlos llegar cuando termina el día. Es una felicidad simple.

... y los declaro marido y mujer.

Era cerca de la medianoche y la capilla estaba vacía. Solamente ellos dos y el cura.

Fue al día siguiente. Tan pronto como el sol asomaba tras las montañas cercanas. Una despedida sin demasiadas palabras, un beso y una lágrima. Y un hombre que empezó a ser un punto en el camino.

Levantó un poco la mantilla y la besó en la frente.

Ahora no esperarás solamente al hombre que ha dicho amarte y está en la Legión. Ahora aguardarás a tu marido.

Y las viejas del pueblo que pronto comentaban todo en la feria al verla pasar con el gesto triste.

Mire. Ahí va. Parece que le ha durado poco el marido.

Por lo visto...

Pero ella no oye los murmullos maledicentes del pueblo.

Cuidado, virgencita. Lo amo y me ama. Y el señor cura me ha contado que el amor es cosa de Dios, que no puede morir...

Se casó con Manuel. Y él se marchó esta mañana. Y según lo que dicen no volverá por largo tiempo.

Eso dicen, Rulfo.

Una vez prometí que la Dolores sería mía. O de nadie. Y se ha casado con Manuel, pero yo ...

Era casi la noche. En la casa en que vivía sola desde la muerte de sus padres, Dolores acomodaba todo antes de ir hacia la taberna.

(Iré a la taberna. Me hará bien distraerme un poco. A la ausencia de Manuel se hará menos pesada.)

Hola, Dolores...

2. Eh... ?

Sí, Dolores. Una vez yo te hablé de mi amor. Y varias veces más. Y me rechazaste. Estaba Manuel de por medio. El se marchó, te dejó sola... ¡Pero te has casado con él...!

Y una vez yo juré que serías mía o de nadie, ¿sabes? Y no serás de él... ¡No serás para él...!

¡Estás borracho...! ¡Guarda esa navaja, Rulfo...!

Quedó acorralada en el rincón. Sin escapatoria.

¡Mía o de nadie, Dolores!

i Basta!

¿Eh...?

Fue un segundo. Manuel entró como un felino. La navaja pareció emitir destellos de muerte por la luz del candil.

El alcohol de Rulfo le impedía medir la situación. Y el golpe fue muy duro.

Y otro golpe, y otro... y el hombre que cae...

iYo...

¡Aprenderás que...!

i Կսսսսսսսսսսս...

Y Rulfo que cae con la cara convulsiona-
ba por la rabia. Mientras, su navaja que-
brada en dos ha caído.

¡Perro...!

Fue un abrazo largo y sosteni-
do. Rulfo, a duras penas, tam-
bién, se iba. Y no volvería
nunca. Seguramente...

A medida que iba dejando
atrás la aldea tu recuer-
do se fue agigantando. Y
finalmente decidí no mar-
char a la Legión. Me dí
cuenta que era demasia-
do tiempo para no vivirlo
junto a ti.

¿Sabes...? Puede llegar a
gustarme trabajar en las viñas.
No tendremos demasiado dine-
ro, posiblemente. Pero sabré
que al volver me estarás es-
perando, con nuestros hijos.
Será hermoso.

Fue unos días después. En la misa del
domingo. Estaban allí reunidos casi to-
dos los de la aldea, mujeres y hombres,
viejos y jóvenes.

¡Amor... amor mío...!

...el púlpito se podía ver
el cura. Con su gesto más a-
gusto que nunca.

...quiero hablarles de la
vida, del amor. Que es ha-
blar de Dios.

Es una historia que
sucedió en esta aldea.
Pero se repite a dia-
rio en todas partes del
mundo. Vosotros cono-
céis a una muchacha
sencilla, pura, que
trabajó mucho para
ganar su sustento, en
una taberna...

Y habló mucho. Y contó toda la
historia. Y contó del muchacho
que se marchó una vez tras la
vida, tras acaso la aventura. Un
hombre que soñaba con la for-
tuna.

Pero que finalmente eligió el
camino del amor, que es el
auténtico camino.

Habló y habló. Lentamente la gente del
pueblo miraba a los dos que estaban en un
rincón; ellos se tomaban las manos. Fue
en una pequeña aldea de Andalucía. Pero
sucede en todas partes, todos los días.

En todas partes
del mundo. Eso
es lo bueno.

fin



-Perdón, hay un error; no son seis huevos y una taza de leche, sino un huevo y seis tazas de leche.



**AHORA
RÍASE**



Ingrese al fascinante mundo de los **DETECTIVES**

Déjenos capacitarlo para esta apasionante y provechosa actividad. Sea un aliado de la JUSTICIA y la VERDAD. Gane prestigio, honores y dinero, con la profesión del momento y del futuro. Sin distinción de sexo, ni límite de edad.

Estas son algunas de las ventajas

que le ofrece LA PRIMERA

ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES:

- Con nuestros cursos por correo usted aprende en su casa, sin problemas de horario. Enviamos la correspondencia en sobres sin membrete. Nuestra institución, fundada en 1953, mantiene absoluta reserva sobre toda correspondencia recibida.
- La Escuela permanece abierta todo el año y no cobra derecho de inscripción o de matrícula. Tampoco se requiere experiencia previa alguna y el curso lo sigue a usted donde quiera que fije su domicilio.
- El texto de las lecciones simple y ameno, incluye los técnicos más modernos de investigación.
- Las lecciones están redactadas en forma clara, sencilla y directa. Nuestro Cuerpo de Profesoras vigila el desarrollo de sus estudios y aprendizaje, allanándole cualquier dificultad.

**PRIMERA ESCUELA
ARGENTINA DE DETECTIVES**

Diagonal Norte 825 - 10° Piso - Buenos Aires



-Si estoy estudiando cuando tú regreses, no olvides despertarme.

**SOLICITE
FOLLETO
GRATIS**

NOMBRE Y APELLIDO _____

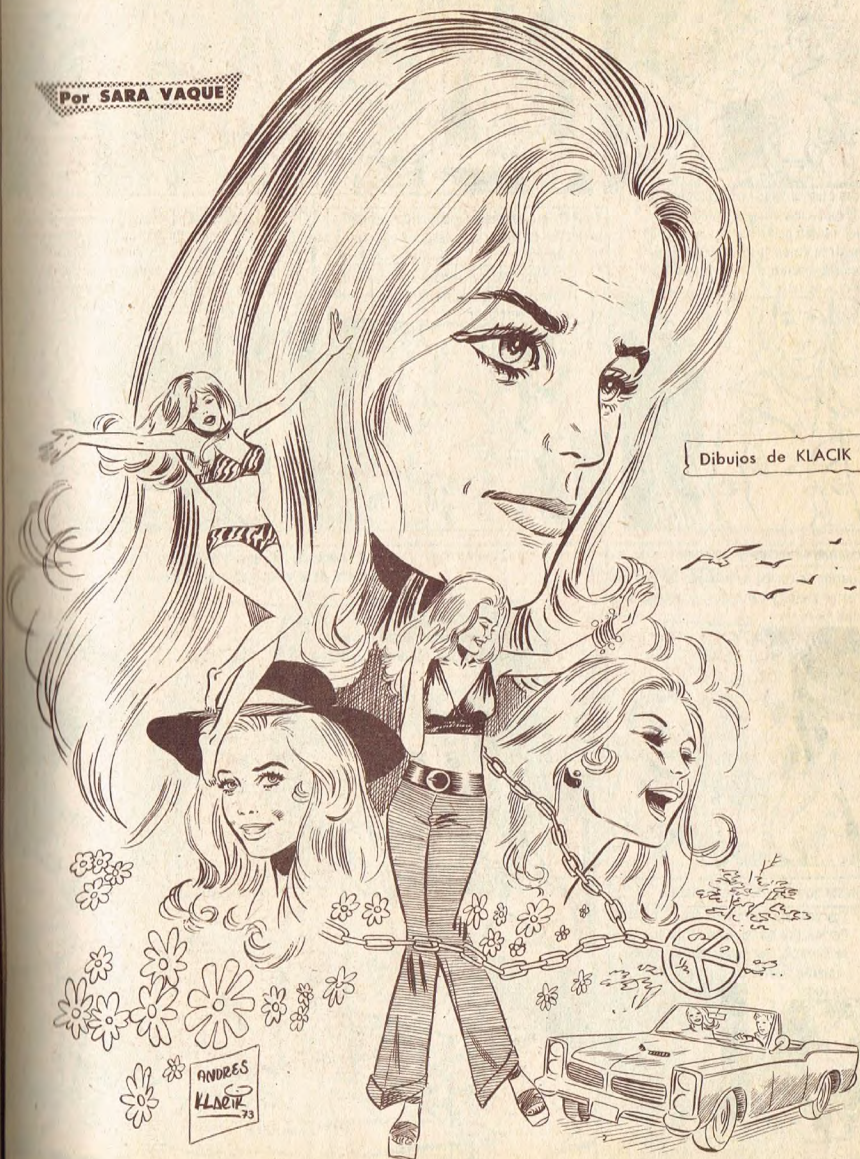
Domicilio _____

Localidad _____

LA RAZÓN DE CAMBIAR

Por SARA VAQUE

Dibujos de KLACIK



¿Estuviste con Marcela?

Vengo de allá.

¿Cómo la encontraste?

Como siempre. En las nubes. Loca de alegría con la noticia del advenimiento de su segundo hijo.

Eso es lógico

Yo no lo creo así. Marcela tiene recién veinticinco años, y ya está atada a una casa, a un marido, y ahora a dos criaturas.

¿Te das cuenta de lo poco que gozó de la vida? Se casó a los veintidós años, cuando recién podía haber comenzado a divertirse en serio. Y después de un prolongado noviazgo. Y me quiere hacer creer que es feliz...

Yo pienso que lo es. Se divirtió cuando tuvo edad de hacerlo, y después encontró el amor...

¡El amor! No me vengas con romanticismos pasados de moda. Además, no pudo elegir peor.

Alberto es una buena persona.

Sí. Una excelente persona que tiene un magro empleo con un magro sueldo que los obliga a hacer malabarismos para vivir. Y para peor, estudia, y se pasa en la facultad horas interminables que le roba a su familia.

Pero cuando se reciba de abogado...

Cuando se reciba de abogado los dos van a estar viejos y cansados y cargados de hijos.

Yo la envidio. Mírame a mí. Veinticuatro años y sin haber encontrado mi pareja.

¿Eso te preocupa? Eres libre. Sales con cuanto muchacho te gusta y no tienes que rendirle cuentas a nadie.

Me molesta que seas tan terminante.

Soy realista. Miro las cosas sin engañarme. Ese no es el destino que ella se merecía. Por lo menos, sé positivamente que yo no quisiera estar en su lugar.

...y sola. Posiblemente tú no comprendes cómo me siento, porque tienes a Carlos.

No me hables de Carlos.



Pero el amor de Carlos lo tienes ahora. Eso es lo lamentable. Yo me he llenado siempre muy bien con él, cuando solo se trataba de salir y divertirme. Pero de allí a compartir la vida hay un trecho muy largo.



No lo entiendo...

Ya me veo viviendo igual que Marcela. Con un sueldo de lástima, frecuentando todo el día... No, yo voy a correr todo con Carlos antes de que las cosas pasen a mayores.



A ver... Un cielo azul, una luna grande... Demasiado romántico. Mejor nos quedamos.



No me digas que se pelearon.

Si todo sigue así, Silvia, vamos a hacerlo muy pronto. Se está poniendo demasiado dulce, demasiado cariñoso. O yo me equivoco mucho, o no pasará demasiado tiempo antes de que me proponga matrimonio.



Claro, lo que pasa es que no estás enamorada.

Ese es el mayor peligro que corro al lado de él. Es un muchacho encantador, y si no me cuido puedo llegar a enamorarme. Eso sería desastroso.



Creo que sería inútil decirte que estás equivocada.



Pero es que yo tengo que hablar contigo.

¿Y no puedes hacerlo aquí?



Y tú no quieres eso...

Es demasiada responsabilidad. Soy muy joven todavía, y supongo que ya podré ir pensando en todo eso dentro de algunos años.



Ese domingo, como todos los otros, Carola salió a bailar con sus amigos.

¿Vamos a la terraza?



En este lugar se está mejor. Más solitario y silencioso...

Y más peligroso...



¿Por qué tienes tanto miedo al romanticismo?

Tal vez porque ya sé lo que vas a decirme.



¿Eso quiere decir que vas a rechazarme?

Eso quiere decir que hubiera deseado que esta conversación no se produjera nunca.



Pero tenía que suceder. Yo te quiero. Te quiero con toda el alma y para toda la vida.



Hubo un silencio. La frase irreparable había sido pronunciada, y Carola ya no podía hacer nada por ignorarla.

¿No me contestas?



Estoy tratando de encontrar las palabras. Yo no quiero lastimarte...

Digamos que ya lo he hecho tu silencio. Digamos que ya sé cuál es tu respuesta. Pero permíteme al menos preguntarte algo.



¿Por qué, Carola? ¿Por qué? Siempre creí que al menos me querías un poco.

Porque soy de las que piensan que con el amor no basta. Porque pienso gozar de mi juventud mientras pueda, sin trabas ni ataduras.



Y porque el día que decida perder mi libertad, voy a hacerlo con una persona que pueda ofrecerme más de lo que yo tengo.



Eres mala.

No. Amo la vida, y quiero disfrutarla.



Algún día vas a arrepentirte. Tal vez pase mucho tiempo, pero va a costarte lágrimas mi dolor de ahora.



¿Qué le pasa a Carlos? Parecía un fantasma.

Está ciego de despecho.



Arriba, la luna brillaba pálida y callada.



y me voy a Buenos Aires. Conse-
guí un buen empleo.

Espero que nos escribas.



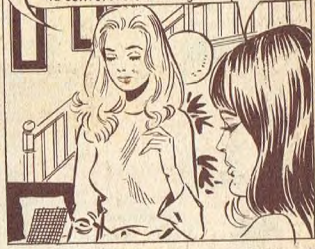
Si tengo tiempo. ¡Hay tantos sitios pa-
ra divertirse allí! Pero te voy a man-
dar mi dirección para que me avises
cuando nazca tu hijo.

¿Y Carlos?



¿Quién piensa en él?

Sin embargo, deberías hacerlo. Carlos
ha cambiado mucho desde que tuvo aque-
lla conversación contigo. Me preocupa.



Querida, siempre dije
que tenías alma de samaritana.

No te burles así.



Pero sí es para tomarlo a
risa. Carlos ha tenido un
desengaño pero ya se le pa-
sará. Un amor contrariado
no tiene por qué marcarle
toda la vida.



A lo mejor, Carlos es de
esas personas que se
enamoran de una vez y
para siempre.

Aunque no sean correspon-
didos. Aunque la persona
elegida no merezca el sen-
timiento que ha inspirado.

Yo no creo que exista
ese tipo de amor. No
en esta época.



Hay muchas cosas en las que
tú no crees.



¡Basta de sermones! ¡Vamos
a brindar!

Porque te vaya muy bien en Buenos Ai-
res.
Porque encuentres el amor.



Sí, pero no demasiado pronto. En todo
caso, que sea un millonario...



Buenos Aires, visto desde lejos, es una
gigantesca caja de maravillas, que parece
estar esperando solo que lleguemos para
descubrirnos uno a uno sus fantásticos
secretos.



Pero una vez que se vive en ella, la pe-
rimos como una ciudad como tantas,
con su belleza y su fealdad, fría de a
ratos y en otros momentos terriblemen-
te cálida.

(Una hermosa ciudad, muy fácil de
querer aunque no siempre se nos
presenta como amiga...)



Carola aprendió muy pronto a vivir en
Buenos Aires. Se acostumbró al ritmo en-
loquecido de sus mediodías, que contras-
taba con la pesada tranquilidad de su
pueblo natal.



Se acostumbró al calor sofocante y sin tregua de los veranos. A vivir el día de un tirón, sin detenerse en la siesta, que es un rito irremplazable para muchos provincianos.



Sólo los fines de semana eran para ella un remanso. Se despertaba entonces del papel de empleada y se convertía por unas horas en Cienicienta.



Salir, bailar, divertirse. Esa había sido la causa principal que la llevara a irse de su pueblo.



Pasaba su tiempo muy ocupada. Aún así, a veces escribía a sus amigas. En todas sus cartas contaba maravillas de los sitios a los que iba y los hombres que conocía.



"Los muchachos de aquí son mucho más divertidos. Te llevan a bailar, salen contigo, y no se les ocurre ponerse en el papel de novios, como me pasó con Carlos."



Con el correr del tiempo, las cartas a su pueblo fueron espaciándose hasta llegar a suspenderse por completo. También los sueños de Carola cambiaron fundamentalmente.



Hacía ya diez años que estaba en Buenos Aires. Durante ese lapso, su situación sentimental no había variado demasiado. Apenas le quedaba el recuerdo de muchas horas vacías y alguno que otro intento de noviazgo que, no sabía por qué, no prosperaba.



(Tal vez no nací para el matrimonio...)



Pero se negaba a esa posibilidad. En realidad, comenzaba a pesarle su situación.

(Antes no quise comprometerme porque era demasiado joven. Ahora me siento vieja para todo.)



No lo era, sin embargo. Acababa de cumplir treinta y seis años.

(Pero para comenzar una nueva etapa tal vez sea demasiado tarde...)



Atravesaba por esa prolongada crisis cuando conoció a Fabián.



El se sintió atraído por la belleza de Carola, que se había acentuado con los años. Ella supo descubrir en Fabián desde la primera mirada, al hombre distinguido que siempre había estado esperando.



De pronto se sintió capaz de compartirlo todo con él. Se vio de nuevo joven; supo que se animaría a comenzar una nueva vida apenas Fabián le propusiera matrimonio.



(Porque va a proponérmelo...)

Pero el tiempo pasaba y lo tan esperado no se producía. Fabián era gentil, correcto, y parecía preferir su compañía a cualquier otra.

(Debe estar enamorado. En algún momento tendrá que hablarme de ello.)



Para que él se decidiera, Carola hizo lo indecible. Fue tierna, coqueta, dulce y cariñosa. Se hizo la orgullosa de a ratos, para después mostrarse mansa y comprensiva. Pero no tardó mucho en descubrir que en la suerte de amor que creía estar jugando no había adelantado un solo paso.



Hacia más de un año que se conocían y a Carola le resultaba muy difícil ya seguir confiando.

...era incomprensible.

¿Por qué?

Desde que te conocí has cambiado mucho.

Los seres humanos cambiamos cuando tenemos una razón.

Hubiera querido decirle: "Mi razón eres tú", pero se contuvo a tiempo.

¿Sabes por qué me sentí tan atraído por ti desde el primer momento?

Supongo que te gusté...

Porque comprendí que tenías mis mismos gustos, mi misma forma de pensar.

¿Cuál es tu forma de pensar?

Mírame. Tengo cuarenta y tres años y sigo divirtiéndome como cuando era un adolescente. He sabido, igual que tú llevar una vida despreocupada, sin arribar a ningún compromiso serio.

No creas que no me ha costado. Las mujeres, tarde o temprano, quieren atraparnos. Son extraños seres que nacen con mentalidad de esposas. Por eso me sentí feliz al encontrarte.

Una mujer hermosa, inteligente, que nunca había intentado pescar a ningún hombre. La camarada de fiestas y salidas que yo necesitaba. Pero...

Hizo una pausa. A Carola, algo amargo le vino a la mirada. Él había dicho solamente "camarada".

Pero qué...?

Poco a poco has ido cambiando. No sé por qué, pero tengo la impresión de que ahora eres otra mujer.

Una igual a las demás. Tratando de tender las redes para que un hombre incauto caiga en ellas. ¿Me equivocó?

De pronto tuvo una gran necesidad de ser sincera. Total, ya nada serviría para nada.

No.

No puedo comprender qué te ha pasado.

La respuesta era fácil. "Me enamoré de ti". Pero a veces ciertas frases se nos antojan definitivamente impronunciables.

No quiso volver sobre el asunto. Permaneció callada durante todo el trayecto, y cuando él se despidió, aún con aire de no comprenderla bien, ella le tuvo un poco de lástima.

Llévame a casa.

(Es tan tonto y vacío como yo hace algún tiempo...)



Se quedó después de aquello más sola que nunca. Ni siquiera su gran orgullo lograda salvarla.



Un día hacia el final del año, tuvo de pronto una enorme necesidad de volver a su pueblo. Nunca lo había hecho desde que se marchara, y comprendía que muchas cosas debían haber cambiado fundamentalmente.



Pero no se detuvo a analizar esa posibilidad. Obedeciendo a su impulso, preparó el viaje antes de darse tiempo para arrepentirse.

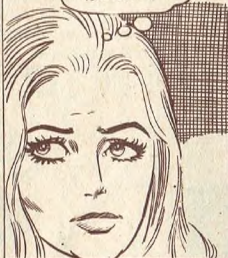


Los ojos se le humedecieron cuando enfrentó las viejas calles. La adolescencia, y una serie confusa de imágenes de ayer se le vinieron en tropel a la conciencia.



Se sorprendió entonces de la insistencia de un recuerdo.

(Carlos...)



La Marcela que acudió a su llamado era, tal vez como ella lo previera hacía más de diez años, una señora bastante rellenita, vestida sencillamente. Una apacible mujer con expresión plácida y feliz:



Hablaron mucho. En una hora, Marcela la puso al tanto de todas las novedades, a medida que ella le preguntaba.



¿Silvia?

Casada. Tiene una nena. Pero cuéntame de ti.



De ella había muy poco que contar. En cambio, su curiosidad era insaciable. Pero un pudor extraño le impedía preguntar por Carlos.

(Silvia me dijo en una oportunidad que tal vez fuera hombre de un solo amor... Y él me confesó aquella noche que lo suyo era para toda la vida...)



Poco a poco, una pequeña ilusión le fue entibiando el alma como un sol recién amanecido.

(Tal vez, todavía...)

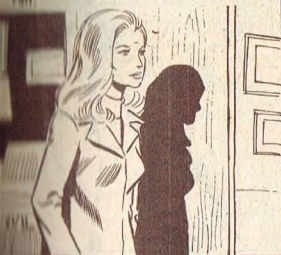


Pero once años es demasiado tiempo. No se había atrevido aún a preguntar cuando sonó el timbre.

Espera...



Oyó la voz, y una violenta emoción le arrojó la garganta. Despacio, se fue acercando al hall sin que ellos lo notaran.



Entonces lo vio. Un poco más viejo, un poco más cansado. Algo, que no sabía si era amor o el peso insoportable de aquella soledad de años, le humedeció la mirada.



¿Cómo tan temprano?

Carlos se asomaba a la puerta y llamaba hacia afuera.

¡Silvia! Está insoportable. No hizo más que preguntar si faltaba mucho para venir a lo de su tía Marcela, y ahora se queda afuera.



Probablemente se encontró en el jardín con mi hija. La estaba esperando. ¿Y tu mujer?



Ya sabes como es Silvia. Tarda horas en arreglarse. Traje a la nena y vuelvo a buscarla. ¿Estás con gente?

Carola avanzó un paso, un poco a ciegas.



Ya me iba.

¡Tú!

De alguna manera, se despidió y salió. Sin importarle el asombro de Carlos y la mirada un poco compasiva de Marcela.



Sí. Vine a arreglar unos asuntos urgentes, y no iba a marcharme sin ver a Marcela. Pero me dieron poco tiempo en la oficina. Mi tren sale a las diez.



Durante el viaje de regreso, llegó a una amarga conclusión.

(Ni siquiera fue amor esa fugaz ilusión con Carlos. En realidad, él estuvo siempre muy lejos de mi espíritu...)



Fra muy tarde cuando llegó a su casa. Entró tratando de no hacer ruido. Alquilaba un departamento a medias con una compañera y no quería molestarla.



Pero ella estaba despierta.



¡Por fin! Yo no sabía que ibas a volver hoy, y ese maldito teléfono ha sonado tantas veces que estaba enloquecida.

¿Quién llamó?

Fabían.



El dichoso Fabián. Está tan desesperado que me ha repetido hasta el cansancio lo que quiere decirte, para el caso de que no logre comunicarse esta noche contigo.



Fabián. Hasta un momento atrás, un mal recuerdo. Una campanita extraña, con un tañido opaco que se volvía brillante por momentos, empezó a sonarle con claridad dentro del pecho.



¿Y qué es lo que quiere decirme?

Un montón de tonterías, inexplicables en un hombre de su edad. Parecía un adolescente.



¿Pero qué decía?

Que te ama. Que se había equivocado contigo. Que desde que no te ve, no vive, no come, no duerme. Que quiere casarse lo más pronto posible. ¿No te parece ridículo?



Trató de imaginar la voz de Fabián diciendo todas esas cosas que ella había esperado en vano tanto tiempo. Una suave humedad le nubló la mirada.

Sí. Realmente debe haber sonado bastante ridículo.



¿Qué haces?



Lo llamo. Para contestarle que sí. Para que me diga a mí todo ese montón de tonterías que me vuelven a la vida.

Claro. El amor a la edad de ellos debía ser serio, reposado, tranquilo. Pero no hay varias clases de amor para que uno pueda elegir el que más le gusta. Es uno solo, incomparable, que nos rejuvenece el corazón hasta volvernos casi adolescentes.



Fin

UN POCO DE BUEN HUMOR



-Te aseguro, querida, que ahora
no van a tocar más la guitarra...



-Hoy encontré al administrador de
créditos más simpático de mi vida.

APRENDA A EMBALSAMAR DISECAR - TAXIDERMIA

Por primera vez en Sud América se ofrece la enseñanza de la más apasionante de las profesiones; el curso comprende desde la preparación de las **Momias del Antiguo Egipto**, para llegar en seis apasionantes capítulos a los más modernos métodos de **Taxidermia**.

Clases personales y por correspondencia a nivel profesional. El INSTITUTO SUPERIOR DE TAXIDERMIA Y CONSERVACION, primero y único en Sud América, le garantiza la enseñanza y remite a los Alumnos el instrumental necesario para el ejercicio de la profesión SIN CARGO ALGUNO.

INSTITUTO SUPERIOR DE TAXIDERMIA Y CONSERVACION

Fundado el 20-6-70

Sede: Avda. Sáenz 737 - Capital
Casilla de Correo 1 - Suc. 24.

Nombre

Domicilio

Localidad

Provincia

Director: Pr. Jorge Ismael García

LA NIEVE GRIS, LA NIEVE BLANCA

Por JOSE LUIS AREVALO

Dibujos de HAUPT

Hoy me he mirado en el espejo. Y he notado que mi cabello ya no es renegrido como antes e, incluso, es mucho menos. Claro, la nieve gris del tiempo le ha ido lloviendo día a día, hora a hora, hasta hacerse sentir.



Me acerco a la ventana y miro a la calle. Se ha puesto blanca, por la nieve. Son las primeras nevadas de octubre, claro. De a ratos pasa gente. Es el atardecer. Y en este sitio los atardeceres de octubre suelen ser tan especiales...



Me sirvo una copa de cognac. Voy hasta mi mesa de trabajo. Enciendo mi pipa. Miro alternativamente la estufa donde crepitan graves leños y la ventana cuyos parantes albergan nieve en pequeños montículos.



Es octubre. Está nevando y atardece.



Como en aquel octubre...

(Como en aquel septiembre... en Varsovia..., mi amada Varsovia...)



Inundaron a Varsovia con sus fusiles y sus brazaletes rojos en el brazo izquierdo. Eran muchos. Yo les miraba desde la ventana de mi apartamento pequeño.



Soldados nazis. Que hacían llorar a mi Varsovia tiñendo su blanca nieve en rojo. No sé. Nunca pude entender a los que hacen las guerras.



Nunca las pude entender porque soy escritor de poemas. Y son sublimes para mí los pájaros y los niños, son hermosas las flores y dulces los ancianos, porque la nieve es para mí la pureza del cielo y el amor la redención de los hombres.



Y pasaban ellos. Con sus fusiles cargados. Yo los observaba con mis impotentes poemas amontonados sobre mi mesa. Ellos con las gargantas inflamadas de gritos de odio primero y de victoria después. Yo con la vida envuelta en un silencio atroz que añoraba las palomas en la plaza.



Y ahora mi Varsovia, mi amada Varsovia estaba triste. Y llorosa. Y su llanto era el mío y su pena mi pena. ¿Qué podía hacer un simple poeta por entonces? ¿De qué podía servir para defenderla? Era un atardecer como el de hoy y nevaba.





(¡Van a alcanzarme...!
¡Comienzan a faltarme
las fuerzas...!)



La vi desde mi ventana. Y
mi sorpresa fue mayúscu-
la. Estaba allí, con su de-
sesperación, su cansancio
y todo su miedo acumula-
do...

(¡Dios...! ¡Esa muchacha...!
¡Yo...!)



No lejos...

¡Debe haber tomado por esa ca-
llejuela...! ¡No puede escapar!



Falta verlos, desde mi posición. Fal-
tan pocos metros para que llegaran a la
esquina. Ella estaba cerca de mi puerta.

(¡Es a ella a quien siguen...! ¡La atra-
parán...!)



No dudé un segundo. Decenas de ideas
y circunstancias se me cruzaron por
la mente en un momento. Llegué ha-
sta mi puerta. Abrí.

Muchacha...



Entendí mi señal. Entré. Cerré inmediata-
mente la puerta tras ella.

Ven conmigo. Arriba estarás mejor.



Subió. Desde la ventana los vi acer-
carse presurosos hurgando con sus
miradas frías hacia adelante.



¡Hacia allá...! ¡Debe haber doblado...!
¡No escaparé...!



Fue un instante. Finalmente suspiré con más
alivio.

Se van. Siguen. Ni siquiera han imaginado que
estás aquí.



Me volví hacia ella. Estaba contra la pa-
red, con sus ojos tiernos y miedosos,
respirando con cierta agitación. Vestía
ropas caras y sus rasgos eran finos y
aristocráticos.



Traté de tranquilizarla. Y para
ello lo mejor era mostrar calma.

Siéntate. Te servirá un poco
de café caliente. Suele hacer
bien en estos momentos.



Le acerqué el tazón humean-
te. Sus profundos ojos ver-
des se habían clavado en mí.
Bebió un sorbo. Sonrió le-
vemente mostrando aún he-
rillas de su miedo.



Gracias.



Se notaba en la voz que era una paloma rezagada bajo la tormenta, condenada a muerte, a quien un burdo gorrión le ofrece el nido.

Mi nombre es Vladislav. Soy escritor.

Me llamo Katia.

Está nevando y es octubre. Y atardece. He visto en el espejo mis sienes que comienzan a teñirse de gris. Esta tarde me llena de recuerdos. Claro, del atardecer aquel ya se cumplen veinte años.

La copa de cognac es un juguete transparente en mi mano. Sigue nevando afuera.

(Katia...)

Te seguían a ti.

Sí. A mí.

Soy la hija del alcalde de Varsovia. Los nazis persiguen a todos los de la familia. Para ejecutarlos.

Mis padres fueron prendidos ayer, en nuestra casa de campo. Yo estaba aquí, en Varsovia estudio. Fueron a buscarme pero alcancé a escapar. Me perseguían. Así fue como pasé frente a su puerta.

Bebió el café. Entornó los párpados y quedó en silencio. Y la miré. Y recordé un poema que escribí semiborracho una noche, meses antes.

("Porque tus ojos son verdes y tu sonrisa alegre... y tienes el brillo de la estrella más cercana, la estrella inalcanzable que miro por las noches...")

Como si se la hubiera tragado la tierra. Pero en algún lugar de Varsovia debe estar. Y tarde o temprano la encontraremos. Solamente ella falta de la familia.

Sí. Malos tiempos por Varsovia. Hoy sé que nunca más verá sus cúpulas y sus campanarios, nunca más sus palomas y su gente.

Veo esta nieve. Inmensamente blanca. Parecida a otras del mundo, seguramente. Pero no, no es idéntica a la que cubriría a Varsovia en aquel tiempo. No. No son iguales.

Se puso de pie. Y me asombró el gesto.

Es mejor que me vaya. Será un compromiso para ti. Ellos...

¿Irte...?

Sí. Ellos me buscan. Me salvaste la vida ahora. Pero no sería justo que cuando me encuentren también te lleven y...

Pero no. Un poema escrito aquella noche de borrachera, tiempo atrás, siguió golpeándome en las sienes diciéndome...

("... y que sé que nunca llegaré a tocarla. Porque tu cabello es rubio como el trigo de mi comarca...")

...por eso...

No, de ningún modo. Sola, en medio de Varsovia te atraparían pronto, y todo lo hecho sería inútil.



Esta noche estarás segura aquí. Después veremos qué se hace para que huyas definitivamente. Ya son las nueve de la noche...



Si. Ya son las nueve. El viejo reloj de la plaza cercana acaba de quebrar mis recuerdos con esas campanadas con gusto a bronce a las que me he ido acostumbrando poco a poco.

(Las nueve...)



Se quedó. Yo agregaba unos leños más a la chimenea porque la noche era fría. El invierno de Polonia es helado.



Cuando la observé estaba mirando mis papeles, nuevos y antiguos, escritos, sobre la mesa.

Escribes poemas...

Ah.



Había más de una treintena de mis versos. Pero elegí uno. Precisamente ése. ¡Ah...!, cosa extraña el destino!



De haber estado por la calle la hubiésemos encontrado. O sea que se deduce que se escondió en alguna parte.



¿Y qué piensas hacer? ¡No debo escapar...!

De ningún modo.



Tan pronto como llegue la madrugada llenaré la ciudad de patrulla. Requisaremos casa por casa. En algún lado debe estar. Y tan pronto como sea hallada la ejecutaremos. Y a quienes la encubrieron.



"... porque tu risa es fácil, inocente, extraña, porque todas las flores se me ocurren blancas cuando tú las tocas y les das el alma..."



... porque veo en tu cuerpo niños de la plaza pronto se me ocurre que mi corazón te ama y sé solamente que te llamas... Katia".



Su rostro se puso feliz.

Es un poema hermoso. Y lleva mi nombre: Katia. ¿Por qué lo escribiste? ¿Para quién? ¡Hay tantas Katia en Polonia...!

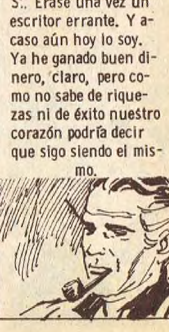


Nos esperaba una larga noche por delante. Y mi corazón estaba de ganas de contarle aunque después... ¿es que siempre debe importar el "después"?

Fue como en los cuentos. Erase una vez un poeta errante...



Si. Erase una vez un escritor errante. Y acaso aún hoy lo soy. Ya he ganado buen dinero, claro, pero como no sabe de riquezas ni de éxito nuestro corazón podría decir que sigo siendo el mismo.



Y se lo conté. Porque no habría, de no hacerlo, un nuevo momento para el relato. Y la noche de Varsovia, esa noche precisamente se me ocurría tan definitiva...



Hace un tiempo, me invitaron a una fiesta en una residencia diplomática. Para artistas. Fui con mis ropas mejores que no dejaban por eso de ser viejas y algo raídas.



Todo era boato y lujo en ese sitio. Me recliné en un rincón, con un amigo, pintor. Bebíamos cognac. Me sentía incómodo en ese sitio, como fuera de lugar. Todos vestían elegantemente y estaban acostumbrados a esas recepciones.



De pronto vi a una muchacha. Bailaba alegremente con oficiales de gran porte. Tenía el pelo rubio y los ojos verdes. Alguna vez describí a alguien así en mis poemas trasnochados.



Comenzaremos por el lado sur. Si alguien no les abre, tiren la puerta abajo.

Y otra vez los pasos secos que inundan Varsovia estampan marcas en la nieve de las calles.



Era esplendorosa. Su belleza resaltaba sobre la de las demás. Y al mismo tiempo la sentí tan lejana... Un poeta simple no podía aspirar al amor de mujer semejante. Pero así y todo quise saber quién era.



Lo averigüé antes de salir. Y volví a éste, mi reducido soñador. Y tomé una botella de cognac y repetí su nombre. Y escribí el poema que tienes en las manos. Y desde ese momento sentí que conocía el amor.



¿Y esa muchacha...?

Me dijeron que era la hija del alcalde. Que se llamaba Katia. Eras tú.



Esa noche escribí el poema que has leído. Y desde entonces he soñado con tus ojos, con tu pelo, con tu termura. Por eso, cuando te vi correr desde la ventana, no dudé un instante, tenía que ayudarte.



Yo... Vladislav...



Los pasos que siguen crepitando sobre las calles de Varsovia...



Iba amaneciendo lentamente...

Seguiremos por la otra cuadra.



Katia...



Todos me adularon. Todos admiraban mi belleza. Pero ninguno fue capaz de escribir un poema para mí. Y siento que comienzo también a amarle, Vladislav...



También se hizo madrugada en aquella. El tiempo pasó tan rápido tenía en mis brazos...

Amanece, mi amor...



Debiste comprender que sólo un poeta loco puede amar los imposibles. Debiste entender que en cada verso los escritores vamos muriendo un poco.



Me acerqué a la ventana. Sentía ruidos raros. Desde mi ubicación logré ver que en la otra calle los del ejército requisaban casa por casa.

(¡Ellos...!)



Ya está amaneciendo aquí. Ni me he dado cuenta. Ni sé siquiera las copas de cognac que me he tomado. ¿Muchas...? Tal vez. Pero nunca tantas como para ahogar los recuerdos.



Tenemos que escapar de aquí. Alejarnos de Varsovia...

¿Irnos...? ¿Cómo...?



Me llegué de un salto hasta la parte superior de la chimenea donde los leños ya eran despojos. Tomé las armas que algunas vez fueron de mi abuelo.



Mi abuelo y mi padre me enseñaron a usarlas. Hay cartuchos. Servirán en la huida.



Yo odiaba la guerra y nunca se me ocurrió tomar un arma. Pero el amor, ¡oh, el amor!, cuántas veces nos hace resucitar energías dormidas o sensaciones muertas.

Detrás de la casa hay un viejo auto. Aún funciona. Y correr hasta la frontera. Creo que hay nafta suficiente.



Confíemos en Dios. La felicidad está en alguna parte. Corramos hacia ella o moriremos juntos. En uno u otro caso estaremos los dos, unidos...



Rato después llegaron a la casa.

¡Nadie abre...! ¡A voltear la puerta...!



Hmmm..., nadie...



Tomó el pañuelo como si fuera la victoria.
Este pañuelo... de ella. Tiene sus iniciales... Estuvo aquí. Y ha escapado.



Leños encendidos... No puede estar lejos... ¡Vamos!



Ya habrán empezado a perseguirnos...

Tal vez...



La nieve era más fría que en la ciudad. Pero no la sentíamos. Había algo dentro que nos brindaba calor para seguir.



No estamos lejos de la salvación, Katia. ¿Sabes lo que nos espera?

Se abrazó a mí más que nunca.

Sí, amor. La felicidad.



¡Allá...! ¡Aquel punto...! ¡No nos equivocamos al seguir sus huellas!



¡Fuego...!

¡Ellos...!



De pronto me di cuenta que se terminaba la nafta. Faltaba poco. Las balas silbaban cerca y en cualquier momento podía ser el final.

¡Animo...!



Los disparos continuaban. Ellos estaban cada vez más cerca. Enfilé hacia las rocas con mi escopeta, mis pistolas y los cartuchos. Era la última oportunidad que estaba dispuesto a luchar hasta el final...

Descendimos de un salto. Trepé a las rocas... Tendría un buen sitio para recibirlos.

La escopeta de dos caños escupió furiosa sus cartuchos. Y el oficial que venía al frente fue de los primeros en caer.

¡Aaaaauuggg...!

Pero los otros seguían avanzando. Estaban a unos cincuenta metros. Recargué la escopeta con desesperación. Volví a disparar... Era mi felicidad y la de Katia la que estaba en juego.

¡Malditos asesinos...!
¡Perros...!

¡BRAMM!

Y cuando se me venían encima, la escopeta mis ma me sirvió como defensa, aún sin cartuchos...

Y cuando se me venían encima, la escopeta mis ma me sirvió como defensa, aún sin cartuchos...

¡Aaagggggg!

Los otros ya iban a terminar conmigo y por supuesto con Katia. Fue cuando oí disparos que caían sobre ellos como una lluvia...

¡Pero...!

Sí. Eran resistentes que llegaban. Los guerrilleros que peleaban por Polonia.

¡Eeeeeaaa!

La llegada de esos hombres, significaba el final de la patrulla, y a la vez el principio de mi felicidad con Katia... con Katia...

Katia...

Amor... ¡tómame la mano... estoy herida... hoy cuando nos dispararon... Sentí un fuego en la espalda... un balazo...

¡Katia...! ¡Por Dios...!

Sentí la sangre caliente que se confundía con la nieve blanca. Estaba herida y me asaltó el miedo de saber que la perdía...

¡Por favor... no me dejes... te amo, Katia...!

Escúcheme...

Hoy me he mirado al espejo. Y he visto que la nieve blanca ya no es la de Varsovia, pero cubre las calles en París. La nieve gris ya se hace presente en mi cabello que tiende a ser poco.

He recordado el tiempo de hace veinte años. Cuando estaba en Polonia y miraba la plaza y escribía poemas. Y por supuesto aquel para Katia, que nunca rescaté pero que me sé de memoria... Katia...

...la amor... Me extraño que no vinieras a visitarte. Es ya casi de día.



Agacho la cabeza y le acaricio el pelo, y la beso en la frente.



He estado recordando lo sucedido hace veinte años. Cuando escapamos de Varsovia para vivir nuestro amor. Cuando nos persiguieron. Cuando aquella bala te hirió en la espalda y gracias a los guerrilleros que en su campamento tenían un médico pudieron salvarte la vida.

...la vida... Pero quedé inválida. Te enamoraste de mi hermosura, y hoy tienes una mujer que...



No la dejo continuar.

Tengo tu amor, tu sonrisa, tu dulzura. ¿Hace falta más? Te amaré toda la vida. Y ahora vuelve a la cama. Quiero escribir algo antes de ir a dormir.



¿Algo...?

Sí. Un poema para ti.



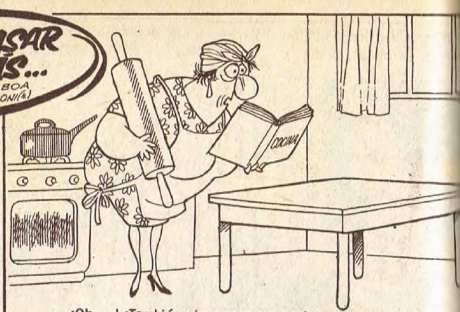
...me he mirado en el espejo. Y he visto que la nieve gris comienza a platear mi cabeza. Y he recordado la nieve blanca de Varsovia. Y he comprendido que soy feliz. Muy feliz.



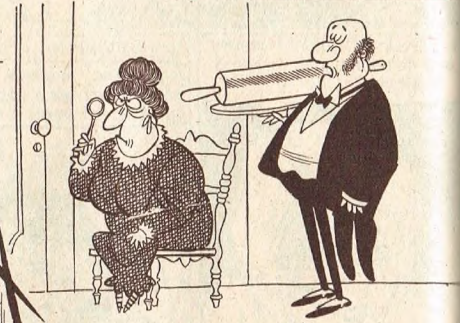
FIN

**PARA AMASAR
Y ALGO MÁS...**

TEXTO: INÉS VILABOA
DIBUJOS: FERRONIA



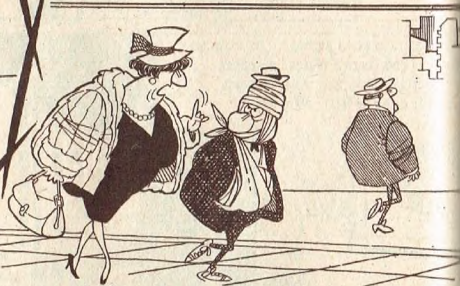
-¡Oh...! ¡También sirve para amasar!



-El palo, mi lady.



-¡Oh, disculpe! ¡Creí que era mi esposa!



-¡Qué tanto aclarar que fue un accidente! ¡Como si yo fuera capaz de dejarte así...!



-¡Podías haberme avisado que no saldrías anoche!



-No le avise, quiero darle una sorpresa.

LA MUERTE MONTABA UN CABALLO BLANCO

Por EDUARDO B. COSTA

Dibujos de EYRÉ

...taban las hogueras iluminando el con-
...no. Los gitanos reían y cantaban alrede-
...del fuego. Era la ancestral Noche de los
...en la España de 1935.



...rte se acercó a Estrella con el vaso de
...vino.
...o, Estrella. Dentro de este vino dulce
...ambriagador se esconde mi espíritu. Be-
...de mi espíritu.



Se festejaban los amores de Estrella y Za-
rife. El, como el fuego de las hogueras.
Ella, taciturna.



Palabras rituales. Estrella tomó el vaso con
vino. Bebió un sorbo.

Bebe más, mucho más, Estrella.



La música ensordecía, mientras el vino
corría de mano en mano. Pronto Estrella
y Zarife se casarían. La Noche de los No-
vios, misteriosa liturgia venía de
tiempos inmemoriales.



Nada sabrás de mi espíritu si lo bebes en
un sorbo.



...estrella no lo miró
...frente. Tampoco
...Hubo un lar-
...silencio. Intran-
...itante. Por un
...mento dio la im-
...sión de que todo
...vasto contorno
...la llanura se in-
...vilizaba.



Maruska murmuró por lo bajo, los ojos relampagueantes de esperanza.

(No lo quiere. Esa es la verdad. Estrella no lo quiere.)



¿Qué es lo que te ocurre, Estrella?

Nada. Es un presentimiento atroz.



Murmuraron los gitanos, asustados, la superstición atávica. La novia había dicho: "Es un presentimiento atroz".

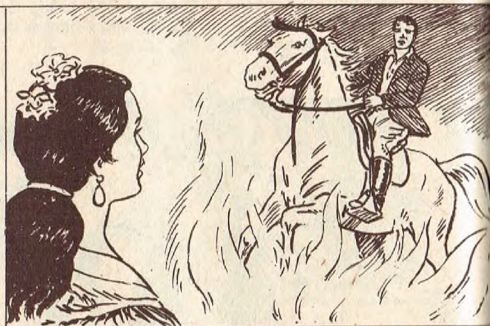


Presentimiento, ¿de qué?

¡De muerte, Zaribe!



Alzó el rostro. Clavó sus ojos azorados más allá del círculo. La violácea iluminación de las llamas dio de lleno sobre el formidable caballo blanco.



Gritó Estrella conmovida, asustada:

¡Miren!



Allí estaba él montado en su caballo blanco.

¡Me... muero...! ¡Ayú... denme...!



Cayó el vaso de la mano de Estrella. El espíritu de Zaribe se había desparado por el suelo. El fuego crepitante de las hogueras pareció avisarse.



El jinete se desplomó al suelo. Los gitanos quedaron paralizados. Nunca había sido perturbada la Noche de los Novios. El que primero reaccionó fue Zaribe. Se arrojó junto al caído.



Este hombre está herido.

Soy inocente... soy inocente... Ayúdenme... No... me... entreguen...



Hay que llevarlo a la ciudad. Puede morir.

No... no... Me mata... rán... Tened... sed...



Le dieron de beber, mientras Estrella con su pañuelo trataba de limpiar la sangre que tenía en la frente.

Creo que ha recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Sí... Sí... En la cabeza... Me pasará. Quisieron... matar... me...

Lo alzaron y lo llevaron hasta la carpa de los padres de Estrella. El herido seguía murmurando desesperadamente:

Soy... inocente... Soy... inocente...

Se desmayó. Hubo desconsuelo. No sabían qué hacer. Desde hacía más de tres meses habían acampado en las afueras de Murcia y se sentían a gusto allí. Temían, ahora, que llevar a ese desconocido al centro de la ciudad, herido, pudiera traerles trastornos.

Tratemos de curar a este hombre. Pienso que su herida es superficial.

El herido se aferró con fuerza a una de las manos de Estrella. Una extraña sensación recorrió el cuerpo de la linda gitana.

Pronto... estaré... bien... Cuideme... La ciudad, no...

Ahora, después del desmayo, hablaba con mayor seguridad. No manaba más sangre. Sus mejillas empezaban a colorearse.

Me arroja... ron... una... piedra... me dieron... en la cabeza... Ellos... Miserables asesinos... Los asesinos de siempre...

¿Quiénes?

¡La gente de... don Torrado...! Obedecen ciegamente a don Torrado... Don Torrado es... un mal... hombre... Se siente el dueño... absoluto... del pueblo.

Los viejos y jóvenes rodearon a Zaribe. Se la consideraba el hombre prudente. Era especie de "rey" dentro de la tribu.

Lo ayudaremos. El espíritu de nuestra gente es ayudar. Cumpliremos aunque los riesgos sean muchos.

¿Y si es un asesino, Zaribe?



Estrella terció airadamente:

Siempre sospechando de los demás, Maruska. El forastero es un hombre bueno. Y lo será hasta que no comprobemos lo contrario.



Zaribe se acercó al centro de las hogueras. Estaba triste. ¿Es que no se reanudarían los festejos de la Noche de los Novios?



Recogió del suelo el vaso. El vaso con vino del que Estrella sólo había bebido un sorbo. Estrella se le acercó por detrás.

Esperemos, Zaribe.



¿Qué es lo que hay que esperar, Estrella? Tus padres y los míos quieren que nos casemos. Para mí sería fea y triste la vida sin ti. Esa es mi verdad. ¿Cuál es la tuya?



¿Por qué tenemos que aceptar las costumbres de la tribu? ¿Por qué la Noche de los Novios es un ritual a veces vacío de emoción por su falta de sinceridad?



Beber el vino y después, ¿qué?

Entiendo. No me quieres. ¿Para qué esperar entonces? Si nunca beberás del vaso con vino, de ese vino en el que está el espíritu de mi amor.

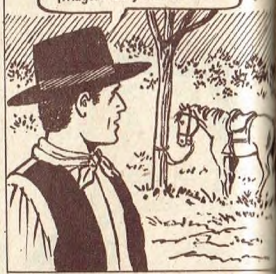


Amar con libertad, Zaribe. No amar por imposición. El amor muere si no es libre. Esperemos, Zaribe. Esperemos que yo tome por propia voluntad el vaso con vino. Y beba de él porque lo desee realmente.



Zaribe clavó sus ojos en el caballo blanco del forastero.

¡Magnífico y fiel caballo!



Que mi caballo se vaya de aquí. Si la gente de don Torrado lo viera, me descubriría enseguida.

Más recuperado, el jinete le decía a Maruska:



El caballo blanco fue espantado por los gitanos. Se alejó por el llano hasta perderse en la lejanía. El fuego de las fogatas se fue extinguendo. Ningún gitano pensó que la ceremonia atávica de la Noche de los Novios debía proseguir.



padres y los de Estrella miraron a Zaribe con pena.

Volveremos a encender las fogatas, correrá el buen vino algún día. Se oír música y la fiesta suprema nos llenará de goce los espíritus.



Maruska le dijo por lo bajo:

Tu vino de amor, Zaribe, no es para sus labios cerrados. ¡Mírame, terco! Mi mano está extendida para esperar tu mano.



Estrella es una estrella lejana que no está en tu cielo, empecinado. Yo soy de la tierra. Adherida al musgo, al pedrusco, al barro también, si lo deseas. Tu hoguera está en mi cuerpo, abrasándome.



Zaribe se marchó sin contestarle.

Vendrás a mí, cabeza dura y entonces mis humillaciones de ahora se convertirán en tus humillaciones de mañana.



Pronto el desconocido se repuso totalmente.

¿Cómo te llamas?

Pablo.



¿Qué piensas hacer ahora que te sientes fuerte?

Irse.



Había entrado sigilosamente a la carpa. Pablo forzó una sonrisa.

Necesito estar aquí un tiempo.



¿Por qué?

Don Torrado y su gente me acusan de un crimen que no cometí. Las circunstancias están en mi contra. Yo no soy capaz de matar a nadie. Don Torrado lo que desea es robarme mis tierras.



¿Cómo sé que usted está diciendo la verdad?

¡Zaribe, por favor!



Estamos buscando a un asesino.

Pocos días después los acontecimientos se precipitaron, hasta allí habían llegado sin Torrado y su gente. Duro, decidido el rostro de don Torrado.



Oyó Pablo a don Torrado. Instintivamente se abrazó a Estrella, como buscando protección.



Don Torrado fue rodeado por los gitanos silenciosos. Ellos tenían confianza en que Zaribe resolviera bien el problema.



Se trata de Pablo Arenas. Mato a mi hijo por la espalda. Es un criminal peligrosísimo.

Sus palabras no tuvieron respuesta.

Monta un caballo blanco. Es alto, delgado, simpático a primera vista. Las mujeres siempre se enamoran de él. Pablo Arenas no quiere a nadie.



El silencio se hizo ominoso, pesado.

¿Pueden ustedes ayudarme? Pablo Arenas ha matado a mi hijo. ¿Lo vieron por aquí? Huyó de la ciudad con una leve herida en la cabeza.



Pablo musitó desesperadamente junto al oído de Estrella:

¡Tengo miedo! ¡No quiero morir!



Tardó en responder Zaribe. Fueron segundos, pero parecieron siglos. Cuando lo hizo su voz fue impersonal.

Pierda cuidado, don Torrado. Lo ayudaremos en cuanto podamos. Nosotros somos gente de paz.



Cuente con nosotros.



¿Entonces ustedes no lo vieron pasar nada?

No, don Torrado. No lo vimos. No.



Se fueron. La caza del hombre continuaba. Zaribe entró a la carpa.

Gracias, muchas gracias, Zaribe.



Trató de recuperar la tranquilidad.

Don Torrado miente. Yo no maté a nadie. Me acusa de ese crimen para despojarme de mis tierras.



¿Realmente murió asesinado el hijo de don Torrado? ¡Respóndame!



la verdad. Ni lo asesinado, ni yo lo maté. El hijo de don Torrado era un delincuente. Lo mataron en una pelea en la que yo nada tuve que ver.



Por él nos tendremos que ir de aquí antes del fin de mes. El lo acusa; usted se defiende, nosotros no somos jueces.



¿Quiénes somos nosotros para juzgar, Estrella? ¿Si don Torrado hubiera dicho la verdad?



Estrella miró a Estrella. Después a Pablo Arenas. Los dos comprendieron esa mirada cargada de dudas, de premoniciones. Después Estrella salió de la cárcel. Las sombras de la noche comenzaban a cubrir la llanura. El viento sintió frío. Un día extraño.



Voy a decirte por qué no lo entregue. Conozco a don Torrado desde hace unos meses y nunca me gustó. Prepotente, autoritario, trató siempre de perjudicarme, lo mismo que su hijo.



Los jueces de Murcia tendrán que decidir. Debe presentarse a la justicia.

¡No... no...! Yo no sabría defenderme bien. Además no tengo dinero para abogados. Don Torrado terminaría por enredarme.



¡No! ¡No! ¡Es un miserable! Además odia a los gitanos. Lo sé muy bien. ¿Y ustedes van a ayudar a ese prepotente?



Vivir libremente como ustedes.

Con el correr del tiempo, Pablo Arenas comenzó a subyugar a esa gente con sus relatos fantásticos, sus ideas sobre el hombre y la vida. Estrella lo escuchaba con suma atención.



Es su terrible costumbre acusar, acusar sin pruebas. Para enfrentarnos a las autoridades del pueblo hace de esto unas semanas, nos quiso acusar de vagos, de ladrones, de tipos peligrosos.



Yo iré a la cárcel y él se quedará en tierras.

Tenemos que ayudarlo, Zaribe. Creo en don Torrado.



Los gitanos guardaron silencio. Estrella lo rompió.

Nadie de nosotros, Zaribe, quiere a don Torrado. Pensamos que es un hombre injusto.



Recorrer ciudades, conocer gente distinta, tener como techo el cielo, ah, qué bueno es todo eso. Usted, Estrella, me comprende mejor que nadie.



Trató de tomarle las manos a Pablo. Instintivamente Estrella las retiró.

Necesito compañía, querer, ser querido. Estoy harto de no tener nada.

¿No dice usted, a cada momento, que tiene propiedades?

No me entiendo. De no tener nada espiritualmente. De nada sirven las cosas materiales.

Quiso abrazarla. Estrella dio un paso atrás.

Creo que me voy a enamorar de usted, Estrella.

ro casarme, tener hijos.

Sería capaz de casarse con una gitana?

El amor es lo único que importa. Lo demás son tonterías. En cuanto salga de este pasajero atolado la llevaré a mi hacienda. Verá usted lo que es eso.

Zaribe estaba siempre al ataque. Ceñudo, enojado, los puños crispados.

¿Hasta cuándo se va a quedar con nosotros?

Necesito un tiempo más, Zaribe, compóndalo usted. Nunca he sido más feliz que ahora.

Tu madre te necesita, Estrella. Hay que preparar la comida. ¡Vamos!

Estrella enrojeció. Zaribe tragó saliva. Con ganas se hubiera abalanzado sobre Pablo Arenas.

La tomó de la mano y la arrastró casi, fuera de la carpa.

Me estás lastimando, Zaribe.

Tú me estás lastimando peor, Estrella. ¿Por qué coqueteas con ese sujeto?

Yo no coqueteo. Me encantan sus historias.

¡Son "historias"! ¡Nada más que "historias"! No me gusta ese tipo. Es para mí un "cuentero".

¡Son los celos, Zaribe! ¡Cuidado! No vaya a ser que cometan un error desgraciado por culpa de ellos. Pablo Arenas no es un asesino, ni nada que se le parezca. Es un hombre triste, sin suerte, ansioso de amor.

Zaribe perdió pronto la poca sensatez que le restaba.

¿Te ha dicho que se ha enamorado de ti y que se quiere casar contigo?

Sí. Lo ha dicho. Y muy en serio. Y seas mordaz.

ella se marchó corriendo, sin esperar a que Zaribe hablara.

(¡Maldición de sujeto!)



Maruska, grosera, infantilmente trataba de sacar de su camino a Estrella. En cuanto Zaribe se decepcionara de Estrella se casaría con ella.

¿Pero no te das cuenta? Don Torrado vendrá a matar a Pablo Arenas.

Hablaré con él.



Estrella no se dio por vencida. Mientras Zaribe iba en dirección a la ciudad, ella trató de ayudar a Pablo.

Hágalo por mí, Pablo. Yo quiero ayudarlo de verdad. Es el mejor camino a seguir. Además ahora no estará solo frente a quienes lo acusen.



Estoy segura de que ha ido a denunciar a Pablo.

¡Mientes!

No pudo contenerse por más tiempo. Zaribe fue a la ciudad a hacer averiguaciones con respecto a Pablo Arenas. Entonces Maruska aprovechó para provocar a Estrella.



Tontita, sé bien que los celos lo tienen chiflado. Tienes que salvar a Pablo Arenas. Te has enamorado de él. Escapen juntos antes de que sea demasiado tarde.

¿Qué dices, Maruska? ¿Estás loca?



Confiaba en que Pablo Arenas fuese un hombre sin culpas. Le habló con sinceridad.

Entréguese. Es lo mejor que puede hacer. Mis padres y yo lo acompañaremos. Algún día don Torrado lo encontrará y entonces será peor.



Estoy demasiado comprometido, Estrella. Los hechos fueron confusos. Temo que me condenen. Y yo no podría soportar la cárcel. Le juro por mi vida que soy inocente.



Zaribe recorrió muchas tabernas de la ciudad para acumular informaciones. Deseaba que le dijeran que Pablo Arenas era un vulgar asesino. Su corazón se había llenado de odio. Como "rey" de la tribu tenía que casarse con la más bella de las gitanas.



Y Estrella era la más linda de su tribu. Si no se casaba con Estrella, perdería ascendente entre los suyos. Eso lo llevaría inexorablemente por el camino de la humillación. Sintió una inmensa rabia cuando comprobó que nadie acusaba a Pablo Arenas.



"Don Torrado es un prepotente. Odia a Pablo. Ahora quiere acusarlo de un crimen al cual es ajeno. El hijo de don Torrado halló la muerte que merecía. Pablo nada tiene que ver con ese crimen."



Así podían resumirse las informaciones recogidas aquí y allá. "No sé por qué razón Pablo Arenas está prófugo. Tiene que enfrentar a la justicia con valentía. No lo podrán acusar jamás". Mientras regresaba al acampado, la rabia de Zaribe crecía.



De nada podía acusarlo. Pero, ¿y si la gente se equivocaba? Entonces decidió denunciarlo a la policía. Una determinación repentina que le hizo desandar el camino emprendido hacia el acampado de su tribu. Se sintió como un delator.



Temía que Estrella terminase enamorándose de ese misterioso forastero. Cuando llegó con la policía, recibió la inesperada noticia por parte de Maruska.

Estrella y Pablo se fueron.



La sangre hirvió en las venas de Zaribe. A Maruska le gustó verlo angustiado. Era su venganza. Zaribe la había desafiado.

Estrella y Pablo se fueron a la ciudad. Pablo se va a entregar a la policía. Estrella lo convenció.



Una hora más tarde Estrella regresaba. El rostro pálido, demudado, reflejando su angustia. Zaribe corrió hacia ella desesperado.



Será juzgado, Zaribe. Tengo fe. El es inocente. Me sentí un poco culpable. Le gusta ser libre, andar por los caminos. Por sus venas corre sangre de gitanos. Su abuelo se casó con una de las nuestras. Hoy es el día más triste de mi vida.



Se fue sin esperar respuesta de Zaribe.

¿Te das cuenta, Zaribe? Se ha enamorado del forastero misterioso. Ya has perdido para siempre. Mírame, Zaribe: yo te quiero de verdad.



Zaribe en sus pocas palabras subrayó su inmensa rabia:

¡Estrella ha nacido para ser la esposa de un "rey" y yo soy un "rey"!



El juicio se hizo largo, confuso. Las pruebas empezaron a acumularse en contra de Pablo Arenas. Pero él seguía afirmando su inocencia. Mientras tanto Zaribe impuso a los padres de Estrella que él deseaba casarse con ella lo más pronto posible.



Los padres, viejos gitanos respetuosos, los atavimos, exigieron a su hija que se apartara de casarse con el "rey" joven, tal como se le decía a Zaribe. Intentó resistir, pero no pudo.



También a Estrella la dominaban los atavismos y accedió. Dolorida, con el alma puesta lejos de allí. Otra vez se encendieron las hogueras de la Noche de los Novios. El fuego violáceo iluminó el contorno dibujando sombras tristes. Tan tristes como el corazón de Estrella.



¡Estás desafiando al destino, Zaribe! Ella no quiere.

Lo que importa es que yo la quiero. Mi amor bastará para los dos.

Zaribe resplandecía de alegría. Maruska le dijo cargada de sentimientos:



...le se acercó con el vaso de vino. Lo llevaba en la mano izquierda, la mano sensible del corazón.

¿Qué te ocurre, Estrella?

Nada. Es un presentimiento atroz.

Alzó el rostro. Clavó sus ojos más allá del círculo. La violácea iluminación de las llamas dio de lleno sobre el formidable caballo blanco. Gritó Estrella conmovida:

¡Es él!

Pablo Arenas desmontó. Entró como una tromba en el círculo de las hogueras.

Me han dejado en libertad, Estrella. Soy inocente. El verdadero asesino del hijo de don Torrado ha sido detenido hoy.

Pablo Arenas tomó un vaso de vino y se lo ofreció a Estrella. Ella alargó su mano izquierda dichosa, transformada, radiante. Se oyó entonces el grito de Zaribe:

¡No! ¡Nunca! ¡Yo soy el "rey"!

Se abalanzó sobre Pablo navaja en mano. Enloquecido. Estrella desesperada se interpuso entre los dos. Primero trastabilló, después cayó de bruces herida.

Zaribe, engeguado por el odio y humillado, cobardemente huyó. Montó en un caballo y se perdió lejos, muy lejos. Pablo se arrojó junto a Estrella.

¡Per... donen... a... Zaribe...!

No murió Estrella. La herida no había sido tan profunda como se creyó en un principio. Rápidamente se fue recuperando.

No se puede imponer la voluntad propia a los demás.

Los sentimientos son sagrados.

Tardó en conocerse noticias de Zaribe. Hasta que un día alguien atestiguó que Zaribe había muerto en una pendeñicia llevado por su duro carácter.

Llevó una vida equivocada. Así tenía que terminar.

Pablo Arenas se hizo gitano porque tenía sangre de gitanos. Y en la llanura de Murcia otra vez las hogueras se encendieron, retó el cántico antiguo y corrió de mano en mano generoso el buen vino.



Carlos
SWE

Noche de los Novios. La mano izquierda, mano sensible del corazón, se extendió con el vaso de vino. Pablo se lo ofreció a Estrella. Y Estrella, también, lo tomó con su mano izquierda. Entonces la violácea iluminación de las llamas dio de lleno en el formidable caballo blanco. Con él había llegado Pablo al amor.



FIN

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ.

FIN DEL VERANO

Dibujos de KLACIK

Verano de 1960. Debía rendir en marzo inglés y matemáticas y mis vacaciones estaban supeditadas al avance que hiciera entonces en mis estudios.

Planeábamos irnos a Mar del Plata todo el mes de febrero, pero de improvisto papá tuvo que viajar a Roma, enviado por la empresa de máquinas de estampar en donde era jefe de diseño.



Mamá y yo decidimos entonces trasladarnos a "La Fontana", la pequeña casa que teníamos en una isla del Tigre. Es difícil definirse a sí mismo. Entonces era un muchacho de 17 años para quien lo más importante era ganar un partido de pelota o un certamen de natación.



Es pesado estudiar en verano, pero el mundo limitado de la isla obligaba a volcarme en los libros para entretenerme, menos los sábados y domingos, cuando todos los rincones del Delta se llenaban de gente.



Siempre teníamos vecinos nuevos pues las casas se alquilaban y se volvían a alquilar cada temporada. Ese año vino a vivir cerca una familia de cuyo hijo me hice amigo. Se llamaba Osvaldo Fuentes.



Osvaldo y sus padres y sus hermanos venían al Tigre solamente los fines de semana. Tenían una lancha magnífica con la que se podía practicar a las mil maravillas esquí acuático.



Me gustaban mucho la música y los bailes modernos. Entonces trataba de estudiar intensamente toda la semana para que mamá me dejara ir a las reuniones dancantes del Hotel Náutico, los domingos por la tarde. Ahí conocí a Cristina.

Cristina Núñez cumplía ese día dieciséis años; su novio, Bernardo Bustamante, un adelantado estudiante de ingeniería que estaba haciendo el servicio militar y la familia de éste, gente de mucho dinero, le ofrecían una fiesta en el Hotel Náutico.



Cristina era huérfana. Vivía sola con su abuela en un enorme caserón de San Telmo y estudiaba en un liceo. No sé cómo de repente me encontré bailando con ella.



Su risa, la luz de sus ojos que se multiplicaba en otros miles de luces; el rubor de su cabello, el cobrizo de su piel y el perfume que la envolvía, todo fue una suma de cosas que me conmovieron. La amaba...



No. No había vuelto loco. Yo amaba a una muchacha. La amaba. La amaba. Pero, ¿quién era ella? No lo sabía, entonces, no me importaba. De lo que estaba seguro era que la amaba; que ella era mi mujer. La mujer que deambulaba sin nombre por los sueños de todo hombre.



¿Bailamos otra pieza? Esta que sigue es bárbara...



No puedo. Mi novio me llama. Chau...

De lejos se volvió e alzando el brazo derecho me gritó "¡gracias!" y esa palabra y su mano me parecieron un puñado de palomas blancas que me golpeaban dulcemente el rostro. Yo sentía que las piernas se me aflojaban y que una desesperación, nunca antes conocida, me llenaba todo el cuerpo...



¿Qué le pasa, viejo? Ni que te hubieran dado una "piña" en el estómago...



No. Nadie me trompó. Es otra cosa...

Era Osvaldo Fuentes, mi vecino, el de la lancha para hacer esquí acuático. Me hablaba pero no lo oía. ¡Dios mío! No sé qué me estaba ocurriendo. O quizá sí. Quizá lo supiera muy bien. Era el hecho de haber encontrado en un minuto el amor y haberlo perdido al minuto siguiente...



Me duele el estómago. Tengo ganas de vomitar...



Andá al baño, laváte la cara...

Volví lo más rápido posible. Te voy a presentar a mi compañero de estudios Bernardo Bustamante. Están aquí festejando los dieciséis años de su novia. Apuráte, viejo...



Por supuesto que regresé lo antes posible. Bailé otra vez con Cristina, pero no insistí una tercera oportunidad. Me di cuenta que Bernardo era muy celoso. Además no había razón para comprometerla a ella gratuitamente.

Me las ingenié para averiguar todo lo que quería saber sobre Cristina. Y al día siguiente, un lunes sofocante, en donde un cielo bajo y cargado de nubes prometía una tormenta que no se decidía a producirse, con un pretexto cualquiera dejé a mamá en la isla y vine a la capital federal.



Tenía el domicilio de la casa en que Cristina vivía con su abuela. Casi enfrente de ellos había un viejo almacén con despacho de bebidas. Me senté a una mesa, en un rincón y me quedé durante varias horas mirando fijamente la puerta de su casa.



Tenía sobre la mesa, delante mío, un libro, el de inglés. Hacía que lo leía y hasta aparentaba concentrarme en el estudio, pero era una mala imitación, tan mala que sentía atraer la curiosidad de todos sobre mí.



Afuera, la calle estaba llena de un calor gris y sofocante. La gente caminaba lentamente, como si le costase atravesar aquellas murallas oscuras y calientes que crecían desde las viejas baldosas y el desaparejo empedrado.



Lejos sonó un trueno. Y después otro y otro. Iba a llover pero no llovía. No tardaron mucho en caer las primeras gotas, grandes, que sonaban como monedas arrojadas desde el cielo. Después se desató un vendaval, sobre la ciudad empuñecida por la asfixia del verano.



Un nuevo calor sorcante y numoso se levantó del suelo. Fue entonces cuando se abrió violentamente la puerta de la casa de Cristina y apareció ella corriendo hacia el almacén en dónde yo estaba. Instintivamente me escondí detrás del libro.



¡Doña Rosario! ¡Don Guzmán! ¡La abuela se volvió a descomponer...!

¡Oh, Dios mío! ¡Llama al doctor Marzotto...!



¡No pierdan tiempo, mujeres, no pierdan tiempo! ¡Llamen a la Asistencia Pública! ¡No van a encontrar un médico en su casa, lunes, por la mañana y además vacaciones! ¡O están en el hospital o están afuera...!



Me dí cuenta de inmediato que Cristina estaba atravesando por un mal momento. ¿Cómo iba a interpretar ella mi presencia ahí? No pude detenerme a meditarlo demasiado. Me acerqué en el momento en que doña Rosario, la dueña del almacén, llamaba a la Asistencia Pública.



Hola. ¿Qué? No sé quién es usted. ¡Perdóneme! No te había reconocido. ¡Qué casualidad encontrarte aquí y ahora! Mi abuela se descompuso, ¿sabes...?



Ya vienen para aquí...



¿Puedo ir con ustedes...?

Sí, vení...



¿El mocito se va sin pagar...?

¡Perdóneme...!



Pagué y corrí detrás de Cristina y de doña Rosario que había hecho un todo con su delantal para cobijarse la lluvia. Entré en aquella enorme casona de San Telmo. Todo era muy grande, todo estaba muy lleno de muebles; todo era muy viejo, vencido, como muerto...



Desde un dormitorio cercano llegaba la respiración entrecortada y dificultosa de una anciana. Era la abuela Natalia, la extraordinaria abuela Natalia.



Me quedé sentado en un rincón, en otro rincón, siempre buscando los rincones para esconderse, como huyendo del mundo que me tocaba vivir, como mirando de lejos la vida de los otros, sin atreverme a participar de ella, pensando que no era la mía, también. Y me equivocaba...



Llegó la ambulancia. Un médico, un hombre mayor, atendió a la abuela que entre rezongos se dejó dar un par de inyecciones. El peligro había pasado. El corazón de la abuela Natalia era fuerte y había soportado esa embestida y soportaría todavía otras más.

claro, ahora me van hacer dormir y yo no quiero.

ahora, tranquila. Si se excita más va a ser peor..



Lo único que saben hacer es eso; hacerme dormir, hacerme dormir y dormir.

Doña Natalia, cierre el pico o en vez de darle dos inyecciones le van a dar tres...



El médico se iba. Por prudencia, para no alarmar a la abuela, Cristina y doña Rosario lo despidieron ahí mismo, quedándose en el cuarto, rodeando la cama de la anciana. Yo me sentí obligado a acompañar al facultativo hasta la puerta de calle.



Pero no entienda mis palabras como si la muerte fuera un castigo de Dios. Nada de eso. La muerte es nada más que una consecuencia de la vida. Se muere porque se vive y cualquier muerto puede continuar vivo adentro nuestro, en nuestro recuerdo, en nuestro amor permanente por él.



¿Qué es de la familia...?

Este... Bueno... Soy un amigo, digamos...



La enferma superó la crisis, pero hay que cuidarla mucho. Es una mujer muy fuerte, pero ya tiene muchos años y contra eso la ciencia puede hacer poco.



¿Podría morir...?

¿Morir? No sé. Hijo, usted es muy joven, por eso me hace esa pregunta. Todos podemos morir siempre, en cualquier momento. Nadie tiene la vida comprada. La muerte, como la vida, es cosa de Dios, y Dios no comenta con nadie sus planes...



Nadie antes me había hablado así de la muerte. ¿Por qué lo habían hecho ahora? Con esos pensamientos volvía hacia mi rincón, pero ya no estaba solo. Ahí estaban Cristina y doña Rosario... Cristina lloraba. Ahora podía llorar. La abuela se había dormido.



La abuela es lo único que tengo en la vida y siento tanto miedo de perderla. Y sé que nos vamos a separar muy pronto. Lo siento. Es un frío que me llena el corazón de repente...

No digas tonterías y baja la voz que puede oírte...



Sabes muy bien lo pícara que es la señora Natalia. Puede hacerse la dormida y estar despierta todavía. Y sabes también el buen oído que tiene. Vete un poco afuera con tu amigo. Yo me quedo junto a ella, a cuidarla.



Salimos al patio. Un patio con aljibe y enormes baldosas rojas decoloridas y todo rodeado por una galería de tejas, debajo de la cual había rotos y viejos sillones de mimbre. Caminamos un rato en silencio.



Perdonáme el atrevimiento de haber venido...

No te aflijas. Una mujer se da cuenta siempre de lo que le ocurre a un hombre en estos casos...



Y todavía tenemos un poco de derecho de hacer lo que estás haciendo vos, porque aún somos un poco niños. Por eso podemos jugar al vigilante y ladrón y a los espías, aunque el tema principal no sea ningún robo fantástico ni ninguna fórmula mágica que puede hacer peligrar al mundo.



Ahora, si quieres, el tema soy yo, una muchacha, o un deslumbramiento, o un pedacito de pasión o un espejismo de amor. Vos sos el ladrón y Bernardo el vigilante.



Cristina, te amo. Estoy perdiéndome en el morado de vos, ¿entendés...?

¡Sí que entiendo. Es como en Romeo y Julieta. Un amor tremendo, devorador, todo de repente...



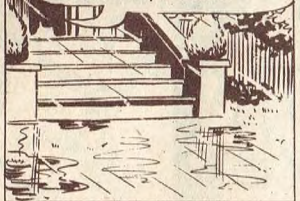
¿Te reís de mí...?

¡Nunca! ¡No me ofendas! Nunca me podría reír de quien ama y de quien confiesa amar. Pero es que yo tengo novio...



¿Lo querés...?

Quererlo, sí. Amarlo, no sé. Somos novios. Me gusta que me halaguen. Soy coqueta y coqueteo. Bernardo es el mejor partido de todo el grupo de muchachos que conozco.



Además que yo tenga un novio tan rápido, casi al haber cumplido recién los dieciséis años, es una tranquilidad para la abuela. Un novio como Bernardo, tan serio, tan estudioso, mayor que yo. Ella siempre tiene miedo de morirse y dejarme sola y desamparada...



Cuando salga del servicio militar nos casaremos. Bernardo no me disgusta...

Pero no lo amas...



Te vuelvo a repetir que Bernardo no me disgusta. El y sus padres son muy buenos con nosotros dos. Se preocupan por todo lo nuestro.



En ese instante apareció dando trabajosos saltos por el patio inundado, un gorrión. Estaba empapado y arrastraba una ala herida o quizá rota. Cristina salió de la galería y bajo la intensa lluvia fue a recogerlo. Se arrodilló, y lo tomó entre sus manos. Fui detrás de ella.



Pobrecito...

Cristina, te amo...



Por favor andáte. No te enojos, pero andáte. Voy a llevar al gorrión a la cocina y curarle el ala y darle un poco de miga de pan con leche, adiós.



Vi irse a Cristina. Me quedé un rato ahí, mirando en el patio, bajo la lluvia, sin saber qué hacer y luego corrí hacia la calle. Deambulé muchas horas. No sé cómo aparecí en Retiro. No sé cómo llegué a tomar la última lancha que me llevaba a la isla.

...y cuando me enfrenté con la desesperación de mi mamá que me había esperado todo el día sin tener noticias mías, no supe dar explicaciones, corrí a mi cuarto y en un ataque de furia desarramé por el suelo todos los libros que tenía sobre el escritorio y en la biblioteca...



Aquí mismo domingo, frente a mi sorpresa, vi llegar a la casa de Osvaldo Fuentes a Cristina y a un grupo muy ruidoso de amigos. No venía Bernardo. No le habían dado franco en el regimiento en donde estaba cumpliendo el servicio militar.



...eran las últimas lanchas colectivas. En ese momento Cristina se lanzó al agua, atravesó el riacho y vino hacia mí. Yo por vergüenza y por miedo a ser rechazado no me atreví a ir hacia ella a pesar de las repetidas invitaciones de Osvaldo Fuentes de que me sumara al grupo.



Durante el mes que siguió nos vimos todos los días con Cristina, a escondidas de todos. Yo la esperaba a veces dos, tres, seis horas, en el almacén de don Guzmán, hasta que ella se iba a Bernardo y ella venía a mi encuentro, me buscaba en mi rincón; en el rincón que me escondía y se sentaba a mi lado y se aferraba a mis manos y yo a las de ella.



...y luego lloré, lloré mucho, arrepentido por todo lo que había hecho, arrepentido por todo lo que le había dado a Cristina, considerándome un torpe, un idiota, un tipo apresurado que no supo hacer las cosas. Y también lloré porque amaba desesperadamente a esa muchacha, como nunca antes había amado a ninguna.



Cristina estuvo todo el día nadando, jugando al tenis, aprendiendo a hacer esquí acuático y dándose unos chapuzones y haciendo volteretas por los aires que causaban la estruendosa algarabía de su grupo.



Todo lo que ocurría después parecía una de esas películas pasadas a gran velocidad. Me costó reaccionar. Estaba apático. No estudiaba. Dejaba a mamá comer sola y discutía con ella por cualquier motivo.



No me había perdido ni uno solo de todos sus movimientos, pero ella en todo el día no me había brindado un gesto de haber percibido mi presencia. Ya era tarde. Yo estaba sentado en la escalerilla del desembarcadero, haciendo que estudiaba, como siempre...



Quería decirte que la abuela está mejor. Que el gorrión ya vuela entre los malvones del patio. Y también quería decirte que el beso que me diste fue distinto a todos los besos que me dieron antes. Es una locura pero en toda la semana no pude dejar de pensar en vos...



Iba a preguntarle, pero me traígre. Osvaldo me dijo que iba a ir a buscar a los amigos con que había llegado. Y comenzaba entonces nuestra tremenda lucha de amor...

¡Somos dos delincuentes!

No digas eso, amor. No digas eso...

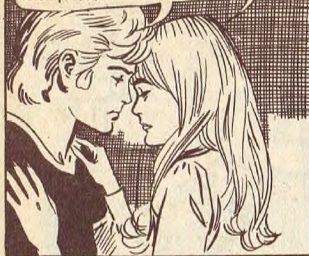


Parece mentira, pero un simple beso puede cambiar el destino de tres vidas. Cristina y yo nos sentíamos unidos por un profundo y desesperado cariño, por una pasión que nos exigía vernos todas las horas de todos los días.



¿Qué vamos a hacer...?

Amarnos, amarnos, amarnos siempre...



había tanto amor entre nosotros que creo que con él se podrían haber construido ciudades y mundos. Cristina sufría mucho. No se atrevía a enfrentar a Bernardo, decirle que no lo quería más, explicarle que no lo había amado nunca y que ahora sí, amaba, pero a otro.



¿Decíme: ¿vos no tenes casa para hacer que tu amigo te venga a ver, que tienen que estar aquí, en el almacén de don Guzmán?

¡Abuela...!



¡Qué abuela ni qué ocho cuartos! Andando. Vamos a casa y hablemos. La gente se entiende hablando, no huyendo. Es malo lo que hacen. Están dejando que Bernardo trace planes que nunca se cumplirán. Sean fuertes y decentes y enfrenten la verdad de sus sentimientos sin estafar más a nadie...



La abuela Natalia nos había descubierto. Era difícil que una mujer como ella, de su temple, de su profunda humanidad, no se diese cuenta de lo que le estaba ocurriendo a su nieta.

Hablamos mucho los tres y llegamos a un acuerdo. Cristina y yo no nos volveríamos a ver hasta tanto ella no aclarase toda la situación con Bernardo. Yo tendría que esperarla todos los domingos en el puerto de Tigre hasta la primera lancha de las doce del mediodía.



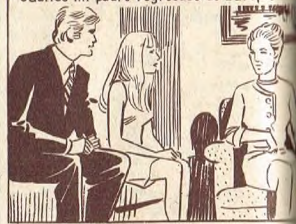
Ella vendría a mi encuentro una vez que hubiera terminado sus actuales relaciones con su novio. Le prometimos a la abuela que Cristina no era la persona que había dado. Y a los días después, radiantes como nunca...



... Cristina llegaba a mi lado y me abrazaba y nos besábamos apasionadamente, ignorando el mundo que existía a nuestro alrededor. Había hablado con Bernardo. La separación había sido dolorosa, pero sin ningún enojo ni ninguna violencia. El sabía comprender que a ella y a mí nos unía un amor inquebrantable, más fuerte que todo...



Aquel domingo fue un día inolvidable por muchos motivos; mamá quedó encantada de Cristina. Se hicieron muy amigas y trazaron planes para reunirse con la abuela Natalia, y para pasear todos juntos cuando mi padre regresase de Europa.



Por primera vez ella y yo podíamos amarnos sin el remordimiento que nos creaba el compromiso que había existido con Bernardo Bustamante. Hasta el mismo Osvaldo Fuentes recibió con alegría la noticia de nuestro noviazgo. La dicha era completa, inmensa, plena. Daba miedo saberse tan felices...



¡Cristina! ¡Ven a esquiar un rato...!

No des muchas vueltas, amor. Todavía me dominas las riendas que te sostienen a la lancha...



¡Déjame, cariño! ¡La tarde es maravillosa y es que a mí me parece increíblemente hermosa! ¡Necesito meterme todo el sol del mundo en el cuerpo! ¡Hoy soy capaz de cualquier proeza...!



¡Cuidado, mucho cuidado en la doble vuelta...!

... hasta reír y reír y reír. La vi atravesar los ríos con los cabellos al viento, casi suspendida sobre el agua. Cristina era un himno de belleza y alegría. Era feliz, era la felicidad misma, era la vida misma, era la muchacha perfecta, amada, idolatrada...

... hasta que sorpresivamente, en una desgraciada maniobra se cortaron las riendas de sujetaban los esquifes a la lancha y Cristina fue despedida violentamente contra la costa, muriendo en el acto.

Todo había terminado. Grité su nombre. La llamé una y mil veces. Corrí toda la isla llamándola. Pero ella no me respondió. No quise aceptar que estaba muerta, pero ella estaba muerta. Estuve días y semanas sin hablar con nadie. Una tarde me atreví a ir a ver a la abuela Natalia.



... estaba mucho. Era una muchacha maravillosa. Ayer se fue el gorrión que ella curó la primera vez que vos estuviste aquí. Ya no me da el miedo de saber que si me moría la dejaría sola. Ahora sé que ella y sus papás me esperan...



El día en que me iba para el colegio a rendir matemáticas se detuvo un automóvil delante de la puerta de casa. Era papá que había regresado de Europa, casi sin avisarnos, por una urgencia de la compañía. Un amigo lo traía desde Ezeiza. Mamá le había escrito contándole lo ocurrido. Nos abrazamos fuertemente.



¿No me preguntas qué te traje...?

No me interesa. Te lo agradezco. Lo único importante es que vos estás otra vez en casa.



... tengo un poco de frío. Ayer terminó el verano y hoy, la primera mañana de otoño es fresca, ¿no? Voy a correr hasta la parada del colectivo para entrar en calor y para no llegar tarde al examen.



Hijo, la vida es así. Suele enseñar golpeando...

... te lo sé papá. Perdóname, pero tengo necesidad de llorar y quiero hacerlo a solas. Hasta luego.



Me fui corriendo y llorando. Y me acordé de las palabras de aquel viejo médico que después de haber atendido a la abuela Natalia me dijo que cualquier muerto puede continuar vivo en nuestro amor permanente por él. Me convencí de eso y me dí cuenta que Cristina sería eterna para mí.



FIN

**EN
EL PRÓXIMO
NÚMERO DE**

intervalo **ALBUM**

LA MUJER DEL CUADRO,
por Eduardo B. Costa
Novela basada en "Svengali", de George du Maurier.

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES,
por Cristóbal María Paz
Otra investigación sobre problemas del corazón.

CUENTOS DE ALMEJAS,
por Pedro M. Mazzino
-¿Felicidad? A lo mejor eso es la felicidad...

ROSARIO,
por Lizeth de Azcurra
En los momentos felices se nos clava una espina.

EL LUGAR DE LOS SUEÑOS,
por Ariel Martin
-Se enamoró de un poeta. Un francés loco y pobre.

LA CARTA EXTRAVIADA,
por Armando Fernández
Londres, 1948. Revolotean bombarderos alemanes.

UNA ESTRELLA EN LA VENTANA,
por Hugo Wast
En el patio grande, encuadrado por galerías...

SALVAR AL PRÓJIMO,
por Pier Michele
¿Los demás han de alcanzar su propia salvación?

EL AMOR QUE AGUARDA EN BANGLA-DESH,
por José Luis Arévalo
Los guerrilleros esperan. Son hombres de Bengala.

MICHAEL LOMMAX,
por Robin Wood
Al margen de París y de la primavera, él camina.



intervalo **ALBUM**

**ALBUM DE OBRAS
GRAFICAS COMPLETAS**

DIRECTORES

RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)

Publicación inscripta en la Dirección Nacional del Derecho de Autor bajo el N° 1.189.188. Miembro de la A.A.E.R., Asociación Argentina de Editores de Revistas; de la S.I.P., Sociedad Interamericana de Prensa; de ADEPA, Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas; y del C.I.P., Centro de Informaciones de Publicidad. Editor responsable: COLUMBA S.A.C.E.I. I.F.A., Sarmiento 1889, teléfonos 45-1145 y 4297, Buenos Aires, Argentina. Venta interior y exterior: Distribuidora Bertrán S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires. Venta capital: Distribuidora Impulso S.C., Avenida Cruz 817, Buenos Aires. IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA.



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S.A.C.E.I.F.F.A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - T. E. 45-1145

CORR
ARGEN
CENTRA

TARIFA REDUCIDA
CONCESION N° 2/61

Impreso en BLONDATEX. Febrero 19, de 19


¿QUÉ PASA, BARBRA?



¿QUÉ PASA, BARBRA?

Una película presentada por CIA,
dirigida por Irving Kershner
e interpretada por Barbra Streisand,
y David Selby.

Adaptación de Pier Michele.
Dibujos de Moraga.



"Claro que no
pasa nada. So-
lo lo habitual,
lo de siem-
pre, lo de to-
dos los días.
¿No es mara-
villoso?" Sí.
Descubrir lo
maravilloso de

lo cotidiano puede ser una
aventura emocionante, y la
protagonista de este filme
sensacional la vive intensa,
tumultuosamente.

El mensaje de la pelí-
cula llega a quienes sepan
detectarlo; no un mensaje
de conformismo chato y abu-
rrido, sino de captación de

valores en las cosas y perso-
nas que nos rodean, o en los
sucesos que nos ocurren.

El tratamiento cinema-
tográfico del tema es excep-
cional, y la versión gráfica
que ofrecemos a nuestros
lectores satisface amplia-
mente todas las exigencias.



La mano de Paul Reynolds detuvo la campanilla del despertador en cuanto comenzó a sonar.

(¡Basta ya, monstruo estridente! Es a mí a quien debes levantar de la cama y no a...)



No fuiste demasiado rápido, Paul. Ya estoy despierta... Iré a prepararte el desayuno mientras te afeitas.

¡Margaret, yo...!



¡Apúrate o llegarás tarde a la universidad!

¿Qué sería de mí sin ti, querida?



Eres una perfecta ama de casa. El desayuno listo casi al alba, mis camisas planchadas siempre, los niños bien cuidados y...

Conozco de memoria tu letanía compradora, Paul. No haces más que repetírmela todas las mañanas.



Después de un beso en la mejilla y verlo alejarse en el auto que dobla la esquina...

(Volverás tarde y cansado. Apenas hablarás y te irás a la cama luego de echar una mirada a los chicos duermen en su cuarto. Nada interrumpe jamás mi rutina.)



(Y cuando me ves triste la ingenuidad de tu cara me pregunta: "¿Qué pasa, Margaret?", y yo respondo: "Nada". ¡Y eso es lo que me duele: que nunca pase nada!)



Se duchó y cambió las ropas. Cepilló largamente sus cabellos. Los niños tardarían aún en levantarse. Le quedaba tiempo para evadirse de la realidad.



(¡Y yo soñaba que nos pasarían tantas cosas!)



¿Oyes sus pasos? ¡Nuestra presa se acerca!



Estoy pronta a recibirla, Paul. Aléjate y verás cómo la derribo.

(Debe apuntarse a la frente, entre los ojos, como decía mi profesor de historia cuando nos contaba sus "salas")



¿Los diablos se llamaba aquel tipo tan apuesto?)



¡No te distraigas! ¡Dispara!



¿Cargar el arma, Paul! ¡Mátalo, tú antes que me destroce!



Mi pulso tiembla. ¡Jamás podría acertarle a esa bestia!



¡Dispara pronto o...!



El grito la volvió a la realidad. Aterrizó en su mundo habitual, donde sólo pasaban cosas habituales.

¿Qué sucede, Rita?

Paul despertó llorando. Debí
mojar otra vez su cuna.



Está bien. Cambiaremos tus ropas húmedas y te sentirás mejor.



¿Habrá "safaris" ni aventuras
aquí, Paul Reynolds. Sólo des-
servidos en el sonambulismo
y colitas para entalar.)



(Pero, ¿cómo se llamaba aquel profesor tan
atractivo que inspiró mis sueños...?)

¡Estás errando con el talco, mamá! ¿Qué te
pasa?



Nada. Apenas
lo de siempre.
Una insatisfe-
cha ama de
casa neoyorqui-
na que a me-
dia mañana salió
para las compras.



¿No compensa esto los días en que casi no hablamos una palabra, Margaret?



Sí, Paul.

(¡El típico marido neoyorquino del domingo en la noche! Ha guiado el auto de aquí para allá. Ha corrido con los niños. Ha cumplido su deber de padre. ¿Y yo, Paul?)



Fue una mujer libre que caminó por la ciudad sumida en el "smog" y los ruidos. No haría compras. Almorzaría por ahí. Un día distinto. En el que, a lo mejor, podían ocurrir cosas distintas.

(Nadie parece advertir mi presencia. Llevan apuro.)



Como los domingos, el único día libre de Paul. Cuando él de sus trajes formales y se vestía de muchacho común. Y corría por ese mismo parque hacía...



¡La calesita, papá! ¡Quiero ir allí!

No, Paul. Está mintiéndote para no arruinar tu día de descanso. Porque ella querría decirte otra cosa. Esa que tú no oyes en el anochecer, vencido por el cansancio...



Me gustaría que hiciésemos algo nuevo alguna vez. Distinto a... ¿Te duermes?

Esa mañana resolvió dejar los niños en la guardería de la señorita Thomson.



¿Los cuidarán bien?

Como la haría usted misma, señora Reynolds. Llene este formulario y pase a buscarlos cuando lo desee.



(Cada uno tiene sus propios problemas y... ¿Qué es eso?)



Primero se dejó arrastrar al grupo que llenaba el Central Park. Oyó los discursos encendidos callada. Después abrió la válvula y todo eso que nunca había podido decir salió echo gritos de sus labios.



(La cámara no hace más que enfocarla. Es la más entusiasta. ¿De dónde conozco yo a esa mujer?)



Arnold Wilson. ¡Venga conmigo a tomar un café!

¿Qué hace usted cerca de una manifestación feminista, profesor Wilson?



Estoy preparando un libro sobre el comportamiento humano y a punto de hacer una excursión por Africa para buscar documentación entre las tribus que aún se mantienen primitivas.



¿Le gustaría acompañarme? Justamente necesito una secretaria.

Yo... ¡Seguro que me gustaría! Pero sucede que...



¿La liga femenina le prohíbe trabajar para un hombre? Yo pagaría los pasajes, los hoteles y le asignaría un buen sueldo.

BA

¿Acaso se ha casado usted, Margaret, y su esposo no vería bien que fuera con otro tan lejos?

No es eso

No contestó la pregunta. Y él le entregó una tarjeta. "Lláme-me mañana si resuelve venir", le dijo al despedirse. Había sucedido algo nuevo. Insólito para su vida rutinaria.

(Sigue tan apuesto como antes el profesor Wilson. Y me ofrece una vía de escape. ¿Cómo decirle a Paul? ¿Y los niños?)

(¡Cielos! Debo ir a buscarlos ya mismo. Había olvidado que hoy es nuestro aniversario de casados y Paul quiere festejarlo en casa de sus padres.)

¡Bienvenidos todos! La cena ya está servida.

Llegó más temprano que nunca, los cargó en el auto y al anochecer estaban saludando a mamá y papá Reynolds (así quería él que ella llamara a sus suegros).

Poly y Rita, saluden a los abuelos.

¿Sigues fiel a tu costumbre de ver televisión mientras comes, papá?

Sólo el noticiero, Paul. Me salva de leer el diario en la mañana. Mis ojos ya no son los de antes. Pero si te molesta...

Lo molestó otra cosa: esas imágenes que pasaron de la manifestación de la tarde. La cara de Margaret que llenó la pantalla, y su voz que sonó nítida.

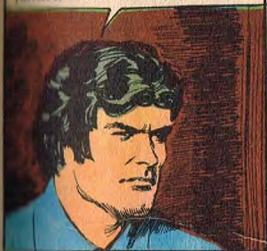
¡Iniciemos la rebelión de las amas de casa!

¡Eres tú, mamá! ¿Para ir allí nos dejaste en la guardería?

¿Qué significa esto, Margaret? ¡Explícate!

¡Qué bochorno! Todo el mundo, miles de conocidos y parientes estarán viendo a tu mujer, hijo. ¡Una feminista en nuestra familia!

¡Estoy esperando tus explicaciones!
¿Desde cuándo estás en eso? ¿Cuán-
tas veces abandonas a los niños para
juntarte a esas delirantes?



Mamá Reynolds llevó a Poly y a
Rita a otra habitación para que
no oyeran los gritos. Su esposo
apagó el televisor. La noticia que
acababa de conocer bastaba para
preocuparlo durante semanas.



¡Fue una manera de protestar
contra la rutina a que me so-
metes, Paul! ¡Estoy harta!

Me cansó el papel que me obligas a representar en la vida.
Quiero hacer cosas más importantes. ¡Ser algo distinto
a una mujer prisionera de las tareas cotidianas! Me has-
tía cuidar niños, atenderte a ti y...



¡Basta, Margaret!

Se puso a llorar en un ataque de histeria. Había descar-
gado todo eso que la fuera colmando poco a poco. Después
cayó en un mutismo aterrador.

Está enferma, hijo. Necesitaría un buen psiquiatra. Harías
bien en dejarnos los chicos aquí y llevarla mañana a...



Mañana me será imposible;
debo hacer un viaje.

Aunque podrías aprovecharla para internarte y
hacerte un estudio que descubra de dónde
te vienen esos desvaríos. ¿Estás oyéndome,
Margaret?



Me encomendaron acompañar a un grupo de alumnos becados
que pasarán dos semanas en Méjico. Era mi sorpresa y pensé
que te causaría pena, pero ahora entiendo que disfrutarás de
mi ausencia y la de los niños.



No oía nada. Viajaba con la imaginación. Era África
otra vez. Un paraje hostil entre la exhuberante ve-
getación. Cantos de pájaros extraños en las ramas
altas y el fusil firme en sus manos.



Hay tribus peligrosas por aquí, señora.

¡No les temo! Si algún sal-
vaje apareciera me basta-
ría apuntarle con mi fusil
y...



¡Ayúdame, Paul! ¡Haz algo por mí! ¡No te quedes ahí, como petrifi-
cado de terror!



¡Eres un cobarde! Otro, en tu lugar se jugaría la vida por salvar-
me...



Por ejemplo Arnold Wilson. El lucharía por mí, arriesgaría su vida para...

¿De qué hablas, Margaret? Ya estamos en casa. ¿Bajas o piensas dormir en el auto?



¿Por qué mezclaba siempre a Paul en sus ilusiones fantásticas? ¿Acaso para confirmar que él no podría pertenecer jamás a ese mundo que la atraía? Oyó el despertador en la mañana, pero no abrió los ojos.

(Está vistiéndose. Luego tomará las valijas que hizo anoche y se irá sin desayunar.)



(¡Se acabó la mujer sumisa y esclava de tus necesidades, Paul Reynolds! ¡Soy un ser libre! Otra vez aquella muchacha llamada Margaret Dugan, que soñaba aventuras cuando escuchaba a su profesor de historia...)



Y que ahora va a vivirlos. ¿Arnold Wilson? Sí, soy yo. He resuelto aceptar su ofrecimiento. ¿Cuándo partimos al Africa?



¡Pasaremos días inolvidables, Margaret! Si usted no hubiese venido conmigo, habría desistido de hacer este viaje.

Siempre me atrajo usted, ¿sabe? Pero nunca me animé a decirselo.



Había alumnas más bonitas que yo, profesor. Todas lo admirábamos. Pero hablemos mejor del programa que desarrollaremos.



Un hotel más o menos confortable en una ciudad más o menos moderna. Tomaron dos habitaciones. Pero sólo para pasar la primera noche. Al alba del día siguiente partían a la selva.

Levantaremos nuestro campamento en Naigún, cerca del sitio que habitan los massai.



Los guías nos conducirán hacia esa tribu. Son primitivos y me interesan para el libro que estoy escribiendo.



¡Apasionante, Arnold! Puedo llamarlo así, ¿verdad?

Este lugar me parecería horrible si no estuviese a mi lado la mejor secretaria que jamás tuve.



¿Debo escribir también eso?

Estaba pensando en voz alta, Margaret. Su proximidad me dio las ideas. Por esta noche no le dictaré nada más.



Entonces me iré a dormir.

Aguarde un instante. Quiero decirle algo. Acaso a los dos nos pasa lo mismo. Usted permanece soltera y yo...



Estaba solo. Estaba sola frente a un hombre atractivo que le suponía la "señorita Dugan". La imagen de él pasó fugaz por su cabeza. El esposo que llegaba tarde y la sumía en el tedio de los días iguales. Se sentía muy sola. Me gustaría decirle...

Mañana nos espera una larga caminata, Arnold.



Buenas noches.

Sonaré con usted.



Ese hombre estaba rendido a sus pies y podía ofrecerle un mundo distinto. Sólo tenía que... Cuando sacó el pijamas de su maleta la fotografía cayó sobre el camastro.



(¿Qué diablos hacen ustedes aquí? Paul, Poly y Rita... ¡No se entrometan en mi libertad!)

¿Hay animales salvajes por aquí, Arnold?



Seguro. Pueden aparecer en cualquier momento. Pero quédesen tranquilos.

¡Claro que sí! Usted está cerca y sabría... ¡Un león, profesor Wilson!



Como cuando ella lo imaginaba, en Nueva York, en la sala de su casa, que olía a café con leche y a colita húmeda. Pero ahora no le tocaba disparar, porque era un experto cazador el que estaba a su lado.

¡Dispárele! ¡Acabe con él!

Yo...



¡BANG!



Erré el disparo, pero ese animal ya no volverá, profesor.

¿Por qué no tiró usted, Arnold?



Gruesas gotas perlaban la frente de él. Todavía temblaba buscando palabras capaces de explicar su inactividad de hace un momento. Al fin habló, cuando hicieron un alto para almorzar.

Jamás fui un buen tirador, Margaret.

¿Y aquellos relatos que nos fascinaban en la universidad? ¿Qué pasó?



Simplemente los saqué de los que solía contarme mi padre. El fue el verdadero cazador. Quiso contagiarme su audacia, pero a mí sólo me interesa escribir libros.



Primera desilusión. Pero no se dejó abatir, aunque Arnold Wilson no intentó hablarle de su soledad y se hundió en su carpa luego de la cena. Se sentía confundida. El silencio de la noche la tentó. Saltó a fumar un cigarrillo.

(Acaso tenían razón las feministas del Central Park.)



(Tendríamos que liberarnos del yugo masculino y... ¿Hum!)



¡Arnold! ¡Ayúdeme, profesor!



¡No se quede ahí sin hacer nada! ¡Este salvaje pretende...



Igual que cuando dejaba volar su imaginación. Le pareció que otra vez Arnold Wilson temblaba de miedo. Hasta detuvo al gafa que intentaba disparar sobre su captor.

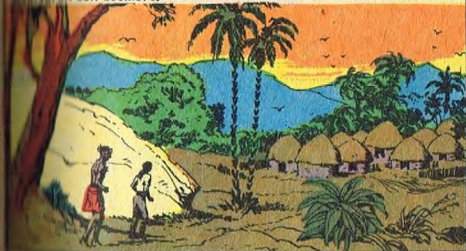
¡No dispires! Podrías herirla a ella, o matar a ese masai, y su gente nos traería dificultades.



¡Es usted un cobarde, profesor! ¡Un verdadero cobarde! ¡En su lugar, Paul habría actuado distinto...!



luchar con ese nativo fornido. Atravesó la selva conjeturando cosas. Amanecía cuando llegaron a un poblado mísero. De las casuchas de paja asomaron otros massai, hombres y mujeres que la miraron con asombro.



Imposible entender lo que su captor habló con el que parecía el jefe, quien hizo venir después a una mujer vieja que la condujo a una de las chozas.

¡Era una muchacha blanca. Yo ser Kalú.

(Al menos alguien habla mi idioma.)



Pero yo ya tengo esposo. Y Tagor no me quiere. Si quiere la verdad, querría irse de aquí cuanto antes.

¡Ayúdame, porque hija mía quiero a Tagor.



Fue por eso el profesor Wilson que me enseñaba la manifestación feminista. Yo debía saber que los massai se habían rebelado a los neoyorkinos sobre el particular...

¡Nosotros la guerra, cazábamos, todo estaba en nuestras manos y los hombres eran blandos y sumisos.



¿Los hombres me miran con admiración y las mujeres con furia. ¿Qué diablos harán conmigo?



¿Tú no querer a Tagor? Tagor traerte. El necesitar esposa y salir a buscarla, según costumbre de massai; cuando no conformar muchachas de tribu, ir por otras.

Comprendo, señora.



Había leído algo sobre los hábitos de las tribus salvajes. Pero, según lo que alcanzaba a ver desde el hueco de esa ventana, no se diferenciaban demasiado a la civilización. Los hombres salían con sus armas, seguramente a cazar, en busca del diario sustento, y las mujeres quedaban cuidando los críos o lavando las ropas.



Yo ser encargada de saber si tú poder hacer una buena esposa. Antes, cuando mandábamos mujeres, yo aprender el idioma blanco.

¿Mandaron aquí las mujeres en una época? ¡Cuénteme, señora!



Ellos cuidar niños, cocinar y todas esas cosas. Pero un día hubo una rebelión.

¿Quisieron los hombres liberarse del yugo que ustedes les imponían, Kalú?



Nos rebelamos nosotras, muchacha blanca. Llegábamos cansadas, agotadas del trabajo o la guerra. Mientras ellos engordaban y estaban seguros en la aldea. Haber sido muy tontas cuando nosotras mandar.



Recordó a Paul. El desayuno listo cuándo se iba, su cansancio del regreso. Los días iguales, pero seguros, junto a sus hijos, en Nueva York. ¿Eran inteligentes o no las mujeres massai?

Yo decir a jefe que tú no servir para buena esposa. No saber cocinar, ni lavar. No querer hijos. El convencer después a Tagor.



(Y Tagor me llevará de vuelta al sitio del que me sacó. Arnold está aún allí, temeroso de hacer nada para ir por mí. Y querrá saber qué me pasó...)



Al alba del día siguiente estuvo en el campamento del profesor. Habló con los guías asombrados y explicaron su ausencia.

El señor fue en busca de las autoridades. Dijo que volvería con una patrulla policial para rescatarlo.



¡Ahí está!

¡Margaret Dugan! ¿Cómo consiguió escapar de esos salvajes? ¿Qué le hicieron?



Me ayudaron, Arnold. Tengo un montón de cosas que contarle que le servirán para su libro. No son tan salvajes, después de todo. ¿Qué tal si volvemos a Naigún con esos guardias que traje?



Narró el suceso durante el viaje. El asombrado enmudeció al profesor. En el hotel, luego de un baño y un cambio de ropas, ella estuvo mirando largo rato la fotografía, embalsamada de añoranzas.

(Paul, Poly y Rita, ¿cómo pude permitirme en...?)



¿Puedo entrar, Margaret? Ven-go a bajar su valijas.

Pase, señor Wilson.



¿Ya no me llama con mi nombre de pila? Hay algo que quiero saber antes de regresar a Nueva York. Cuando ese massai se la llevaba usted dijo "Paul habría actuado distinto". ¿Quién es Paul?

Mi esposo, profesor.



Pero... cuando le pregunté si se había divorciado...

Yo no contesté nada. Acaso porque ignoraba lo que era estar casada. Ahora lo sé.



Es amar a un hombre y aceptar las responsabilidades de todos los días. Es tener el suficiente valor de enfrentar con coraje la aventura cotidiana y no dejarse tentar por el espejismo de los sueños fáciles. ¿Me entiende usted?



Me gustaría encontrar, alguna vez, una mujer que se le parezca, Margaret.

Trate de hallarla después que ella haya salido victoriosa de su verdadera rebelión, profesor Wilson. Adiós.



El taxi lo dejó en su casa. Olfía a soledad. Abrió las ventanas para que el aire la despejara. Ordenó sus ropas y recién entonces se le ocurrió registrar el buzón. Halló una carta de Paul.

("No hago más que extrañarte...")

("Uno necesita estar solo para pensar con claridad. El último tiempo estuve demasiado lejos de lo que verdaderamente me importa. Cuando vuelva trataré de disponer de más horas para tí y los niños. ¿Has estado otra vez en esas manifestaciones delirantes?")

(No, Paul. Ya no me interesan. Ni siquiera necesito ir a ver al psiquiatra que aconsejó tu padre.)

Quisiera tenerlo cerca, para besarlo. O para decirle que le gustaría tener un niño más en la casa. Pensaba en eso cuando iba en el taxi en busca de Poly y Rita.

Quisieramos tomar otro camino para salir de la ciudad, señora.

¿Qué pasa?

¿Una manifestación de mujeres que marchan hacia el Central Park! A mí me parece que son... ¿Qué opina usted de ellas?

Que deberían leer el libro que pronto publicará Arnold Wilson sobre las costumbres de la tribu massai.

El chofer no entendió. Nunca había estado, como ella, en África. Cuando llegó a casa de mamá y papá Reynolds se imaginó que le harían una pregunta al abrir la misma que solía hacerle Paul...

¿Qué pasa, Margaret?

Nada.

¡Mamá! ¿Viniste a buscarnos?

¡Seguro, Rita! Tú y Poly no pueden estar lejos de mí. Ni yo lejos de ustedes.

Claro que no pasa nada. Sólo lo habitual, lo de siempre, lo de todos los días. ¿No es maravilloso?



Fin

LA FELICIDAD DE LA MUSICA ALEGRANDO TU FUTURO



INSTRUMENTOS

LAS MEJORES MARCAS
LOS MEJORES PRECIOS
CREDITO A LARGO PLAZO
SISTEMAS ESPECIALES DE
CREDITO AL INTERIOR

CURSOS COMPLETOS DE ENSEÑANZA * POR CORRESPONDENCIA

GUITARRA - BATERIA - ORGANO - BAJO
próximamente ACORDEON
E INSTRUMENTOS DE VIENTO

musical argentina ltda.

C.C. 13 SUC. 5 - BUENOS AIRES

- ☐ GRATIS FOLLETOS DE INSTRUMENTOS MUSICALES (MARCAR CON X)
☐ ADJUNTO GIRO O CHEQUE SOBRE BUENOS AIRES por \$ 5
PARA CUBRIR GASTOS DE ENVIO Y EMPAQUE DE LA

PRIMERA LECCION GRATUITA DE:

- ☐ GUITARRA ☐ BAJO ☐ ORGANO ☐ BATERIA

Nombre _____

Dirección _____

Localidad _____

Pcia. _____

INT 353

*Sin ejercicios, escalas, solfeos,
placenteramente

METODOS: Los más modernos y
comprobados

PROFESORES: Constante supervisión de
los más expertos ejecutantes

CLASES PERSONALES

DIPLOMA: por curso

CERTIFICADO DE ESTUDIOS

MUSICAL ARGENTINA LTD. C.C. 13 - SUC. 5 - CAP.

YA SOY MECANICO



Gracias a que en mis ratos libres estudié un Curso por Correo con todas las garantías, poseo los conocimientos técnicos para completar la práctica. Ahora soy el encargado. Mis compañeros me consultan cuando tienen una duda. Gano mucho más, vivo mejor y todos me aprecian y acuden a mí.

¡DIGA LO MISMO!

Usted obtendrá un
* **TITULO TECNICO**
estudiando alguno de estos
acreditados Cursos que le ofrece

cedac

GRAL. ARTIGAS 428 • BUENOS AIRES (S. 6) ☐

* **Maestro Ajustador**
* **Maestro Torno**
* **Maestro Fresador**
* **Maestro Soldador**

ESTOS SON NUESTROS CURSOS

- Dibujo Artístico • Dibujo Humorístico • Dibujo de Chistes • Dibujo de Caricaturas • Dibujo de Historietas • Pintura al Oleo
- Delineante Mecánico • Delineante en Construcción • Delineante General
- Instalador Electricista • Montador Electricista • Maestro Electricista • Técnico Electricista • Iluminación Fluorescente
- Técnico en Motores • Mecánico de Automóviles • Mecánico Diesel • Electricidad del Automóvil • Localización de Averías
- Técnico Mecánico • Maestro Torno • Maestro Fresador • Maestro Ajustador • Técnico en Soldadura • Maestro Soldador • Encargado Mecánico • Selección y Empleo de Ajustes y Tolerancias • Verificación y Medición Mecánica
- Decoración del Hogar • Decoración General
- Técnico en Construcción • Maestro Albañil

soliciten folletos explicativos en colores, sin ningún compromiso para Vd.

GRATIS

UNA SIMPLE ESTAMPILLA DE CORREO y este cupón puede ser el principio de una vida mejor para Ud. y para los suyos. Mándelo HOY MISMO, pues a nada se compromete:

Me interesan folletos de los Cursos de:

MEC 34

NOMBRE _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____

GRAL. ARTIGAS 428/DPTO. 34 T /BUENOS AIRES (S.6)

Argentino
Correo
Cinco B

Franqueo a por...
Concesión N° 372

Tarifa Reducida
Concesión N° 2761

3 MESES DE ESTUDIO GRATIS

POR CORRESPONDENCIA

CORTE Y CONFECCION CON UN GRAN MODISTA ITALO - FRANCES



Recibase de profesora de Corte y Confección y Alta Costura con el método más moderno. El profesor Jean Milano hará de Usted una gran modista y creadora de modelos.



DIBUJO-DECORACION - PERIODISMO - PUBLICIDAD Y VENTAS Y 20 PROFESIONES MAS PARA EL HOMBRE Y LA MUJER

CONTABILIDAD Y ADMINISTRACION DE EMPRESAS. CASTELLANO. MATEMATICAS. INSTALACIONES ELECTRICAS. MOTORES ELECTRICOS. ELECTRONICA. RADIO. T.V. MECANICA AUTOMOTRIZ. CARBURACION. ELECTRICIDAD. REFRIGERACION. AIRE ACONDICIONADO. CONSTRUCCION DE EDIFICIOS. AGRO-NOMIA. AGRICULTURA. FRUTICULTURA. HORTICULTURA. GRANJA. APICULTURA. AVICULTURA. MAQUINARIA AGRICOLA. FLORICULTURA. INSTALADOR DE GAS.

Los mejores cursos preparados para estudiar en su casa harán de usted un experto profesional.

CEPIA

Centro de Estudios
Politécnicos
Ibero Americano

Casilla 4367 - Correo Central B.A.A.

ENVIE
EL CUPON
Y RECIBIRA

GRATIS

LO NECESARIO PARA ELEVAR
SU NIVEL SOCIAL Y GANAR MAS



CEPIA - Casilla 4367-Correo Central - Buenos Aires

Solicito sin compromiso el diario de Jean Milano e informes sobre los cursos

Nombre

Apellido

Dirección

LA PROFESION DE MI GUSTO

19

URUGUAY: MONTEVIDEO: Mercedes 832

**ESTUDIE
EN SU CASA
POR CORREO
CON
enseñanza
moderna y
eficiente !...**



**CURSOS SERIOS
para personas con
VOCACION de FUTURO**

APRENDA
FOTOGRAFIA **1000**
OPORTUNIDADES
de progreso y bienestar
se abrirán para Ud.
ESCUELA FOTOGRAFICA
SUDAMERICANA
Casilla 142 - Suc. 13
BUENOS AIRES



ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA Cas.142-Suc.13-Buenos Aires

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

PCIA.

ABIERTA LA INSCRIPCION PARA CURSOS PERSONALES EN FLORIDA 835 - 3° P. Of. 334 - Bs.As.

MODERN SCHOOLS INC. Casilla 20 - Suc. 13 - Buenos Aires

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

PCIA.

ABIERTA LA INSCRIPCION PARA CURSOS PERSONALES EN FLORIDA 835 - 3° P. Of. 334 - Bs.As.

PROFESSIONAL SCHOOLS CASILLA 151 - SUC. 13 - BUENOS AIRES

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

PCIA.

aprenda a
DIBUJAR
CON EL METODO MODERNO DE
MODERN SCHOOLS
Casilla 20 - Suc. 13
Buenos Aires



aprenda
ENFERMERIA
CURSO TEORICO PARA EL HOMBRE Y LA MUJER
PROFESSIONAL SCHOOLS
Casilla 151 - Suc. 13 - Buenos Aires



aprenda
belleza
y peluquería
profesional
PROFESSIONAL SCHOOLS
Casilla 151 - Suc. 13 - Buenos Aires

*** UN CURSO MODERNO PARA LA MUJER MODERNA**



PROFESSIONAL SCHOOLS - CASILLA 151 - SUC. 13 - BUENOS AIRES

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

PCIA.

APRENDA
CORTE Y CONFECCION
EN SOLO DOS MESES OBTENDRA SU DIPLOMA DE PROFESORA
PARAMOUNT ACADEMY
Casilla 8 - Suc. 13 - Buenos Aires

PROFESORA DE CORTE Y CONFECCION
Academia Incorporada a Paramount Academy



PARAMOUNT ACADEMY Casilla 8 - Suc. 13 - Buenos Aires

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

PCIA.

**ESCOJA SU FUTURO
EN UNA ESCUELA DE PRESTIGIO**

Remita el cupón del curso de su preferencia y recibirá FOLLETO GRATUITO
SI RESIDE EN URUGUAY envíe el cupón a: CAJILLA 113 - CORREO CENTRAL - MONTEVIDEO